RAÚL BAIXAULI

TÚ SIN MÍ, ESE ES EL PROBLEMA



RAÚL BAIXAULI

TÚ SIN MÍ, ESE ES EL PROBLEMA



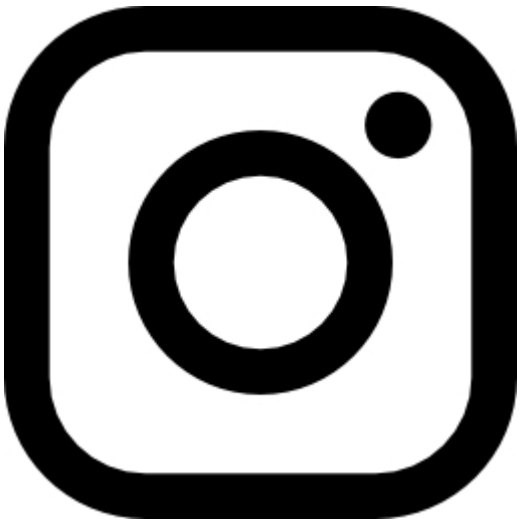
Estos tres últimos años han sido muy movidos.
Ahora estudio la carrera que me gusta, disfruto a tope del tiempo libre con mis amigos, las cosas me van mejor que nunca con mi novio...
¡y las vacaciones están a punto de empezar!

Sin embargo, el reencuentro con alguien de mi pasado me obligará a elegir entre proteger mi felicidad actual...
O arriesgarlo todo por lo que podría lograr.

Copyright © 2025 Raúl Baixauli Sánchez Todos los derechos reservados.

Si quieres estar al tanto de novedades sobre la historia, disfrutar de material extra o enterarte rápidamente de todas las noticias sobre el futuro de la serie, ¡no dudes en seguir mi cuenta de Instagram!

raul_baixauli83



A los que volvéis por tercera vez.
Gracias por acompañarnos
a Sergio, a Adrián y a mí
en este increíble viaje.

1. Reencuentro en la estación

¡Joder, llego tarde!

Siempre igual, no aprendo. Da igual las veces que mire los horarios, que haga los cálculos y que me proponga salir con más tiempo: al final, por una cosa o por otra ***(¡que se me olvida la cartera!, ¿dónde he dejado el móvil?, ¿he cerrado con llave?)***, siempre la cago. Y encima no puedo adelantar en la escalera mecánica: la gente eso de dejar libre el lado izquierdo por si alguien tiene prisa, como que no. Bueno, pues ya está, ¿qué le vamos a hacer?

De todas formas, él está acostumbrado, así que no creo que se enfade ni nada; aunque razones tiene. Me empeño en venir a esperarlo cada vez, pero al final es él quien acaba dando vueltas con la maleta a rastras y mirando las tiendas de la estación sin mucho interés mientras llego. ¡Soy lo peor!

—Que no hace falta que vengas, de verdad —me dijo esta misma mañana, cuando hablamos por teléfono—. Yo cuando llegue a Málaga cojo el metro o el autobús y voy directo para tu casa.

—¿Qué dices? Si tengo la tarde libre y no me cuesta nada. Y es súper triste llegar a una estación y que no haya nadie para recibirte, ¿no te parece?

—¡Anda ya, Sergio!

—Que sí. Además, hoy voy a ser súúúper puntual.

—Ya, claro.

—En serio, ¡te lo prometo!

Pero va a ser que no. Y encima el señor este se queda plantado delante de las puertas de salida buscando la tarjeta del metro con toooda la calma del mundo. ¡Ya podía llevarla preparada de antes!

Esa es la del médico, señor,
¡y esa es la del Club Carrefour!
¡Pero déjenos pasar a los demás!

Al fin consigo salir del metro y llego corriendo a la estación. Miro el cartel de llegadas… ¡Bien! Yo soy impuntual, pero, afortunadamente, Renfe me gana. Al tren le faltan un par de minutos para llegar. Aún puedo hacer el papel de novio ideal.

Me acerco a la puerta para que me vea nada más salir y se lleve la sorpresa, porque sé que confía cero en que llegue a tiempo. En realidad, si lo piensas, sí que es un poco tonto que venga a recibirle; total, esta vez ha estado fuera poco más de una semana. Pero no sé, a mí me gusta, y tengo la sensación de que, cuando dejemos de hacerlo, nuestra relación habrá bajado un peldaño en lo que a magia se refiere, ¿no? Que, inevitablemente, eso acabará pasando (o eso me dice todo el mundo), pero yo prefiero que pase lo más tarde posible.

El tren ya ha entrado en la estación y se acaban de abrir las puertas. Ni siquiera me esfuerzo por buscarlo entre los primeros viajeros que bajan y empiezan a recorrer el andén; este se lo toma con calma y siempre es de los últimos en salir. Un rato después, muy al fondo, al fin lo veo. Su maleta amarilla ayuda bastante. Bueno, eso… y que es de lejos el más guapo de la estación.

Me adelanto y me aliso un poco la camiseta, que está súper arrugada. No es de mis favoritas, pero no me ha dado tiempo a pensármelo mucho. Él, en cambio, viene con un polo verde que le sienta increíble y esos pantalones ajustados que tanto me gustan (le hacen unas piernas y un culo que… ***¡uf!***) A ver si, con un poco de suerte, podemos ir a su casa y quitárnoslo todo, que tengo unas ganas…

Llega a la salida, levanta la vista del móvil y al fin me ve. Y sí, se sorprende de que haya llegado a tiempo. No es que se lo note, es que pone una mueca de asombro exagerada mientras mira su reloj, me mira a mí, vuelve a mirar su reloj y vuelve a mirarme a mí. No es tonto ni ná.

—¿Has visto? Te dije que hoy llegaba a tiempo.

—Ya. Porque el tren se ha retrasado —me contesta mientras suelta la maleta.

—¿Qué dices? Si llevo aquí esperándote lo menos veinte minu…

Me besa. Mientras lo hace, los viajeros que siguen saliendo pasan a nuestro alrededor. Algunos nos miran con mala cara (sí, cuesta creerlo, pero a muchos aún les chirría o directamente les jode ver a dos chicos besándose en un sitio público), otros con algo de envidia (los que no tienen quien les reciba, si ya os digo que eso de llegar a una estación y que nadie te reciba es una mierda), y otros con fastidio por tener que sortearnos en un lugar tan concurrido. Pero a nosotros todo eso nos da igual: los besos de reencuentro en la estación juegan en otra liga.

—Vaya beso así de repente —le digo al rato, cuando nos separamos—. ¿Tanto me has echado de menos esta semana?

—Era para que te callaras y dejaras de decir mentiras.

—¿Cómo que mentiras?

Me pasa los dedos por el cuello y los hunde ligeramente en mi pelo húmedo. ***Mierda, me ha pillado.***

—¿Y este sudor? —me pregunta riéndose de mí—. Has venido corriendo, reconócelo. ¡Acabas de llegar!

Yo me suelto y me separo de él. Y, cuando me alcanza de nuevo y me vuelve besar, contraataco haciéndome el digno.

—La próxima vez no vengo. ¡A veces eres un poquito capullo, Fede!



2. Mejor os pongo al día

Vale, ya he visto la cara que se os ha quedado. Lo aclaro para que no queden dudas:

Sí, he dicho Fede.

Que sí, en serio. Lo que pasa, ahora caigo, es que hace tiempo que no os cuento nada, y lo último fue… a ver… ***¡Puf!*** Hace mil años. En otra estación de tren y con otra persona en mi vida. Y claro, dabais por hecho que Adrián y yo seguíamos…

Bueno, mirad, lo mejor es que os ponga al día y así evitamos más momentos de estos, ¿vale? Vamos allá.

Aquella era la estación de Atocha, y de eso hace… Joder, pues a lo tonto casi tres años, ¡ahí es nada! Dos años y diez meses, para ser exactos. Adrián acababa de mudarse a Madrid y era la primera vez que iba a verle. Estábamos en septiembre, a punto de empezar nuestro primer año de Universidad, y yo era aún un niñato de diecisiete años. Ya, sé de sobra lo que estáis pensando: *ahora eres un niñato de veinte*. Si os conoceré.

Es un huevo de tiempo, la verdad, y han pasado muchíííísimas cosas. Pero a vosotros lo que os interesa es el salseo, así que me centro en eso, ¿no?

Adrián y yo. A ver por dónde empiezo.

Se tuvo que ir a Madrid por lo del puesto de trabajo de su padre, eso ya lo sabéis. Para entonces nuestra relación estaba súper asentada (llevábamos juntos casi dos años que, la verdad, habían sido INCREÍBLES) y le plantamos cara al tema de la distancia algo acojonados (sobre todo yo), pero decididos a hacer que funcionara. Él bajaba a Málaga con bastante frecuencia, yo intentaba subir a Madrid una vez al mes, y en las vacaciones y en los puentes siempre estábamos juntos. Algunos de esos momentos, de hecho, los recuerdo como los más top de nuestra relación, porque, cuando nos veíamos, todo era muy intenso.

Conseguimos que funcionara. Durante un tiempo.

A finales de ese primer curso de Universidad, sin embargo, empezaron a asomar los problemas.

Bueno, si te apetece hacer ese plan con los de la uni no vengas, quédate y ya nos vemos dentro de quince días; que sí, en serio, que no me importa / Al final este fin de semana no voy a subir; o me quedo estudiando, o lo llevo claro / También podrías venir tú, ¿no?, que las dos últimas veces he ido yo / Joder, es que si vas a venir para estar todo rato pendiente del móvil, para eso podrías ahorrarte el billete / ¿Cómo que qué me pasa? Hace tres días que casi ni hablamos. Ya sé que estás liado, pero una llamada tampoco cuesta tanto.

Conversaciones como esas se volvieron cada vez más y más frecuentes. Por mucho que en el fondo supiera que él no tenía la culpa de la situación y que hacía lo posible por vernos y llevar la relación a distancia, no podía evitar sentirme abandonado, especialmente a medida que hacía amigos en Madrid y le empezaban a salir muchísimos planes que entorpecían nuestras visitas y nuestras conversaciones. Y ya sé que no era justo, pero cada vez se me daba peor ocultarlo. Por otro lado, él también estaba claramente frustrado con todo y, como es normal, terminaba estallando muchas veces.

Empezamos a echarnos cosas en cara, a hablarnos regular, a soltarnos pullitas de forma constante, a lanzarnos el uno al otro acusaciones en caliente de cosas que, la mayoría de las veces, luego en frío, ni siquiera pensábamos en serio. No solíamos tener discusiones súper gordas (alguna que otra hubo), eran sobre todo pequeñeces y malentendidos que, eso sí, se iban acumulando peligrosamente y que nos fueron quemando más y más hasta que un día, en octubre, unas semanas después de empezar nuestro segundo año en la Universidad, nos sentamos a hablar y llegamos a una conclusión: no podíamos seguir por ese camino. No queríamos alargar la situación hasta llegar a un punto verdaderamente desagradable. Nos queríamos demasiado para acabar así, pero tampoco sabíamos cómo arreglarlo.

La distancia es una cabrona. Es tenaz como ella sola. Para sobrellevarla, tú tienes que hacer un esfuerzo titánico y constante cada puto día de tu vida: obligarte a estar de buen humor aunque lleves un mes sin ver a tu novio, aceptar que vas a perderte muchos momentos especiales a su lado, ser capaz de organizarte para poder viajar cada poco tiempo gastándote un dineral que ni tienes… Y ella, mientras tanto, no tiene que hacer nada, solo seguir ahí, entre vosotros, separándoos, esperando pacientemente que os desgastéis. ¿Os parece raro que acabe ganando la partida la mayoría de las veces? Lo que os decía, una cabrona.

Y vale, al final lo dejamos porque nos pareció mejor opción que llegar a hacernos daño hasta odiarnos, pero eso no evitó que, las semanas y los meses siguientes, fueran con diferencia los peores de mi vida. No soportaba la idea de que ya no estuviéramos juntos y a punto estuve varias veces de plantarme en Madrid y decirle que no podía más, que necesitaba que volviésemos, aunque no tuviera la solución para nuestros problemas. Y, si no llega a ser por mis amigos, que le echaron paciencia y me hicieron ver una y otra vez que no era nuestro momento, lo habría hecho, sin duda.

La cosa es que empezaron a pasar las semanas y los meses y bueno, ya sabéis lo que dicen del tiempo: no sé si lo cura todo, pero ayuda bastante a llevar estas cosas. Durante un par de meses me obligué a cortar la comunicación de forma radical con él (va, ¿a quién quiero engañar?, me obligaron Sandra y Raquel; *tiempo de desintoxicación*, lo llamaron), pero después fuimos retomándola poco a poco y, a día de hoy, creo que puedo decir que mantenemos la amistad. Hablamos de vez en cuando y, si da con algún chiste especialmente horrible, no pierde la ocasión de mandármelo.

Y ahora vamos con Fede. Voy a contaros cómo sucedieron las cosas antes de que sigáis pensando mal, porque sé de sobra que muchos de vosotros sois *Team Adrián* y estaréis de morros desde que he soltado el nombre de Fede.

Que pasara esto no entraba para nada en mis planes, os lo aseguro. De hecho, no había vuelto a saber prácticamente nada de Fede desde que lo mandé a la mierda, desde que me besó y provocó aquel problemón que casi me cuesta la relación con Adrián. Sí, veía

sus publicaciones en Instagram (y sé que él veía las mías también), pero no interactuábamos en absoluto; ni comentarios, ni *me gusta*, ni mucho menos mensajes por privado. Me lo había cruzado alguna que otra vez por ahí, porque, como decimos aquí, *Málaga es muy chica*, pero siempre me las había apañado para no hablar con él haciéndome el despistado, sacando el móvil para fingir que no lo había visto o, directamente, cambiando de dirección si lo veía de lejos, esas cosas. Pero se ve que, uno de esos días que nos cruzamos, le entró el gusanillo de nuevo y empezó a mirar con más interés mi perfil de Instagram.

Cuando Adrián y yo lo dejamos, mis publicaciones me delataron: primero estuve desaparecido un tiempo, obvio, y luego volví a subir cosas muy de vez en cuando a medida que me encontraba más animado, pero eran publicaciones sobre todo de sitios a los que iba, cosas que comía o alguna que otra historia con mis amigos en las que, por razones evidentes, ya no había ni rastro de Adrián… Y claro, eso Fede lo notó enseguida.

En febrero del año pasado, cuatro meses después de haberlo dejado con Adrián, me escribió por primera vez. Lo típico: *qué tal, cuánto tiempo, cómo te va todo, llevo un tiempo pensando en escribirte…* No, no me preguntó directamente si seguía con Adrián, pero se le notaba a kilómetros que andaba tanteando en busca de una respuesta mía que confirmase sus sospechas. Y claro, no tardé en dársela.

Estuve muy reticente con él las primeras semanas. Le contestaba a los mensajes, y a veces esas respuestas se convertían en pequeñas conversaciones, pero poco más. No tardó en proponerme que quedáramos para tomar algo o dar una vuelta y charlar, pero no me sentía preparado. Lo cierto es que, durante el tiempo que coincidimos en aquel taller de escritura y nos hicimos amigos, me gustaba estar con él, nos entendíamos muy bien, y hasta llegué a pensar que, de no haber aparecido Adrián en mi vida unos meses antes, podría haber tenido algo con él. Y no me venía mal del todo retomar el contacto con alguien así, que tener gente con la que te entiendes bien para hacer planes y poder desahogarte nunca está de más. Pero todavía no.

Él insistió de forma inteligente. Durante semanas siguió ahí sin agobiarme, interesándose por mí, pero dándome ese espacio que necesitaba. Me dijo que, si en algún momento cambiaba de idea y quería que nos viésemos, se lo dijera. Y un tiempo después me dije… joder, ¿por qué no? También para que Raquel y Victoria se callaran de una puta vez, que no dejaban de agobiarme con que quedara con él.

Empezamos a quedar antes del verano. Alguna cervecita por nuestro barrio (sí, ahora bebo cerveza), algún rato de playa… Y descubrí que seguía sintiéndome a gusto con él, así que mis reticencias fueron desapareciendo. ¿Me sentí raro las primeras veces teniendo esa especie de *citas* con otro que no fuera Adrián? Pues sí, un poco. Pero habrá que seguir adelante.

Os he dicho ya que ahora bebo cerveza, ¿no? Bueno, pues una noche bebimos mucha y acabamos en la cama (con diecinueve años y después de casi un año entero sin follar, creo que no tengo que justificarme por muy *Team Adrián* que seáis, ¿no?) ¿Me sentí raro con eso? Pues sí, también, porque yo nunca había estado con nadie que no fuese Adrián. Y vale, fue raro, pero estuvo bien. La segunda vez, dos semanas después, ya fue menos raro, y la tercera, unos días después, menos aún.

A finales de octubre creo que ya estábamos saliendo. Digo que creo porque nunca hubo un momento en plan: *¿quieres salir conmigo?* Simplemente empezamos a hacer poco a poco vida de pareja, sin más. Está genial, porque todo ha ido encajando entre nosotros de forma muy natural y sencilla, sin montañas rusas, sin esa etapa agotadora de… *hoy estoy en las nubes e híper feliz, mañana toca bajón y drama.* Eso sí, al no empezar a salir un día en concreto, lo vamos a tener complicado para celebrar nuestro aniversario, pero ya encontraremos la for…

—¡Sergio!

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Se ríe de mí mientras salimos del parking y se incorpora al tráfico.

—Que llevas un rato callado. ¿En qué pensabas?

Sí, sigo quedándome empanao cada dos por tres, eso no cambia.

—En nada. Echando la vista atrás, supongo.



3. Empieza el verano

—Ah, ¿entonces Fede volvió ayer de Barcelona?

Raquel se pelea con su silla de playa, que no parece querer abrirse. Es la única del grupo que la trae, pero ya ni nos metemos con ella; total, lleva siendo una señora desde que teníamos quince años y ya le hemos hecho todas las bromas posibles sobre el tema. Tampoco deja que Jaime, su novio, la ayude, porque dice que ella sabe dónde se queda enganchada; aunque no lo parece.

—¿Entonces por qué no se ha venido? —pregunta Victoria.

—Porque tenía que acabar una cosa urgente y mandarla. Si acaba pronto, lo mismo se viene.

—Pero yo no lo entiendo —dice Dani—. ¿El proyecto ese en el que está trabajando no era un cortometraje de animación? —Yo asiento—. Pues madre mía, si hacer un corto cuesta tanto tiempo, no sé cómo sacan los de Disney un par de pelis al año.

—Claro, no se entiende —se burla Sandra—. Porque seguro que ese pequeño estudio de animación de Barcelona tiene más o menos la misma cantidad de empleados que Disney.

—Qué estúpida eres. Pasan los años y nada cambia.

Estamos de vacaciones. ***¡Por fin!*** Es el primer día de playa que echamos juntos este año (en mi caso, es el primer día que la piso este verano). Y había ganas, porque, desde que dejamos el instituto, ya no nos vemos tanto. A mí al empezar la uni me costó un montón acostumbrarme a eso de no verles la cara (ni escuchar sus chorradas) a diario. Pero bueno, aunque todos tenemos nuevas amistades, hacemos lo posible por mantener vivo el grupo, y el mejor momento para ello es durante las vacaciones.

—Tiene que ser una mierda eso de que vaya a Barcelona cada dos por tres, ¿no? —me dice Victoria un rato después, mientras nos bañamos. El agua está bastante fría aún, porque el verano acaba de empezar, pero el calor aprieta tanto que se agradece—. Después de lo que te pasó con Adrián…

—No compares, tía —le respondo—. Adrián se fue a vivir a Madrid, mientras que Fede va a Barcelona de vez en cuando y, excepto esta vez que ha estado fuera una semana, suele volver en un par de días. El resto del tiempo trabaja desde su casa. Y es solo hasta que acabe este proyecto, que tampoco queda tanto.

—¿Tú has visto a Sergio agobiado y en plan dramas? —le pregunta Dani—. Pues entonces está todo bien, no tienes de qué preocuparte, cariño.

—¡Oye, que hace un montón que no me pongo en ese plan! —me quejo—. He madurado mucho.

—A mí no me engañas, eso es porque hace tiempo que no te pasa nada súper intenso —dice Sandra colándose de repente en nuestra conversación—. Porque Fede es más bueno que un poni rosa y ha aportado mucha calma a tu vida.

Pues la verdad es que Sandra tiene razón (lo cual no quita para que le tire agua a la cara en cuanto acaba de soltar el comentario). Me tomo mi relación con él de una forma muy diferente a como lo hacía con Adrián, diría que más madura y más sana. No tengo ese pánico constante a perderle, no monto el drama si se tiene que ir unos días fuera, me comporto de forma más natural, sin darle mil vueltas a todo. Y oye, es un descanso, porque, aunque con Adrián fui mejorando después de los primeros meses, ganando confianza y relajándome, tanta intensidad es agotadora; marca de la casa Sergio Campos, sí, pero agotadora.

Aprovecho que Jaime se ha metido en el agua y que Raquel aún sigue poniéndose crema solar (media hora lleva, se ha puesto ya hasta por debajo de la lengua y de las uñas) para preguntarle si ellos dos están bien, porque sé que tuvieron alguna que otra movida hace unas semanas.

—Sí, ya estamos mejor. Es que con los exámenes se puso que no había quien tratara con ella, en serio. Al final opté por dejar de hablarle. Fue la única manera de que se diera cuenta de que se estaba pasando tres pueblos.

—No, si te creemos —le contesta Dani—. Si en el instituto, que iba sobradísima, ya se ponía un poco así…

Lo cierto es que la pareja formada por Jaime y Raquel terminó siendo toda una sorpresa. Os confieso que, cuando empezaron (que, hasta poco antes, Jaime ni se atrevía a hablarle y ella ni le veía porque iba detrás de Pedro, el entonces mejor amigo de Fede), todos pensábamos que Raquel iba a llevar indiscutiblemente la voz cantante en la relación. ¡Pero qué va! Además de que el chaval demostró enseguida tener personalidad de sobra para equilibrar la balanza (lo cual no es fácil con ella), se convirtió, con su aire relajado y algo despreocupado, en el contrapeso perfecto para Raquel y su perfeccionismo repelente. Pero vamos que, si se juntan unos cuantos exámenes jodidos, no hay contrapeso que valga y, si la quieres, toca echarle paciencia.

—Pero bueno, ya lo hablamos y quedó todo solucionado —nos asegura—. Y ahora tenemos todo el verano para disfrutar sin agobios.

—Eso si termina de ponerse crema antes de que llegue el otoño —dice Sandra—. ¡Raquel, tía, métete ya, que he quedado para cenar con mis primas!

Al rato nos salimos del agua y me siento junto a Raquel, que al final ni se ha metido en el agua; lleva media hora tumbada al sol y no sé cómo no se derrite, con lo fuerte que está pegando.

—Se va a quemar usted, señora ilustrísima jueza. Y siendo la toga negra, el moreno luce poco.

—Se dice su señoría, paleto. Y, de aquí a que yo sea jueza, si es que llego a serlo, lo mismo hasta cambian el color de las togas y todo. Por cierto, ¿qué tal el reencuentro anoche con Fede?

—Muuuy bien —le digo mientras me dejo caer en la toalla—. Sudamos un montón, si te vale como respuesta.

—¿Salisteis a hacer deporte o qué? —se burla Jaime—. Bueno, con el calor que hizo anoche, tampoco hace falta echar el polvo del siglo para acabar empapados.

—Os va muy bien, ¿no? —me pregunta Raquel—. De hecho, ¿no era esta noche cuando teníais un plan con su familia o algo así?

—Sip —contesto sin mucho entusiasmo—. Voy a conocer a su hermano, que viene unos días de visita.

Solo que no se trata solo de eso. Su hermano viene con su mujer y con el hijo de ambos, un chaval de siete años ***(mi... ¿sobrino?; qué rarísimo se me hace todo)***, y estoy un poco nervioso, porque la familia de Fede es... *peculiar*, vamos a dejarlo ahí. Apenas he hablado con sus padres, con los que él mismo tampoco se relaciona más que lo justo (están divorciados, son archienemigos y, aparte de eso, de por sí no son las personas más cariñosas ni familiares del mundo), y su hermano, con el que sí se lleva algo mejor, le saca catorce años y hace mucho que se fue a vivir a Alemania.

—No se te ve muy ilusionado, ¿no? —me dice Dani.

—¡Es que me da mucha pereza lidiar con una familia así! Con lo que me costó que mi padre aceptase lo mío y se empezara a comportar con naturalidad y la de momentos tensos que me tocó vivir cada vez que Adrián aparecía por casa, y ahora… ¡vuelta a empezar con las situaciones incómodas!

—No exageres —dice Victoria—, si lo bueno de una familia así, tan despegada, es precisamente que no vas a tener que tratar mucho con ellos.

—Y, hablando de Adrián, ¿habéis sabido algo de él últimamente?

La pregunta de Sandra nos pilla a todos un poco con el pie cambiado. No es que no se pueda hablar de Adrián, yo mismo acabo de mencionarlo, pero sí es cierto que, cuando lo dejamos (y mientras yo me desintoxicaba), se convirtió, por razones evidentes, en un tema un poco tabú en nuestras reuniones. Y luego, cuando empecé con Fede, siguió siéndolo, especialmente si Fede estaba delante (por razones más evidentes aún).

Jaime y yo nos miramos. Somos los únicos que hemos mantenido algo de contacto con él durante el último año.

—Qué va. La verdad es que hace bastante que no hablamos —se limita a decir él. Después la atención del grupo se vuelve inevitablemente hacia mí.

—Yo tampoco sé nada de él desde hace bastante —añado, y no puedo evitar sentirme algo incómodo con el giro que ha dado la conversación—. Estará quemando Chueca, supongo.

Llego a casa de Fede pasadas las siete de la tarde; y porque tenemos ese compromiso con su hermano, porque me habría quedado una o dos horas más, que ahora es cuando mejor se está en la playa.

Me abre Lidia, su compañera de piso, que es majísima. Habla por los codos y a veces no sabes cómo librarte de ella sin ponerte borde, pero ya he desarrollado mi estrategia: mientras ella habla y me pregunta mil cosas, yo le voy contestando sin pararme, avanzando obstinado por el pasillo hacia la habitación de Fede hasta que llego a la puerta, llamo y abro; y, la mayoría de las veces (que no siempre), ella entiende que es el momento de parar y seguir a lo suyo.

Me lo encuentro aún frente al ordenador y la tableta de dibujo, concentrado y sudando mientras hace sutiles trazos que aparecen reflejados al instante en la ilustración aumentada varias veces de tamaño del monitor. Me quedo mirándolo un rato sin decir nada, como siempre, viendo fascinado cómo las líneas, que en un primer momento siempre me parecen inconexas y sin sentido, van dando forma a algo que, claramente, estaba ahí desde el principio. Me resulta hipnótico verle trabajar.

Termina lo que estaba haciendo y sale del trance en el que parecía estar sumido. Después suelta el lápiz con cuidado junto a la tableta y se gira para mirarme.

—¿Qué te parece?

—Me parece la hostia —le digo mientras hago girar su silla, me agacho y le beso.

—Ays, joder… ¿Qué hora es?

—Las siete y cuarto.

—Mierda, no me ha dado tiempo a ir. Acabo de terminar, ya ves. Al final me ha costado más de lo que creía.

—No pasa nada. Solo te has perdido un día de playa increíble para estar aquí a oscuras. ¿Y por qué tienes todo cerrado? Hace un calor de morirse aquí dentro.

—Tengo puesto el ventilador —dice señalando un triste ventilador de techo que debe de estar puesto a la velocidad mínima, porque las aspas van más lentas que un caracol con muletas.

—Sabes que si dejas todo cerrado lo único que hace eso es remover el aire caliente, ¿no? —Paso mis dedos por su cuello—. Fíjate, estás empapado en sudor.

—Bueno, pues ahora me ducho y ya está —dice mientras se levanta de la silla y se dirige hacia la puerta. Yo me planto frente a él cortándole el paso—. ¿Y ahora qué pasa?

—Pues que yo vengo de la playa y tengo que ducharme también. —Levanto mi mano y miro el reloj con fingida preocupación—. Y, si queremos llegar a tiempo a lo de tu hermano, no podemos estar esperando a que el otro acabe, ¿no crees?

Tenemos casi una hora por delante, tiempo más que de sobra. Pero eso da igual. Él sonríe con mi provocación y me besa mientras me agarra y aprieta fuerte su cintura contra la mía.

—¿Qué solución propones entonces? —le digo.

—¡Lidia, ¿tienes que entrar al baño?! —grita hacia el pasillo—. ¡Voy a ducharme! Y tardaré un rato.

4. Lo que nos apasiona

Cuesta creer que Luis y Fede sean hermanos. Entre los catorce años de diferencia y que se parecen como un huevo a una castaña (hablando en plata, Luis es la versión fea de Fede)… Pero bueno, al menos resulta ser una pizca más sociable que sus padres; lo cual es bastante fácil, todo sea dicho.

Su mujer, Pilar, sí me cae genial desde el primer momento. Tiene una sonrisa muy cálida y la suficiente sensibilidad para matizar rápidamente los comentarios de su marido, que a veces resultan algo secos. Desde luego, cuanto más conozco a la familia de Fede, menos me explico cómo ha salido él tan normal socialmente hablando.

Y luego está Nico, sentado a mi lado, pero ignorándome a tope porque tiene una Nintendo Switch en sus manos. Y lo entiendo, vaya.

—Ese nivel tiene un secreto al principio —le digo. Mientras Fede y Luis se ponen al día, llevo un rato mirando de reojo la pantalla de la videoconsola.

—¿Cómo?

El chaval me mira con cara de *túquevasasaber*. Porque claro, aunque después de él soy el más joven de la mesa y además me gustan los videojuegos, a él, con siete años, debo de parecerle un puto viejo.

—Que ese nivel tiene un secreto al principio —le repito—. Ese es el *Super Mario Bros Wonder*, ¿no?

—Sí.

—Pues, al principio de ese nivel, si vas hacia atrás en vez de avanzar, hay una sala secreta.

De nuevo cara de incredulidad.

¡Niño, que no soy tan mayor!

—¿Cómo lo sabes?

Adrián y yo nos pasamos ese juego a las pocas semanas de salir a la venta. Nos enganchamos muchísimo: yo empeñado en conseguir todos los secretos y los coleccionables mientras él se lo pasaba en grande fastidiándome y haciéndome rabiar. Pero al final lo completamos al cien por cien, detalle que a Nico parece impresionarle mucho.

—¡Madre míaaa! ¿Te lo conseguiste todo? —me pregunta gritando, lo que hace que su madre le regañe. Parece que, de repente, he pasado de ser un adulto aburrido a ser su héroe. ¡Me siento orgulloso!

Mientras Nico hace lo que le he dicho y comprueba que tenía razón con lo de la sala secreta (a partir de ahora y durante el resto de su vida como *gamer*, irá hacia atrás cada vez que empiece una nueva fase en un juego para comprobar si hay secretos), vuelvo a prestar atención a la conversación entre Fede y Luis, no sea que en algún momento hablen de mí o me pregunten algo y quede como el culo.

—¿Y el trabajo que estás haciendo es de lo que estudiaste? —le pregunta Luis mientras esperamos que nos traigan la cena—. ¿De eso del dibujo?

—Hizo diseño gráfico —le aclara Pilar—. Anda que no saber lo que ha estudiado tu hermano…

—Pues eso, lo que sea.

—Bueno, no exactamente. Está más relacionado con el máster que hice de animación 3D. Estoy colaborando en un corto de animación con un estudio de Barcelona —le aclara Fede con paciencia—. En realidad, es un estudio recién creado, pero hay bastante expectación con este primer proyecto. Hay metida gente con mucho talento.

—Ya veo —dice Luis no muy convencido—. ¿Y ahí te pagan bien?

—Hombre, no es para tirar cohetes, ya te he dicho que es un estudio que está empezando. Pero algo pagan y es una oportunidad para ir metiendo la cabeza en el mundillo y que cuenten conmigo para cosas más importantes en el futuro.

—¿Y eso te da para vivir fuera de casa? —pregunta ahora Luis mientras la camarera (una amiga de Fede que nos ha conseguido

mesa aunque la terraza estaba a tope) nos deja las primeras raciones que hemos pedido—. Es que no entiendo por qué estás pagando un alquiler cuando mamá vive aquí al lado.

—Venga, tú sabes perfectamente que vivir con mamá es… —Noto que Fede recula a tiempo y cambia lo que iba a decir por algo más diplomático—… difícil, por decirlo suavemente. Y con papá peor. ¡Pero si tú saliste de casa en cuanto pudiste!

—Si te lo digo porque está todo carísimo —insiste Luis.

—Bueno, pero pago una habitación, no un piso entero. Además, no tengo solo lo del corto, ya te he dicho que el que lleva este restaurante es el padre de un amigo mío. Los fines de semana, normalmente, trabajo aquí.

—Pero… ¿de camarero?

Pilar se mete y cambia de tema antes de que su marido suelte algún otro comentario inapropiado. Está claro que confía muy poco en su hermano pequeño y en su capacidad de tomar decisiones. Como cardiólogo en un hospital de Düsseldorf desde hace años, todo eso de la ilustración y la animación debe de parecerle humo, poco más que un hobby sobre el que difícilmente se puede construir una vida.

—¿Y tú qué estás haciendo, Sergio? —me pregunta Pilar—. Bueno, ¿o qué quieres hacer en el futuro?

Vale, si a Luis le parece que lo de Fede tiene poco futuro, espérate a que oiga lo mío.

Va a flipar.

—Pues yo quiero ser guionista —le suelto, y me quedo tan pancho. Antes me daba un poco de vergüenza decirlo, me parecía como pretencioso, de niñato con muchos pájaros en la cabeza, pero se me ha ido quitando la tontería con el tiempo—. De series o de cine. Escribir historias, vaya.

Pilar parece fascinada con mi respuesta, pero la cara de Luis es un poema. No puedo evitar divertirme con ello.

—Pero… ¿qué se estudia para eso? —me pregunta él intentando (sin éxito) no parecer muy escéptico—. ¿Hay una carrera de guionista, o…?

—No, bueno, estoy estudiando Lengua y Literatura. —Ahora pasa a poner cara de… *túvasalparodecabeza*. Lo sé porque esa cara se la he visto a decenas de personas, empezando por mis padres—. Después ya haré algún Máster en guión de cine o algo relacionado.

—Me encanta —dice Pilar—. ¿Y ya has escrito algo? Imagino que sí.

—Solo relatos e historias cortas. Pero creo que pronto lo intentaré con algo más grande. Tengo alguna idea que podría funcionar en una novela, no sé.

—Seguro que algún día vemos tu nombre en los créditos de alguna serie de Netflix, ya verás. A nosotros nos encantan las series, ¿verdad, cariño? A mí las de médicos, aunque esas las veo sola, porque él las odia.

Al final la noche no va tan mal. Les contamos que, de hecho, Fede y yo nos conocimos en un Taller de Escritura Creativa, aunque obviamos todo lo que pasó en los meses siguientes y que llevó a que dejáramos de hablarnos durante tanto tiempo, claro está. Pilar y yo comentamos varias series que hemos visto y que, en nuestra opinión, tienen un final horrible, y empezamos a lanzar ideas de lo que debería haber pasado (algunas de las suyas son geniales, tengo que reconocerlo). También comparto algunos secretos más del videojuego con Nico, que sigue jugando incluso con la cena en la mesa.

Cuando acabamos, y con la excusa de que Nico se tome un helado (aunque al final caemos todos en la tentación menos Luis), damos un pequeño paseo que termina en la calle donde tienen aparcado el coche de alquiler. En dos días vuelven a Alemania, así que toca despedirse.

—Me ha gustado conocerte, Sergio —me dice Luis dándome un fuerte apretón de manos. Y, para mi sorpresa (porque pensaba que le había parecido un niñato), sus palabras me parecen sinceras.

—A mí también, la verdad.

—Avísanos si publicas alguna novela, ¿vale? —me dice Pilar mientras me da dos besos.

—Vale. Si lo hago, te aseguro que tendrá un final mejor que el de *Umbrella Academy*.

—¡Por favor! —me responde riéndose.

Me despido también de Nico, que me asegura que se completará el juego al cien por cien antes de que acabe el verano y me mandará una captura de pantalla, y después Fede y yo emprendemos el camino hacia mi casa.

—Bueno, no ha ido nada mal, ¿no? —le digo intentando animarle, ya que lo noto algo serio.

—No. Bueno, Luis es a veces... Espero que no te haya incomodado con tantas preguntas, sobre todo al principio.

—Qué va, no te preocupes. —Estoy a punto de decirle que lo he pasado peor por él, que parecía que tenía que presentarle a su hermano un plan de viabilidad para su futuro y convencerle de que su vida no es un puto desastre, pero mejor me callo—. Y estaba Pilar para poner el punto amable, así que no te ralles.

—Eso sí. Oye, tú… ¿crees que hago bien con todo esto del corto, el trabajo en el restaurante y el alquiler de la habitación?

Pobre... ¿y qué le contesto yo a eso? Está claro que las caras y los comentarios de Luis lo han dejado desanimado. Y reconozco que, a veces, yo también lo paso un poco mal por él, sobre todo cuando trabaja varias noches seguidas en el restaurante mientras por el día le echa horas al proyecto de animación y, aun así, va justito para pagar el alquiler. Pero él insiste en que prefiere esa independencia a vivir en casa de su madre. Sus razones tendrá.

—Mira, Luis y tú sois muyyy distintos. Entiendo que se preocupe por ti, pero su forma de ver las cosas no se parece en nada a la tuya o la mía. Estás luchando por hacerte un hueco en lo que te gusta y lo que se te da increíblemente bien, ¿qué otra cosa podrías hacer?

—No sé, buscarme un trabajo con más… ¿estabilidad?, ¿futuro?, ¿sueldo? Yo qué sé.

—Para eso siempre estás a tiempo —le digo mientras llegamos al portal de mi casa—. Si no lo intentas a tope con lo que te apasiona ahora, ¿cuándo vas a hacerlo? Y oye, la posibilidad de volver a casa de tu madre si vas muy agobiado de dinero siempre está, ¿no? No os habéis peleado ni nada.

—No, qué va. Solo que prefiero la independencia a ese ambiente raro que hay siempre en mi casa.

—Pues ya está.

Le abrazo con fuerza para recargar su batería, que ahora está bajo mínimos, y él aumenta esa fuerza un poco más justo antes de alzar mi cara y besarme. Después me mira y se le escapa al fin una sonrisa.

—Gracias, nene. ¿Qué haría yo sin ti?

—Pues, seguramente, estarías buscándote mañana mismo un trabajo súper aburrido o pensando en meterte a estudiar algo soporífero. De esta forma vamos a ser pobres como ratas, pero haciendo lo que nos apasiona.

—Cierto. Oye, ¿por qué no te vienes a dormir a mi casa?

¿Este guarrete no ha tenido bastante con lo de la ducha o qué?

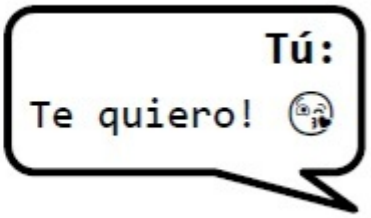
Me apetece un montón, pero llevo dos días sin aparecer prácticamente por casa y va siendo hora de dejarme ver, que luego mi madre empieza con lo de… ***¡que esto no es un hotel!*** Así que le digo que mejor mañana y nos despedimos.

Cuando llego a mi habitación me dejo caer en la cama. Estoy muerto, mañana no me levanto antes de la una ni aunque entre mi madre con la aspiradora. Al momento recibo un mensaje de Fede diciéndome que ya ha llegado a su casa. Me hace gracia, porque su casa está a cinco minutos andando.





Le digo que voy a acostarme ya y quedamos en hablar mañana; pero a partir del mediodía, cuando me levante. Y, antes de dejar el móvil sobre el escritorio, le envío un último mensaje: el mismo de todas las noches desde hace ya unos cuantos meses.



Pongo el móvil en silencio, apago la luz y me relajo pensando en lo que viene en las próximas semanas y meses.

¿Qué queréis que os diga? Estudio lo que me gusta, tengo un grupo de amigos increíble y un novio del que estoy híper enamorado.

Soy feliz de la hostia y, salvo que pase algo inesperado…

…¡el verano pinta increíble!

5. Algo inesperado

Whaaat???

Guille, mi hermano, acaba de dejarnos de piedra a mi madre y a mí. Acaba de soltar una bomba, literal, algo que, ni sospechábamos, ni creíamos posible ya a estas alturas.

—Repítelo, por favor —le digo—. Solo para asegurarme de que lo he oído bien.

—Que sí, imbécil, que Olga y yo lo hemos dejado.

—¡Guille! ¡Háblale bien a tu hermano, por favor! —le recrimina mi madre.

Estamos los tres en una cafetería del centro comercial Plaza Mayor, tomándonos un descanso de compras para refrescarnos, y mi madre ha insistido tanto en cada tienda pidiéndole a Guille ideas de posibles regalos para Olga (que cumple años en agosto), que él finalmente ha decidido que ya tocaba contarlo.

—¿Hace mucho de eso? —le pregunta mi madre. Él se encoge de hombros y contesta como si no tuviera mucha importancia.

—Pueees… unos meses.

—¡Guille! —le grita dándole tal manotazo en el brazo que por poco no se le cae el vaso de Coca-Cola—. ¿Y nos lo cuentas ahora?

—Bueno, mamá —le digo yo—, tampoco es que Olga fuera un pilar de esta familia.

—¡Sergio!

—No, si tiene razón —dice mi hermano—. Además, yo sé que os caía regular.

—Eso no es verdad —le aclaro yo—. De regular nada, me caía como el culo.

—¡Sergio!

—Mamá, por favor, deja de gritar nuestros nombres como una loca, que ya nos conoce todo el centro comercial.

A ver, que si yo he dicho lo que acabo de decir es porque… no sé, veo a Guille cero afectado. Joder, ¡estaba deseando que lo

dejaran para poder decirlo así, abiertamente! Pero se han tomado su tiempo.

Os diría que puedo contar con los dedos de la mano las veces que he hablado con Olga; vale, sí, exagero, porque han estado juntos durante años, pero es una forma de hablar. Las pocas veces que venía por casa se sentaba donde podía (normalmente en una silla, porque en el sofá corría el riesgo de acercarse mínimamente a alguien), sacaba el móvil y… ya está, fin de la interacción con ella. Cuando mis padres le preguntaban algo, contestaba mayoritariamente con monosílabos mientras la veías deslizar el dedo por la pantalla haciendo scroll hasta el infinito en Instagram. Y siempre con una cara de aburrimiento que no era ni medio normal, que yo a veces llegaba súper contento, me la cruzaba por casa y ya me quedaba *Plof* el resto del día, como si me hubiera cruzado con un Dementor. Vaaale, exagero otra vez (pero un poco vampiresa energética sí era).

—Pero, ¿cómo ha sido eso? —le dice mi madre, que yo creo que ya no se toma la tónica que se ha pedido. Estoy por decirle al camarero que le añada ginebra a su vaso; creo que, ahora mismo, es lo que le vendría bien—. ¡Con la de tiempo que llevabais juntos!

—Cinco años y medio, casi nada —le confirma él—. Pues no sé, es que estaba ya cansado.

—Ah, ¡que encima la has dejado tú! —le recrimina de nuevo mi madre—. Pobrecilla, y lo dices así como si nada: *que es que ya me había cansado*. ¡Como quien se cansa de un peinado!

—Mamá, de verdad, no te pongas como si tuviéramos con ella una relación maravillosa —me meto yo—. Si la chica era un mueble sin gracia.

—Oye, tú tampoco te pases, ¿vale? —me frena Guille.

Ok, es verdad que me estoy colando. Pero es que, de verdad, nunca entendí qué hacía un chaval como Guille (que no es tan interesante y divertido como yo, pero casi) con una chica taaan sosa. Monísima, vale, pero muy sosa.

—No será que has conocido a alguna otra, ¿no? —le pregunto yo con maldad.

—¿Eh? No, ¡qué va! Eso de sacar un clavo con otro clavo te lo dejo a ti.

¡ZASCA! Ahí lo llevo.

La verdad, me lo tengo merecido.

Al rato nos marchamos de la cafetería y reemprendemos las compras. Vamos buscando un regalo para mi padre, que también cumple años pronto, y después de años y años sin calentarnos la cabeza y regalándole una camisa detrás de otra (a cada cual más aburrida que la anterior, de las que le gustan a él), mi madre ha decidido que en su armario no cabe ni una más y toca buscar otra cosa. Mi hermana Alba se iba a casa de su mejor amiga a bañarse en la piscina (ella sí que sabe), así que se ha librado de todo esto. Mientras vamos de tienda en tienda buscando ideas, mi madre sigue metiendo el dedo en la llaga para averiguar la verdadera causa de la ruptura, porque a ella eso de *ya me he cansado* no le parece normal. A mí lo que no me parece normal es que Guille no se cansara a los dos meses, pero decido no hacer más comentarios al respecto.

Me pregunto si se disgustaría tanto en el caso de que mi relación con Fede se acabara. Porque vale, no llevamos tanto tiempo juntos como Guille y Olga, ni muchísimo menos, pero él viene mucho más por casa. De todos modos (y aunque, objetivamente hablando, no puedo quejarme de cómo trata mi madre a Fede), tampoco noto que le tenga un gran cariño. No sé, son pequeños detalles, como que apenas me pregunte por él, o que lo invite a quedarse a comer o a cenar solo en las ocasiones en que celebramos algo y estaría feo no hacerlo, y nunca así porque sí; ese tipo de cosas, ya sabéis. O quizá es solo lo que os decía antes, que aún no llevamos ni un año juntos y no le ha dado tiempo a cogerle cariño en plan fuerte. A saber.

Con mi padre, en cambio, se entiende bastante bien. A ver, quizá la imagen que tenéis de mi padre es la que yo mismo os dibujé hace años, cuando todavía estaba mentalizándose de que yo fuese gay (con pillada de vídeo guarro en el móvil incluida) y aceptando que había empezado a salir con Adrián (con pillada colándonos en el piso vacío de mis abuelos para follar; ***ya, sí, muchas pilladas***). Vale,

visto así en perspectiva, a lo mejor le di alguna que otra razón para no llevarlo bien. Pero el caso es que, tras unos meses muy tensos, mucha mediación de mi madre y un gran esfuerzo por su parte, empezó a relajarse y a comportarse con bastante naturalidad. A ver, sigue siendo mi padre, no se ha vuelto alegre y festivo como una pandereta, pero nada que ver con lo que era. Y, aunque Fede se encontró ese camino ya allanado, lo cierto es que ha sabido ganárselo y tienen buena relación.

Mi madre insiste en que pasemos por la tienda de perfumes a ver si encontramos alguna colonia que comprarle, y de nada sirve que ambos le digamos que regalar colonia nos parece el colmo de no calentarte la cabeza; bueno, al menos oliendo las muestras me pillo un colocón gratis. Finalmente encontramos un polo que nos medio-gusta a todos y zanjamos el tema del regalo. Estamos ya pensando en volver a casa cuando recibo un mensaje de Fede preguntándome si, finalmente, voy a dormir esta noche en su casa y si voy a cenar con él. Se me había pasado avisar a mi madre.

—Oye, mamá, esta noche no ceno en casa. Me quedo a dormir en casa de Fede.

No dice nada, pero tuerce el gesto. Aunque tenga veinte años y haya dormido en su casa montones de veces, a mis padres esas cosas siguen sin hacerles mucha gracia; las consienten porque, a nuestra edad, no les queda otra, pero los morros te los llevas. ¿Cómo pueden ser tan antiguos? De verdad, yo no he visto cosa igual. Y encima a mí me cuesta mucho dejarlo pasar, así que, después de su mala cara, siempre intento hacerle ver lo absurdo de su actitud, es una pérdida de tiempo en la que no puedo evitar caer una y otra vez.

—¿Y esa cara? —le pregunto.

—¿Qué cara? Yo no he puesto ninguna cara.

Modo pasivo-agresivo ON

Ufff, ¡qué pereza de mujer!

—Nooo, ¡qué va! Como cada vez que te digo esto.

—Es que no sé por qué tienes que dormir fuera tantas noches, la verdad.

—Si ese es el problema, no te preocupes, mamá —interviene Guille—. Si dormir no creo que vaya a dormir mucho.

Yo lo mato. ***¡Lo que me faltaba, vaya!***

¡Eso me pasa por no dejarlo correr!

De vuelta en el coche, Guille nos da una noticia más: esta misma mañana le han llamado para ir a hacer una entrevista de trabajo a un colegio. No tiene demasiadas esperanzas de conseguir nada porque acaba de terminar la carrera ahora mismo, como quien dice, pero noto que está ilusionado. Otra buena noticia, supongo, porque lo de Olga podemos considerarlo una buena noticia, ¿no?

Sí.

Llegamos a casa y me meto en la ducha antes de irme a casa de Fede. Al final ha sido una tarde divertida, tengo que reconocerlo: hacía mucho que no pasaba tiempo así con mi madre y con Guille, y pese a la indignación de mi madre por todo (que, en el fondo, también tiene su punto divertido verla así), nos lo hemos pasado bien y ha sido una oportunidad para compartir cosas y unirnos un poco más, que el ritmo de la rutina diaria a veces nos convierte en extraños que comparten casa, se pegan dos gritos de vez en cuando y poco más.

Salgo de la ducha, empiezo a secarme… y ya estoy sudando otra vez. ¡Puto calor húmedo de Málaga! Y mi padre que no enciende el aire acondicionado hasta que la AEMET nos pone oficialmente en alerta roja oscura porque dice que es malo para la garganta. Lo que es malo para la salud es pasarse tres meses cogiendo estas sudadas. Pero vamos, que cuando al fin accede a encenderlo, es al mínimo, así que tampoco es que cambie mucho la cosa.

Me coloco la primera camiseta limpia que saco del cajón; total, es para ir a su casa. Cenaremos, veremos alguna peli y… fuera ropa, ya me entendéis. Me despido de mi madre, que sigue un poco de morros, salgo a la calle y emprendo el corto camino a casa de Fede. Me queda ya muy poco para llegar cuando me llega una notificación.

¡Tiiin!

Estoy a punto de no sacar siquiera el móvil del bolsillo, porque debe de ser Fede preguntándome si me queda mucho y ya estoy

frente a su portal, mi dedo a punto de pulsar el botón del porterillo. Pero finalmente lo saco con la otra mano y, cuando desbloqueo la pantalla, me quedo de piedra.

Es la segunda cosa inesperada del día.

Y mi dedo se aleja un poco del botón.


Adri_anete
Activo (a) ahora
19:36
Ey Sergiete la semana que viene estare en Malaga.
Te apetece que nos veamos?

6. Los Sabios de la Montaña

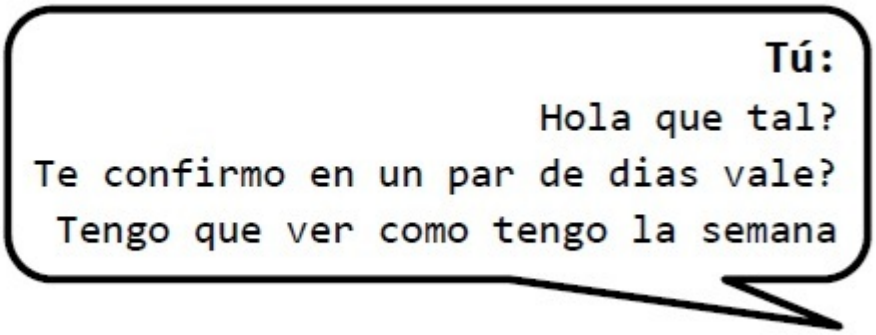
No sé cómo gestionar esto. Y, al parecer, los idiotas estos, tampoco.

Antes, cuando teníamos dieciséis años e íbamos al instituto, todo era mucho más fácil. Cuando me veía en una situación de estas (cosa que me pasa a menudo, lo mío es como para que la ciencia lo estudie), me juntaba con ellos y empezaban a lanzar un montón de ideas locas y desproporcionadas, y de entre todas ellas se podía rescatar alguna que me ayudaba a decidir qué hacer; el *Consejo de Sabios de la Montaña*, lo llamábamos. Pero ahora no se mojan demasiado, se frenan pensando en las consecuencias, y sus ideas, más adultas, me resultan mucho menos inspiradoras. Supongo que los sabios han ganado en sensatez y prudencia, pero han perdido algo de espontaneidad por el camino. Qué se le va a hacer, yo los quiero igual.

—¿Pero le has contestado ya? —me pregunta Dani tras apurar su cerveza—. Eres capaz de haberlo dejado en *leído* y tenerlo ahí esperando, que tú eres muy de prostetizar.

—Procrastinar, capullo. Y sí, le he contestado, pero sin mojarme.

Saco el móvil y veo el mensaje que le dejé a Adrián ayer (un par de horas después de recibir el suyo, eso sí, que Dani es tonto, pero algo de razón tiene).



Joder, vaya respuesta de mierda... ¿Ver cómo tengo la semana? ¿En vacaciones? Pero es que necesitaba ganar

algo de tiempo y pensar, ¿qué otra cosa podía hacer?

Estamos Dani, Jaime, Sandra y yo sentados en un bar tomando unas cervezas. Por lo visto, Victoria hoy no se encuentra muy allá y se ha quedado en casa, y Raquel tenía que acompañar a su madre a una cita médica, así que el Consejo está cojo. ¡Y encima me faltan dos de las voces más sensatas!

—¿Y no sabes si quieres quedar con él? —pregunta Jaime—. Pero a ver, Adrián y tú acabasteis bien, ¿no? Seguís en contacto y tal.

—Sí, pero no nos hemos visto desde que lo dejamos y no sé, puede ser un poco…

—¿Un poco como verle y volver de repente a los dieciséis años? —dice Sandra con una sonrisita maliciosa. ***¡Será asquerosa!*** Lleva un rato que parece que no está aquí, con el móvil en la mano y escribiéndose mensajes con alguien sin parar. Pero sí, sí está—. Hay que ver cómo eres, Sergiete.

—No me llames… —Uf, ***¡la mato!*** Sabe de sobra que Adrián era el único que me llamaba Sergiete, ¡lo ha dicho a propósito para joder!—. Mira, déjalo y vuelve a tu móvil, no sea que te vayas a perder algo de esa conversación taaan importante.

—¡Vale!

—Bueno, ¿y qué vas a hacer? —me pregunta Dani, ante lo que yo me encojo de hombros.

Pues eso me gustaría a mí saber. Porque, a ver, supongo que no hace falta que os diga que me apetece ver a Adrián. Y no, dejad de pensar lo que estáis pensando, ***¡que no es por eso, joder!*** Es porque ha sido alguien mega importante en mi vida y no sé, le tengo mucho cariño y no quiero que perdamos el contacto. Es comprensible, ¿no?

Pero claro, es que Fede y él…

Uf, esto tiene muchas aristas. Mejor le pido al camarero otra ronda de cervezas, que el Consejo va para largo.

—Hay que tener en cuenta una cosa —sigue Dani—: en su día, rechazaste a Fede para seguir con Adrián. O sea que, si yo fuera Fede… ni puta gracia que quedarais ahora.

—Pero tendrá que hacer un esfuerzo y entender que son amigos y que no pasa nada por mantener el contacto, ¿no? —dice Jaime haciendo que todos levantemos una ceja en plan *yaaasíclaro*—. Dime, Sergio, ¿Fede sabe que Adrián y tú os escribís de vez en cuando?

—Sí, eso lo sabe —le contesto. Porque sí, es consciente de que nos llevamos bien y mantenemos cierto contacto, y siempre se ha mostrado comprensivo y ha dicho que no le importa. Pero claro, lo dice desde la tranquilidad de saber que Adrián está a quinientos kilómetros, cosa muy distinta es decirle ahora que viene a Málaga y que quiere que nos veamos. Ahí estoy con Dani: a mí no me haría ni puta gracia.

—Pues habla con él y explícale la situación —dice Jaime—. Dile que Adrián es tu pasado, mientras que él es tu presen…

—¡Qué bonito, por favor! —salta Sandra—. ¿Tú siempre le hablas así a Raquel, como hablan en esas series que ve mi madre por las tardes? Es que así no me extraña que esté enamoradísima de ti.

—No me hace falta, ¿tengo que recordarte que a Raquel la enamoré prácticamente sin hablarle? —contesta él poniéndose en plan sobrado (cosa que no le pega NADA)—. No, pero en serio, tío, dile que esté tranquilo y que confíe en ti, que es solo veros un rato, poneros al día y no tiene más.

—Ya, supongo que no me queda otra —le digo. Solo que aún hay un asunto más que no tengo claro cómo gestionar. Ya os dije que esto tenía muchas aristas—. Oye, Jaime, una cosa que te quería preguntar: cuando has hablado con Adrián estos últimos meses, ¿tú le has comentado algo de que yo…?

—¡SERGIO, TÍO, ¿NO LE HAS DICHO QUE ESTÁS CON FEDE?! —salta Dani. Y me esperaba que fuese Sandra, la verdad, pero está tan ocupada escribiendo que se le han adelantado.

—Pues no, joder, no le he dicho nada, ¡y deja de gritar!

—Bueno, pero tiene que saberlo aunque no le hayas dicho nada. Te sigue por Instagram y eso —dice Sandra que, ahora sí, parece haber vuelto a la conversación.

—¿Pero tú has visto el Instagram de este? —le dice Dani— Si es de los que solo le da *me gusta* a lo de los demás, ¡nunca publica

nada!

Aclaración: ***¡Sí publico cosas!*** Pero es verdad que son cosas de sitios en los que estoy, libros que leo, pelis que veo… Y alguna foto mía tengo. De hace tiempo. Mucho tiempo. No, vale, no sale Fede por ningún sitio. ***¡Pero publico cosas!***

Jaime retoma la pregunta que le había intentado hacer hace un rato.

—¿Que si yo le he comentado que sales con Fede? —me pregunta—. Pues no, la verdad.

—¿En serio no le has comentado nada? —le pregunta Sandra sorprendida—. Tío, si una cosa tan jugosa no se la cuentas a tu colega, ¿de qué coño habláis cuando habláis?

—Vamos por partes —dice Jaime—. Primero: no te vayas a pensar que hablo con él muy a menudo; a lo mejor cada dos o tres semanas, a veces más, depende. Segundo: cuando hablamos, la mayoría de las veces es de chorradas; un poco de cómo te va todo, o me pregunta por el equipo de baloncesto, y sobre todo nos enviamos memes y vídeos chorra.

—Ya, eso os cuadra bastante.

—Y tercero y lo más importante de todo: sí, alguna vez se me ha pasado por la cabeza comentárselo, pero creo que sería meterme donde no me llaman, no sé. Y sé que Sergio y él están en contacto, así que…

Ahora me siento un poco dividido, la verdad. Porque vale, la discreción de Jaime es todo un detalle, algo que habla muy bien de él, pero, por otro lado, si él se lo hubiese comentado a Adrián, ahora no tendría que pasar yo por ese momento incómodo. Me lo estoy imaginando.

Por cierto, Adri, ¿te acuerdas de ese chaval que iba detrás de mí, me besó e intentó que te dejara? Pues ahora es mi novio, ¡cuando quieras quedamos los tres!

En ese momento se me viene otra cuestión a la cabeza, algo relacionado con Jaime que, en realidad, me he planteado muchas veces durante estos últimos meses, pero que nunca me he atrevido a preguntárselo. Y quizá ha llegado el momento.

—¿Y Adrián nunca te ha preguntado por mí? —Él me mira extrañado—. No me refiero a qué tal estoy y ese tipo de cosas, eso ya me lo pregunta a mí directamente. Pero, ¿nunca te ha preguntado si estoy con alguien?

Se lo piensa. Titubea con el ceño fruncido. Valora las implicaciones que pueden tener sus palabras, si pueden afectarme negativamente de alguna forma. Normal, claro, no quiere cagarla; antes era solo amigo de Adrián, pero supongo que ahora podría decirse que es amigo de ambos. Finalmente, como si se sintiera algo avergonzado, niega ligeramente con la cabeza dándome un adelanto de su respuesta.

—Pues… no. La verdad es que no.

¿Cómo es posible?

¿Cómo puede ser que no se lo haya preguntado ni una sola vez?

Voy camino de mi casa y no paro de darle vueltas al tema. Y me jode. Sé que no debería, pero no puedo evitarlo: ME-JO-DE.

Me imagino la situación a la inversa: si fuera yo el que tuviese un amigo que vive en Madrid y sabe de él. ¿Le preguntaría si Adrián ha estado o si está con alguien?

Joder, ¡pues claro!

¿Acaso no he mirado de vez en cuando su Instagram a ver si notaba algo? Alguien que apareciese más de lo normal en sus publicaciones, o con quien estuviese en una actitud algo más cariñosa de la cuenta… Y no, no porque me importe o me parezca mal, joder, ¡solo por curiosidad! Pero, al parecer, él no ha sentido esa curiosidad en todo este tiempo. ¿Por qué?

Porque no cree posible que estés con alguien.

O peor: porque se la suda.

Joder, qué puto calor hace, ¿no? O lo mismo soy yo, que voy como una moto. ¿Pero qué prisa hay?, ¡si no tengo nada más que hacer hoy!

¿Qué cojones te pasa, Sergio?

Para.* *¡PARA!

Me detengo en mitad de la calle. Un coche frena cerca y el conductor se me queda mirando. ¿Qué narices le pasa a ese chav…? Ah, joder, que estoy al lado de un paso de cebra y se pensaba que yo iba a…

—¡No, no, lo siento! ¡No voy a cruzar!

Vale, vale, tampoco hace falta poner esa cara de mierda.

Sigo andando, pero más despacio, a ritmo de persona no histérica normal y corriente.

¿Por qué me he puesto así? ¿Por qué me ha molestado tanto que Adrián no haya preguntado por mí? Si lo piensas, es absurdo. Estoy con Fede. Le quiero y nos va increíble. ¿Qué más me da lo que Adrián piense o deje de pensar de mí?

O si piensa en ti alguna vez.

***Ese es el problema*.**

Llego a mi casa y subo las escaleras acelerado otra vez. No pienso darle ni media vuelta más al tema; de hecho, estoy bastante enfadado conmigo mismo por haber dejado que me afecte de esta manera tan irracional.

Es lo que ha dicho Jaime: Adrián es mi pasado, Fede mi presente.

A veces las frases de telenovela están cargadas de razón.



7. Qué pereza

A ver cómo lo hago. A ver cómo se lo digo para que no vea más allá de lo que es. ¿Me pongo delante de un espejo a ensayarlo? Es lo que hacen en las series y en las pelis, ¿no? *Fede, me ha dicho Adrián que viene a Málaga y quiere que nos veamos, y a mí me apetece*. Y después me quedo un rato mirando mi propio reflejo con cara de… *uf, qué mal.*

No, no voy a hacerlo. Es más, os prometo una cosa: si algún día llego de verdad a escribir guiones para cine o televisión, jamás saldrá de mi pluma (toma anacronismo) una escena de esas. ¿Pueden estar más vistas? ¿Y quién se las cree?

Esta noche Fede trabaja en el restaurante, así que me he venido a su casa un rato por la tarde. Tenemos un par de horas hasta que se vaya y tengo que aprovechar para comentárselo, por quitármelo ya de encima y por no tener tampoco a Adrián esperando una respuesta. Pero joder, es que sé que esto va a ser complicado y ya me conocéis… pereza máxima.

—¿Quieres que salgamos a tomar algo? —me dice al poco de llegar, después de los besos y el magreo que, por esta vez, no han pasado a mayores.

—Prefiero que nos quedemos aquí, que este mes me estoy gastando mucho dinero saliendo.

Aprovechamos que su compañera de piso no está para salir de su habitación/sauna y ponernos cómodos en el sofá del salón (con su aire acondicionado salvándonos la vida) a ver un par de capítulos de *The Good Place*, una serie que ya tiene unos añitos, pero que nosotros hemos descubierto hace poco y nos encanta; su mezcla de humor absurdo, filosofía y personajes ultra carismáticos parece hecha a nuestra medida. Y, aunque Netflix intenta que sigamos pegados al sofá ofreciéndonos un tercer capítulo (bueno, *ofreciéndonos* es un decir, porque dejar cuatro segundos ridículos de margen antes de lanzarte el siguiente capítulo a la cara es más bien

coacción), yo cojo el mando y lo paro a tiempo. No hay mejor momento que este, que estamos de buen humor, así que hago el papelón fingiendo que me acabo de acordar y saco el tema sin más, intentando quitarle importancia.

—Por cierto, que no te lo he comentado, ayer me escribió Adrián.

La sonrisa de Fede, esa que siempre se le queda durante un buen rato después de ver la serie, se congela al oír el nombre de mi ex al tiempo que levanta un poco las cejas. Ha puesto cara de… *¡precaución!* Precaución la que he de tener yo a partir de aquí con las palabras que elijo y, sobre todo, con la actitud que muestro.

—Ah. Y… ¿qué quería, si puede saberse? —me pregunta intuyendo que, si le he sacado el tema, no es porque me haya escrito para preguntarme qué tal va todo y ya está.

—Nada, decirme que viene a Málaga la semana que viene —le contesto cauto. Él se pone aún más tenso al oír eso, y por un momento contemplo la posibilidad de recular, de dejarlo ahí y sacar el otro tema (el de quedar con él) más adelante. Pero no, mejor no. Sería muy raro tener esta conversación en dos partes. Vamos, i*palante* con todo, Sergio!—. Bueno, y me ha preguntado también si me apetece que nos veamos algún día.

Ahora sí, arquea una ceja y su sonrisa desaparece por completo.

—Vaya. —Silencio—. Y… ¿tú qué le has dicho?

—No, nada aún —contesto rápidamente—. Que no lo sabía.

—¿Que no lo sabías? —me pregunta algo contrariado.

—Sí, o sea, es que quería hablarlo antes contigo.

—Pero… ¿te lo estás planteando en serio? —me dice con un tono más hostil de la cuenta que, la verdad, me hace regulín de gracia.

—Pues sí, la verdad. —Deja escapar un suspiro y, levantándose ligeramente las gafas, se aprieta con el pulgar y el índice el hueco entre la frente y la nariz. Un gesto muy suyo cuando algo le agobia. Ahora no puedo echarme atrás—. Me lo estaba PLANTEANDO, Fede, solo planteando. Y, como veo normal que no te haga gracia, he querido hablarlo antes contigo. No creo que haya hecho nada malo.

—Yo no he dicho que hayas…

—Ya, pero lo parece.

Nos quedamos un buen rato en silencio. Mientras, en el televisor, van apareciendo imágenes y palabras clave de las series que Netflix cree que nos pueden interesar en el futuro, pero no les hacemos ni caso: mi cabeza va a mil por hora pensando cómo puedo reconducir la conversación y suavizar el tono, y sé que la suya está haciendo lo mismo. Bueno, lo de suavizar el tono… eso no lo tengo tan claro.

—Pero tú tienes ganas de quedar con él, ¿no?

No, no está por la labor de suavizar el tono.

Qué pereza, en serio.

No sabéis cómo me cuesta mantenerme tranquilo ante lo que acaba de decir y el tonito con que lo ha dicho. Pero me obligo.

—A ver, Fede, sabes de sobra que somos amigos y que hablamos de vez en cuando. No lo veo tan raro.

—No has contestado a mi pregunta —me dice inflexible.

—¡Pues sí, me apetece verle!

—Ah, ¿y encima te mosqueas tú?

—Es que no entiendo por qué me haces sentir tan mal por querer ver a un amigo que viene unos días a Málaga. Haces que parezca como si, solo con planteármelo, ya te estuviera poniendo los cuernos. Además, ¡te lo estoy preguntando antes de decidirlo!

—No, no me has preguntado nada. Solo me has dicho que viene a Málaga, que quiere que quedéis y que te lo estás planteando.

Pffff… Ahora soy yo quien deja escapar un suspiro (por no soltar un grito) y respira hondo por segunda vez antes de seguir hablando.

—Vale, tienes razón, no te lo he preguntado —le concedo—. No pensaba que tuviera que preguntarte si me dejas qued…

—No, Sergio, no vayas por ahí, que no se trata de eso. No tienes que pedirme permiso, evidentemente, pero estaría bien que me preguntaras si me importa, o si me va a hacer sentir mal que quedéis. Y la respuesta es sí: me importa, no me sentiría bien.

—Bueno, pues no he dicho nada, olvídalo —le digo zanjando el tema.

Solo que no quiero dejarlo estar. Por un momento, estoy a punto de subir el tono un escalón más y decirle que no me ha dejado

tiempo para plantearle ningún tipo de pregunta, que se ha puesto como un estúpido desde el minuto uno. Pero mira, ¿sabes qué? Que paso. No quiero que la cosa se líe más. Además, en el fondo, no me permito mostrarme más enfadado porque entiendo su reacción. Honestamente, ¿no me habría puesto yo igual si la cosa fuera al revés?

No, ¡qué va!

Me habría puesto mucho más estúpido aún.

Pero eso no quita para que me mosquee. No me ha gustado cómo se ha puesto, no me ha gustado que no me haya dado ninguna oportunidad para argumentar nada. No sé, no lo veo justo.

Paso el tiempo que nos queda en su casa sin abrir mucho más la boca. Le digo que ponga un par de capítulos más de la serie para no tener que hablar. Me fastidia, porque no los disfruto nada; ver una comedia enfadado es una puta mierda, casi ni me entero de la mitad de lo que pasa. Pero bueno, ya volveré a ver estos capítulos en mi casa tranquilamente.

Cuando llega el momento de irme le doy un beso, sí, pero de aquella manera (cortito y sin lengua, para que nos entendamos). Porque claro, no dárselo sería un poco heavy, ¿no? Quiero que note que estoy molesto, no mega enfadado. Y lo nota, vaya si lo nota.

De camino a casa cojo el móvil y releo el mensaje de Adrián mientras empiezo a pensar qué excusa ponerle.

Solo que no quiero ponerle excusas, joder.

¿Por qué tengo que hacerlo? Yo entiendo a Fede, claro, pero lo mismo debería plantarme y poner una línea roja en todo este asunto, por lo de ahora y por lo que pueda venir en el futuro. Una relativa a la gente a la que puedo y a la que no puedo ver; o, mejor dicho: una que deje claro que yo puedo ver a quien me dé la gana y que, si él me quiere, ha de confiar en mí. ¿O no? ¿O quizá estoy siendo poco comprensivo con Fede? Mira, yo qué sé.

Me guardo el móvil en el bolsillo de nuevo y sigo andando. Paso de largo el portal de mi casa y sigo andando.

Ya veré qué hago.

Ahora necesito andar.

Estoy a punto de irme a la cama cuando recibo un mensaje de Fede diciéndome si puede subir un momento a casa. Ya ha acabado el turno en el restaurante y quiere que hablemos. Sinceramente, me apetece cero, porque aún no he decidido si quiero plantarme o si, por el contrario, voy a ser más considerado con él y con sus sentimientos. Pero, si quiere hablar ahora, tampoco es plan de pasar de él.

Sube y nos metemos en mi habitación. Para tener algo de intimidad, junto la puerta sin llegar a cerrarla, que, por viejos que nos hagamos Guille y yo, a mis padres sigue sin hacerles demasiada gracia eso de que nos encerremos con nuestras parejas en la habitación (y pobre Alba cuando le toque, que es ya mismo).

Se queda de pie junto a la puerta con actitud vacilante, haciendo oscilar su peso de un pie al otro de un modo tan nervioso que resulta casi cómico. Es como si ahora mismo no se creyera con derecho a entrar tranquilamente en mi habitación. Cuando habla, apenas me mira.

—Sergio, llevo toda la noche pensando en lo de esta tarde —me dice al fin. Me siento en la silla de mi escritorio y decido dejarle hablar. A ver de qué palo va y ya decidiré luego cómo lo afronto—. Me he quedado con una sensación muy mala y, la verdad, creo que no he reaccionado muy bien.

Se me queda mirando esperando que le conteste algo. Supongo que también quiere comprobar hasta qué punto estoy torcido con él.

—Bueno, no ha sido tu mejor tarde.

—Ya, lo siento. Es que no sé, me sueltas eso así de repente, y…

—¿Así de repente? Pues con normalidad, ¿cómo quieres que te lo diga?

—No sé. Supongo que no hay otra manera.

—Lo que me jode, Fede, es que me has acusado de no preguntarte y de no tenerte en cuenta cuando ni siquiera me has dado la oportunidad de hablar.

—Ya, ya lo sé. He sido bastante… Tendría que haberte escuchado.

—Sí, no habría estado mal.

—Pero es que sé lo importante que fue Adrián para ti y, no sé, la idea de que os veáis…

—Es solo vernos un rato —le aseguro—. Tomar algo, ponernos al día y ya está.

—Ya —dice sin verlo aún muy claro.

Sé perfectamente cuál es su dilema: siente lo que siente, tiene miedo de mi reencuentro con Adrián, está inseguro y no puede evitarlo, pero… al mismo tiempo, no quiere ser ese tío que limita las relaciones de su pareja, que le impide poder llevarse bien con un ex. Y, ahora sí, viéndole sufrir por esa especie de debate interno que está teniendo lugar en su cabeza, me siento mal por ponerle en esta situación. Me levanto y me acerco a él. Le cojo de las manos, se las aprieto bien fuerte y lo atraigo para que nos sentemos juntos en mi cama.

—Entiendo que no te haga mucha gracia, pero te pido que confíes en mí.

Asiente, pero le cuesta un mundo. Con la cara muy seria, con los labios apretados y con una mirada que me atraviesa buscando cualquier indicio de duda en mí. Pero asiente, al fin y al cabo. Yo sigo hablando para tranquilizarle.

—Tú lo has dicho: Adrián FUE muy importante para mí. Le tengo cariño, sí, por eso me apetece que nos veamos un rato, pero forma parte de otra etapa de mi vida.

Se acerca a mí y me besa, y esta vez sí dejo que mi lengua se encuentre con la suya y que el momento se prolongue durante un buen rato.

—Vale —me concede al fin—. Confiaré en ti. Espero que no te ralles al verle.

Suelto una risita cargada de suficiencia.

—No, claro que no. Adrián ya perdió su oportunidad —le aseguro mientras meto mis manos por debajo de su camiseta, acaricio su cintura y me aprieto fuerte contra él—. No tienes de qué preocuparte, en serio.

Nos quedamos un rato así, abrazándonos y besándonos mientras sentimos que la tormenta se va alejando. No se va a ir del todo, lo sé, en su cabeza van a quedarse unas cuantas nubes que no dejarán

ver el sol del todo hasta que Adrián coja el AVE y se vuelva a Madrid, pero, por ahora, es un alivio que la lluvia y los truenos no estén sobre nuestras cabezas.

Luego se separa un poco de mí y vuelve a mirarme algo más serio.

—Y oye, le has hablado de mí, ¿no? Quiero decir, sabe que tú y yo estamos juntos, ¿verdad?

Dudo. No contesto de inmediato.

Pero tampoco me permito retrasar demasiado la respuesta.

—Sí. Claro que sí.



8. Mi Gran Noche

—Hoy es tu gran noche, ¿no?

—No, por favor, ¡no empecéis!

Tarde. Raquel y Sandra ya están cantando la famosa canción de Raphael. Bueno, cantando… Solo se saben bien dos versos, lo demás es una ensalada de palabras que no van exactamente ahí y otras que ni están en la canción, pero bueno, para hacer el gilipollas les vale.

—Ah, claaaro —dice Raquel—. Yo digo… qué raro que se apunte Sergio a lo de venirse un rato a mi piscina antes de comer, si desde que nos conocemos no habrá venido más de dos o tres veces.

—No como yo, que me paso la vida aquí —dice Sandra—. Es la putada de no tener piscina en mi urbanización.

—Pero claro, ahora me cuadra todo —continúa Raquel—. Como está nervioso por lo de esta noche, no ha querido quedarse en casa comiéndose la cabeza.

—Emmm, ¿puedes dejar de hablar de mí como si no estuviera aquí? Y no estoy nervioso por lo de esta noche, estúpida, que mira que os gusta hacer el tonto y ver cosas donde no las hay.

Pues no, no estoy nervioso. Pero cien por cien tranquilo… pues tampoco, ya os haréis una idea. Y es verdad, no me apetecía nada quedarme en casa imaginándome el reencuentro de esta noche y dándole vueltas al tema de decirle a Adrián que ahora estoy con Fede, por eso me he apuntado al plan de piscina cuando Raquel lo ha puesto en el grupo. Que, evidentemente, tengo derecho a estar con Fede o con quien me dé la gana, pero eso no quita que vaya a ser un momento un poco incómodo.

Lo que sí tengo claro es que he venido a despejarme, a echar el rato, y que no pienso pedirles su opinión a las chaladas estas; porque sí, a lo mejor me dan algún consejo útil, pero, ¿a qué precio? ¿A costa de doscientas bromas sobre lo torpe que he sido no diciéndole nada de mi relación a Adrián? No, déjate.

—¿Estás súper seguro de esto? —me pregunta Raquel.

—Sí, claro. ¿Por qué os parece a todos tan raro que…?

—No, Sergio —me corta Sandra seria, cosa que da un poco de yuyu—. No es que sea raro quedar con un ex si os lleváis bien; pero tú estás con Fede, has apostado por esa relación y creo que, por ahora, os va bien. Y bueno, es que… es Adrián.

Me quedo descolocado con eso último.

—¿Qué quieres decir con que *es Adrián*?

Las dos se miran. En los ojos de Sandra leo: *¿en serio necesita que se lo explique?* En los de Raquel: *tía, sé lo que dices, pero a lo mejor te estás metiendo en un jardín al que, además, nadie te ha invitado.* Sí, todo eso leo en un segundo. Si las conoceré bien.

—Nada, es igual —suelta Sandra poniéndose en pie de un salto—. Yo voy a bañarme, ¡que me estoy abrasando!

Sin darme la oportunidad de seguir interrogándola, se aleja con el móvil en la mano y, antes de meterse en el agua, se queda unos segundos contestando algún mensaje.

—¿Tú no crees que esta está muy rara últimamente? —me dice Raquel obligándome a poner el tema de Adrián en segundo plano.

—Lo dices porque está todo el día con el móvil, ¿no? —le contesto yo, que ya hace unos días que vengo fijándome en eso—. Antes no era tan exagerado. ¿Se habrá descargado algún juego de estos que enganchan a tope? Ya sabes que Sandra, cuando se engancha a algo, tiene un comportamiento muy obsesivo.

—No, qué va. Se escribe con alguien. Y mira qué cara.

Sí, es verdad: cuando coge el móvil y empieza a escribir, su expresión va cambiando poco a poco. Una sonrisita contenida, los ojos ligeramente entornados y, en algunas ocasiones, hasta llega a morderse un poco el labio inferior, ¡y eso sí que canta!

—Está tonteando con alguien, fijo —sentencia Raquel.

—Ya, tiene toda la pinta. Pero, ¿por qué nos lo iba a ocultar? —le pregunto justo antes de caer en que, no tener que aguantar las tonterías y las bromas del grupo (esas de las que yo suelo ser víctima y que, por lo general, suelen venir de ella misma), podría ser una buena razón para callárselo—. Bueno, sobre todo, ¿por qué te lo iba a ocultar a ti, que sois uña y carne desde hace años?

—Pues no lo sé. Pero lo pienso averiguar.

Guille también me está poniendo de los putos nervios. En serio, no sé para qué le cuento nada. Lleva siguiéndome desde que he salido de la ducha, preguntándome qué vamos a hacer esta noche, soltando una pulla tras otra. ¿No tiene nada mejor que hacer? Joder, estoy por mandarle un mensaje a Olga y decirle que se venga a mi casa corriendo, que mi hermano quiere volver con ella, a ver si deja de darme por culo a mí. No, no podría porque no tengo su número, pero es un decir.

—¿Entonces Fede hoy trabaja en el restaurante? —me pregunta por segunda vez.

—Que síííí, ¿no me lo has preguntado hace tres minutos? —le digo mientras apago el secador y suelto el peine.

—Pues mira, podríais ir a cenar ahí y que os haga descuento.

Uf, yo a este le suelto una hostia.

Respiro hondo y abro el armario dispuesto a vestirme. ¿Me pongo una bermuda? ***Pfff***, no es lo que más ilusión me hace del mundo con mis piernas canijas, pero un pantalón largo con este calor, como que no.

—Tiene que ser raro, ¿no? —me dice un poco más serio.

—A ver, un poco sí, pero yo creo que lo estáis haciendo todos más raro de lo que es —le contesto un poco harto ya del tema—. ¿Y sabes qué es lo que me jode? —Él se encoge de hombros y me interroga con la mirada—. Que, cuando os veo así, observándome, analizándome y casi esperando que me ponga histérico con todo esto como cuando tenía quince años, tengo la impresión de que no os tomáis para nada en serio mi relación con Fede.

Por un momento parece que va a contestarme, pero se queda callado. Y supongo que es porque he dado bastante en el clavo y se siente mal.

Saco una camiseta del cajón y me la pongo. ¿Yo he adelgazado aún más o qué?; esta antes no me quedaba tan ancha. Venga, pues a ver esta otra, que me gusta un mont… Joder, ¡qué fea está!; se le está yendo el color, la he usado demasiado últimamente.

—¿No sabes qué ponerte o qué? Llevas un rato ahí plantado sacando cosas.

—Pfff, me parece que tengo que ir de compras.

Se levanta de mi cama y se dirige hacia la puerta. ¡Por fin va a dejarme en paz! O no, porque antes de salir da un paso atrás y me habla de nuevo.

—Oye, lo siento si piensas que no me tomo tu relación con Fede en serio. Es solo que…

Hace una pausa desquiciante que me obliga a levantar los hombros y a ponerle cara de… *acabalaputafrase*.

—Es solo que hacía muuucho que no te veía haciendo esto.

—¿Haciendo el qué?

Señala el armario.

Señala mi cama y las ocho prendas que he sacado ya.

Me señala a mí.

Me cago en él.

Voy ya de camino al sitio donde hemos quedado. Y se me hace un poco raro, porque no solíamos tener un lugar de encuentro fijo por aquí por nuestro barrio. Venía a mi casa, iba yo a la suya, nos veíamos en clase… Como mucho, si bajábamos al centro, nos veíamos en la parada de autobús que queda más cerca del instituto, que nos venía más o menos igual de bien (o de mal) a los dos. Por eso me siento un poco raro quedando con él en la plaza llena de bares y heladerías donde, por otro lado, suele quedar todo el mundo de por aquí.

Al final me he puesto una bermuda blanca y un polo azul que me encanta. Voy guapo, la verdad sea dicha. Y sí, me he tirado un buen rato eligiendo la ropa, como me pasaba cuando… bueno, hace tiempo. Pero los tiros no van por donde cree Guille. No se trata de impresionar a Adrián. O sí, pero no por la razón que él cree.

Quedar con tu ex es participar en una especie de competición. O, al menos, eso parece en las pelis, que no es que yo tenga tanta experiencia ni haya acumulado tantos ex como para saberlo. Pero tiene su lógica, ¿no? Quieres que te vea bien, que compruebe que el

tiempo te ha sentado genial, que estás incluso mejor que cuando estabais juntos.

Que vea lo que ha dejado escapar.

Hay, por tanto, una especie de competición por ser quien mejor lo lleva, quien tiene mejor aspecto Y, aunque en ese juego es difícil ganarle a Adrián, me apetecía jugar y estar a la altura. No hay más.

Aprieto el paso para no llegar tarde. ¿Cómo estará él? Ha pasado bastante tiempo y tengo mucha curiosidad. Vendrá con el puto *outfit* perfecto, eso por descontado, y encima es que todo le queda… Porque guapo es un rato, no vamos a negarlo, y el cuerpazo siempre lo ha tenido.

***¿Qué?* Es así.**

Me empiezo a poner más nervioso de la cuenta pensando en eso, imaginándomelo en la plaza a la que, por cierto, ya estoy casi llegando. ¿Y por qué, joder? Tanto decirle a todos que están viendo cosas donde no las hay, y ahora soy yo el que…

Venga, respira, Sergio. Has quedado con él cientos de veces. Es Adrián.

Sí. Ese es el problema.

Mierda, ya estoy como Sandra, con la tontería esa de… *es Adrián*. Pues vaya obviedad, ¿no? ¿Quién va a ser? ¿Y qué más da, si yo ya he pasado esa página de mi vida? Y, por cierto, ahora estoy en una mucho más interesante.

Me paro un momento en mitad de la calle. Saco el móvil y miro la hora. Al final, corriendo corriendo (y con estos putos nervios que no comprendo y que me tienen acelerado), voy a llegar unos minutos antes, y no me apetece ser yo quien se quede plantado un rato esperando en la plaza, así que me concedo unos segundos para tranquilizarme y para repetirme por enésima vez que…

—¿Sergiete?

Su voz.

Detrás de mí.

Y, de nuevo, un puto escalofrío por todo el cuerpo.

9. El reencuentro

Ya me conocéis de hace tiempo, así que sabéis cómo reacciono. O, mejor dicho, sabéis de sobra que no reacciono de ninguna manera.

—¡Sergio! —me repite, y solo entonces me doy cuenta de que llevo un rato mirándole como un gilipollas, como si viera a un puto fantasma.

—Adrián, no me esperaba… —Señalo en dirección a la plaza—. Creía que estabas en…

De golpe me abraza. No me deja ni acabar la frase, se me echa encima y cierra sus brazos sobre mí apretándome con mucha fuerza, levantándome por un momento del suelo. Yo al principio me quedo parado, sin saber muy bien qué hacer ante su arranque; luego le devuelvo el gesto y los cierro también sobre él, y ambos permanecemos así, balanceándonos como idiotas, no sé… ¿un día entero?

Supongo que, cuando uno piensa en un ex (en lo físico, al menos), suele recordar cómo besaba, cómo te acariciaba, cómo era el sexo juntos… En el caso de Adrián, lo recordaréis bien, sus abrazos estaban a la altura de todo eso y quizá más arriba; son abrazos que te llenan, te reconfortan de una forma difícil de explicar, te dan un chute descomunal de lo que sea que necesites en ese momento.

Solo que tú ahora no necesitas nada, Sergio, ¡ese es el problema!

Me obligo a separarme de él y, aunque es algo incómodo, recupero disimuladamente la distancia entre nosotros.

—Cómo me alegro de verte —le digo al fin. Creo que es la primera frase que acabo desde que me ha encontrado.

—Y yo. ¡Te veo genial, Sergiete!

Me alegra oírlo, y sé que lo dice sinceramente (porque voy guapo, eso es indiscutible), aunque, al reparar en él, yo vuelvo a

sentirme inevitablemente como hace años: muy del montón.

Su *outfit*… pues como siempre, de campaña publicitaria del Zara; viene todo de blanco roto, con una camisa ancha y muy abierta que le sienta increíble. Pero no es eso lo que más me llama la atención, sino el hecho de que esté un puntito más ancho, más fuerte que la última vez que nos vimos. Cabrón… ***¡como si le hiciera falta!***

—Le estás dando al gimnasio, ¿no? —le suelto intentando no parecer demasiado impresionado.

—Bueno, tampoco tanto. Pero estoy en Ciencias del Deporte, así que ya sabes. Estaría feo pasarme las tardes tirado en el sofá, ¿no?

—Yo creo que el tiempo en un sofá nunca es tiempo perdido —le digo—. Pero bueno, ¿dónde te apetece que vayamos?

Se encoge de hombros y levanta las manos. Ya me conozco ese gesto, significa *hoy eliges tú*. Me lo hacía de vez en cuando, para que me pusiera las pilas cuando se había encargado él de elegir los planes varios días seguidos.

—Vale, lo capto. Pues aquí cerca han abierto un restaurante donde se come bastante bien y no es caro. O, si echas de menos algún sitio de los que te gustaban cuando vivías aquí, también podemos ir, a mí me da igual.

Pone cara de pensárselo un poco y luego me sale con algo inesperado. Lo que, paradójicamente, es de esperar viniendo de él.

—¿Te apetece que cojamos el bus y vayamos al centro, o ya es muy tarde?

Ahora soy yo quien se queda pensando un momento. Hombre, un poco tarde sí es, sobre todo si queremos pillar mesa en algún sitio. Pero mi problema ahora mismo no es ese, porque cenar, antes o después, acabaríamos cenando. No, mi problema, aunque os parezca una chorrada, es la idea del autobús. Ir a la parada que cogíamos siempre, compartir con él el trayecto al centro, lo juntos (pegados) que están los asientos. Las curvas, ***¡las putas curvas!***, que ya sabéis lo que pasa en ellas.

Muchas cosas. Demasiadas.

—Yo prefiero que nos quedemos por aquí, ¿no? —le contesto—. El centro está lleno de guiris y todo es carísimo.

—Como tú veas. Venga, que te sigo.

Nos ponemos en marcha mientras nos hacemos las preguntas básicas, las obligatorias: ***cómo estás, qué tal te va todo*** y otras formalidades parecidas que, si te fijas, y más allá de cumplir su función para romper el hielo, dan muy poca información, porque también suelen contestarse de forma muy vaga. Todo ello mientras caminamos despacio, observándonos el uno al otro algo más de la cuenta y aún algo cortados, como es normal después de tanto tiempo.

—¿Cómo va todo por Madrid? —le pregunto por compromiso, porque en realidad le acabé cogiendo bastante asquito a la ciudad. No a la ciudad en sí, entendedme, que es maravillosa, pero sí a lo que supuso para mí.

—Bien, todo bien —me contesta escueto.

—¿Y el curso en la Universidad?

—Empecé algo flojo, pero me puse las pilas y he conseguido sacármelo todo. ¿Y tú?

—Bien también.

—¿Sigues escribiendo? Hace siglos que no leo nada tuyo.

—Es que hace siglos que no escribo nada —le digo—, pero tengo como mil ideas en la cabeza. Este verano quiero ponerme en serio y sacar alguna adelante. Tengo ganas.

Llegamos al restaurante y nos sentamos en una mesa (bastante pequeña, todo hay que decirlo) en la terraza.

—Y oye, ¿cómo están estos? —me pregunta mientras el camarero nos pone los cubiertos y nos deja el código QR para que vayamos viendo la carta—. Los del grupo, me refiero.

—Bueno, imagino que con Jaime hablas, ¿no?

—Sí, de vez en cuando. Pero de nuestras chorradas.

—Están bien. Dani y Victoria como siempre, en plan parejita súper asentada; Raquel y Jaime mejor de lo que me esperaba, la verdad, porque Jaime es un puto crack sobrellevando las neuras de Raquel; y Sandra… pues rara de narices últimamente. Empezamos a pensar que tiene un lío con alguien y que nos lo está ocultando.

—No jodas, ¿en serio? —me contesta divertido—. Jo, los echo de menos. Me encantaría quedar con ellos.

Estoy a puntito de decirle que, si quiere, mañana hemos quedado todos para ir al cine y a tomar algo después, pero consigo controlarme a tiempo. Porque, cuando digo que hemos quedado todos, quiero decir TODOS. Fede incluido.

Pedimos unas cuantas cosas para compartir y seguimos charlando mientras esperamos que nos las traigan. Me cuenta que su madre está encantada con la vida en Madrid: que tiene un club de lectura, que ha cambiado hace poco de trabajo y está muy ilusionada; eso y que sigue siendo la loca de las infusiones, claro. También me habla de su padre, de lo bien que le está yendo en la empresa desde que está allí. Mientras lo hace, yo empiezo a sentirme inquieto, porque tengo que contarle que estoy con Fede, pero me gustaría llevar la conversación suavemente y de forma natural hacia ahí, y no decírselo en plan *momento confesión*. ¡Qué mal se me dan estas cosas, joder!

El camarero nos trae las bebidas y yo sigo haciéndole preguntas a ver si, en algún momento, una de sus respuestas me da pie a sacar el tema como si tal cosa.

—Y oye, ¿cuántos días te vas a quedar esta vez? —le digo. Nooo, no es que tenga pensado verle más veces, malpensados, es para ver si eso me da pie a… bueno, ¡ya veréis a qué!

—Pues no lo sé —me contesta—. No tengo cerrada la vuelta. Estoy de vacaciones y quiero aprovechar unos días la piscina y la playa sin agobios. Ya veré.

—Entonces… ¿no tienes a nadie esperándote en Madrid?

Suelta su bebida y sonríe ***(y joder, qué sonris… ¡no!, ¡no pienses en eso, Sergio!)*** mientras me mira con un interés renovado.

—Pueees no —me contesta apoyando los dos codos sobre la mesa y adelantando ligeramente su posición (lo que hace que yo me eche un poco hacia atrás)—. En ese plan que lo preguntas, no.

—Bueno, no sé. No sería tan raro, ¿no?

—Supongo que no. Pero vamos que, si tuviera a alguien especial esperándome en Madrid, te lo habría contado.

¡Mierda!

Joder, ¿alguien duda a estas alturas de que voy a quedar como el culo?

Pensaba aprovechar para decírselo ahora, para meter en la conversación como si nada que yo sí estoy en una relación. Pero claro, después de lo que acaba de decir… No, no voy a dejarlo estar, porque no puedo, pero mejor busco otro momento.

Durante la cena me obligo a centrarme en la comida y no mirarle demasiado. Y, si se me van los ojos en algún momento (que uno no es de piedra), pienso en Fede y me dejo de tonterías. Así que pienso en Fede cuando me fijo en que lleva el pelo algo más corto que antes, aunque sigue retocándose el flequillo cada dos por tres; pienso en Fede cuando me doy cuenta de que está súper moreno para vivir en Madrid, y cuando veo que ahora tiene más vello en los brazos; también cuando nuestras piernas se rozan por debajo de la mesa y veo en sus ojos que él también lo ha notado; y me acuerdo muchísimo de Fede cuando mis ojos intentan colarse por la abertura, ya de por sí ancha, de su camisa.

—… tomar un helado, ¿y a ti?

—¿Cómo?

—¡Estás en la parra, Sergiete! Digo que me apetece que nos tomemos un helado —me dice mientras dejamos algo de propina y nos levantamos de la mesa.

De camino a la heladería me pregunta por mi familia. Como tampoco me parece un tema muy interesante, le cuento un poco por encima y me detengo algo más cuando le informo de que mi hermano ha cortado con Olga.

—Ooooh, ¿en serio? ¡Adoraba a Olga!

—Lo sé, estamos todos igual en casa. La noticia ha sido un mazazo para la familia —bromeo siguiéndole el juego.

—Bueno, pues me alegro de que estéis todos bien.

Hace una pausa y, antes de lanzar una nueva pregunta, veo con preocupación que se muerde el labio inferior mientras contiene a duras penas una sonrisa.

—Oye, y… ¿con Fede qué tal?

TOMA BOFETÓN.

Me quedo a cuadros, me sube de repente un calor insoportable hacia arriba y se me acumula todo en la cara, que parece que me vaya a estallar de un momento a otro.

Le miro sin explicarme cómo ha… Pero enseguida aparto la mirada muerto de vergüenza. He frenado el ritmo y él, que va unos pasos por delante, se detiene del todo para esperarme.

—¿Cómo…? ¿Cómo lo sabes? —le pregunto mientras mi cabeza repasa todas las opciones. ¿Jaime podría habérselo comentado y ni acordarse? ¿He subido a Instagram más de lo que creo que he subido? ¿Ha hablado con alguna otra persona que se lo ha contado? ¿Pero con quién?

—Tengo móvil —contesta poniendo cara de… *obvio, ¿no?*

—Pero yo no he subido nada que…

—No, tú no. Pero no eres el único que sube cosas. —Me quedo bloqueado de nuevo y, como no tiene ganas de alargar más el momento (cosa que le agradezco, porque estoy quedando como el puto culo), me saca enseguida de dudas—. De hecho, cada vez que salís por ahí, Sandra sube no menos de veinte historias.

Claro, ahí lo tienes. ¿Seré gilipollas? ¿Cómo no pensé en eso y di por hecho que Adrián no sabría nada? Pero ahora no es momento de pensar en eso, ahora es momento de arreglar la situación. O de intentarlo, al menos.

—Quería contártelo.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Esta noche. Llevo un rato buscando el momento.

Mi respuesta le divierte. O bueno, seguramente no, pero es la pose que adopta.

—¿Y por qué no me lo has contado antes, Sergio?

Adri, tío, ¡vaya pregunta!

—No sé, me daba… —***Qué. ¿Pereza? ¿Vergüenza? ¿Miedo? ¡Ni tú lo sabes, Sergio!***—. Ni yo lo sé —reconozco.

—Ya veo.

—Es que bueno, se trata de Fede, y sé que tú le odias.

—¿Que yo le…? A ver, no es que le odie —me dice—. Bueno, un poco sí. Bastante. Le odiaba, más bien.

—¿Ves?

—Joder, es que tonteó contigo sin cortarse un pelo cuando estábamos juntos —me dice riéndose, y no tengo claro todavía si la situación le divierte o todo lo contrario—. ¡Y te besó cuando estábamos juntos! Pero yo qué sé, de eso hace tiempo, y la situación ha cambiado mucho. Me habría gustado que me lo contaras, la verdad.

—Lo siento —le digo—. Era una situación con la que no me sentía nada cómodo y, como estabas lejos, la fui dejando para más adelante. Ya me conoces.

—Sí, no hace falta que lo jures.

Nos quedamos en silencio, parados a medio camino de la heladería y sin mirarnos, y por un momento yo tengo la impresión (la certeza, más bien) de que va a ser imposible recuperarnos de esto, que, con mi falta de confianza en él, he echado a perder la amistad que habíamos conseguido conservar después de nuestra relación. Y claro, que esté saliendo precisamente con Fede, tampoco ayuda.

—¿Y estáis bien? —me pregunta de repente al cabo de un rato con la mirada perdida al fondo de la calle. Como tardo en contestarle (estoy demasiado sorprendido por la pregunta), me la repite—. Fede y tú. Que si estáis bien.

—Sí, sí —le respondo por fin—. Nos va bien, la verdad.

—Vale. Pues me alegro entonces.

Te alegras. Ya.

—Gracias, Adrián

Nos tomamos ese helado intentando recuperar el tono relajado del principio de la noche. Y bueno, no lo conseguimos del todo, pero se le parece bastante, lo suficiente para que no volvamos a estar incómodos.

Cuando llega el momento de despedirnos lo hacemos a medio camino de su casa y la mía. Me dice si me apetece hacer algún otro plan mientras aún esté en Málaga y yo le contesto que quizá sí, que

vamos viendo cómo nos cuadran las cosas. Aunque no sé, creo que para Fede una segunda ~~cita~~ vez sería demasiado.

—Bueno, pues vamos hablando —me dice justo antes de darme otro abrazo. Este es algo más corto que el primero, pero igual de intenso—. Me ha gustado mucho verte, Sergiete.

—Y a mí.

Se da la vuelta y empieza a andar a paso rápido, y yo me descubro de repente sintiendo un puto revoltijo de cosas muy confusas en el estómago mientras veo cómo se aleja. Y es justo cuando consigo cerrar los ojos, girarme y empezar a caminar hacia mi casa, cuando oigo de nuevo su voz.

—¡Eh, Sergiete! —Me giro de nuevo—. Que casi se me olvida, ¿sabes cuál es la colonia de Superman?

—La colonia de… No, ¿cuál?

—¡Superfume!

—Joder, Adri… ¡es horrible!

—Ya, ¡esa es la gracia!



10. Debilidades

El resto de la noche en mi casa es… raro.

Y el día siguiente también.

Vale, lo reconozco: todos tenían razón y yo estaba equivocado. ¿Contentos?

No sé, pensé que no iba a ser tan extraño, que no me iba a afectar de un modo especial reencontrarme con Adrián. *Es solo ver un rato a un amigo*, pensaba, y eso le dije a todo el mundo. Lo que pasa es que, por mucho que me haya empeñado en ello, Adrián no es simplemente un amigo. O sea, sí, pero con una historia detrás mucho más profunda. Ese es el problema.

No, tampoco os flipéis, que no me estoy replanteando mi vida ni cambiando mis prioridades, ¡solo me faltaba eso! Pero es verdad que reencontrarme con él despertó recuerdos muy especiales, removió cosas dentro de mí.

¿Cosas que hacía tiempo que…?

***¡No!* Cosas, y ya está.**

Y no me lo esperaba. Supongo que he subestimado la huella que puede dejar en uno su primera relación, eso es todo.

De todos modos, no es algo que pueda hablar con mis amigos esta tarde en la quedada para ir al cine y a tomar algo, porque Fede va a estar delante y mejor ni mencionamos a Adrián.

Sí, evidentemente, él me preguntó anoche qué tal había ido; me lo preguntó en cuanto acabó el turno en el restaurante, porque ya imaginaréis que estuvo toda la noche con la mosca detrás de la oreja, claro. Yo le conté que habíamos ido a cenar y a tomar un helado intentando, por supuesto, que sonara lo más natural (y lo más insulso) posible, poniéndole el mismo entusiasmo que si le contara que acompañé a Dani a la farmacia a comprarse una crema para la piel atópica (cosa que, por cierto, he hecho más de una vez, no me preguntéis por qué). Después estuvimos hablando un buen rato antes de acostarnos y juraría que se quedó tranquilo. Y menos

mal, porque en serio que lo último que quiero es poner lo nuestro en peligro.

Pero no, no fue exactamente como ir a la farmacia con Dani, eso es así.

Por la tarde nos ponemos en marcha para lo del cine. Y, mientras concretamos el plan por Whatsapp, pasa algo que más tarde nos obliga a hacer un pequeño grupo para comentarlo en privado (para cotillear, hablando claro).



Pues, como digo, antes de entrar al cine, mientras esperamos que Sandra y su amiga lleguen, Raquel aprovecha para sacar de

nuevo el tema de lo rara que está Sandra últimamente. Y ahora tiene una sospecha de por qué.

—Últimamente hace muchos planes con la tal Ángela —nos dice.

—¿Quién es, a todo esto? —pregunta Dani, que muchas veces no se entera de nada.

—Una compañera suya de la facultad —le contesto yo (Sandra se metió en criminología, creo que eso no os lo había comentado)—. ¿Y qué quieres decir con eso, Raquel?

—¿Tú qué crees? Pues que, a lo mejor, la persona con la que está escribiéndose todo el puto día con cara de tonta es Ángela.

Yo me quedo pensando en esa posibilidad. Lo cierto es que Sandra, que sepamos, nunca ha tenido pareja. Tonteó con un chaval el año pasado (creo que hasta follaron un par de veces), pero eso no quiere decir que sea hetero necesariamente. Sí que es verdad que, sin mostrar nunca mucho entusiasmo por nadie, siempre que ha manifestado interés en alguien, ha sido en un tío; cuando Adrián llegó a nuestro instituto, sin ir más lejos, los dos nos quedamos embobados al verlo, y si no intentó nada fue porque yo fui más rápido (bueno, vale, y porque nos enteramos enseguida de que era gay). Pero vamos, que no me parece imposible que puedan gustarle las chicas. O que puedan gustarle *también* las chicas. O que pueda gustarle *esta* chica en concreto. Y, sin embargo, hay algo que no me cuadra de esta posibilidad, y no soy el único al que le pasa.

—¿Y por qué nos lo iba a ocultar? —dice Victoria quitándomelo de la boca.

—Pues… no sé, la verdad —contesta Raquel un poco descolocada.

—A mí también me parece raro —me sumo—. Estoy yo en el grupo, por lo que sabe perfectamente que aquí nadie tiene problema con eso.

—No digo que sea por nosotros, pero a lo mejor está confusa o algo, ¡yo qué sé! A lo mejor es la primera vez que le pasa algo así con una chica.

—Pero es Sandra —dice Dani—. Yo nunca la he visto rallarse por nada, ella tiene cero problemas con todo. No me cuadra mucho.

—A lo mejor es una fachada y resulta que le da más vueltas a las cosas y que tiene más conflicto interno del que os creéis —apunta Fede, y todos nos quedamos mirándolo un poco escépticos. Conflicto interno y Sandra en la misma frase… no sé, supongo que no es imposible, pero cuesta creerlo.

Cuando al fin llegan Sandra y Ángela y nos la presenta a todos (y después de haber escuchado la teoría de Raquel), no podemos evitar comportarnos como imbéciles de manual. Mantenemos las distancias con ellas, las observamos con muy poco disimulo, analizamos minuciosamente cada gesto que se hacen, cada mirada, cada comentario. Todo en plan súper descarado, que me cuesta creer que no se den cuenta. Y no, no puedo decir que vea nada muy evidente, pero es verdad que tienen mucha complicidad. Claro que llevan dos años juntas en la facultad, y también hay que entender que, desde que Raquel empezó con Jaime, ya no pasa tanto tiempo con Sandra como antes, por lo que es normal que se haya volcado un poco más con sus nuevas amistades. Y, ahora que lo pienso… ¿no será que Raquel está algo celosa de que Sandra tenga una nueva súper amiga? Ay, mira, ¡yo qué sé!

Cuando salimos del cine nos quedamos tomando algo en una cafetería que está en el mismo centro comercial. Ángela se queda un rato, pero enseguida nos dice que tiene que irse. Y, como Sandra se queda con nosotros y se muere por saber algo de lo de anoche con Adrián, aprovecha un momento en que Fede va al baño para cambiarse rápidamente de asiento y ponerse a mi lado. Tiene poco tiempo, así que no lo pierde con rodeos.

—¿Qué tal anoche con Adri?

—Pues bien. Cenamos, charlamos un rato y poco más.

—¿Ya le dijiste que estás con Fede? —Yo asiento—. ¿Y cómo se lo tomó?

—Le parece bien.

—Ya, claaaro. Esta mañana me lo he cruzado, iba a hacerse una camiseta con vuestra foto.

—Eres subnormal. Pues es lo que me dijo. Y si le parece mal, ¿qué? Tampoco es que tenga derecho a decirme nada.

—No, claro que no. Pero no le parece bien, obviamente.

—Bueno, pues que se joda. Que no se hubiese ido a Madrid.

—¿Y tú al verle qué?

—¿Yo al verle qué de qué?

—Va, Sergio, que sí —me dice con cara de fastidio—, que tú solo tienes ojos para Fede y bla bla bla.

—¿Y tú qué? —contraataco para no tener que responderle y para ver si consigo sacarle algo—. ¿Tú para quién tienes ojos?, que últimamente estás más rara…

—¿Se puede saber de qué hablas? —me contesta, y tengo la sensación de que se ha puesto una pizca nerviosa. ¡He conseguido descolocar a Sandra! Ni me lo creo.

—¿Cómo es que no nos habías presentado a tu amiga Ángela hasta ahora? Parece muy simpática.

Ahora se parte de risa. Pero mucho, y yo me siento como el gilipollas máximo.

Raquel, tía, vaya teoría de mierda.

—Sergio, ¿tú te has dado un golpe en la cabeza o algo? Venga, dime, ¿vas a volver a quedar con Adrián próximamente?

—Mira, porque sé que Fede te cae bien, que si no… empezaría a pensar que eres *Team Adrián*.

—Por dios, qué listísimo eres. ¡Qué capacidad de deducción, madre mía!

Se levanta dispuesta a volver a su sitio junto a Raquel y yo tengo que reprimir una mala contestación, porque Fede acaba de salir del baño y ya viene hacia aquí. Aunque eso no le impide a Sandra dejarme una última perlita en voz baja antes de irse.

—Pues sí, Fede me cae genial, ya lo sabes. Pero una tiene sus debilidades. Qué te voy a contar a ti, ¿verdad?

¿Será hija de p….?

Me voy con Fede a su casa sin planteármelo, sin avisar siquiera a mi madre. No vamos a cenar, porque nos hemos hinchado a palomitas en el cine y después nos hemos tomado dos cervezas acompañadas de uno de esos mixes de frutos secos (evitando los garbanzos, claro, como todo el mundo), así que nada más llegar, y tras ignorar

bastante a su compañera, nos vamos a la habitación y me lanzo a su cuello como si lleváramos un año sin vernos.

—¿Y eso? —me dice un poco sorprendido por el asalto, aunque encantado de la vida—. ¿Qué te ha dado de repente que estás tan…?

—Será la cerveza, no sé.

Le quito la camiseta con urgencia, casi se la arranco, y después me quito la mía y la lanzo a saber dónde. Vuelvo enseguida a sus labios; han sido cuatro segundos eternos sin sentirlos húmedos sobre los míos.

—Uf, pues entonces tenemos que salir de cervezas más a menudo, ¿no?

No le contesto, solo le desabrocho el botón y empiezo a bajarle los pantalones a base de tirones tan bruscos como torpes. Cuando lo consigo, le empujo sobre la cama, me quito los míos rápidamente y me siento sobre él.

Esta noche no tengo ganas de juegos, ni de charlas. Ni siquiera de entretenerme mucho con los preámbulos. Quiero sexo sin más, tenerlo dentro de mí.

Sentir que soy suyo.

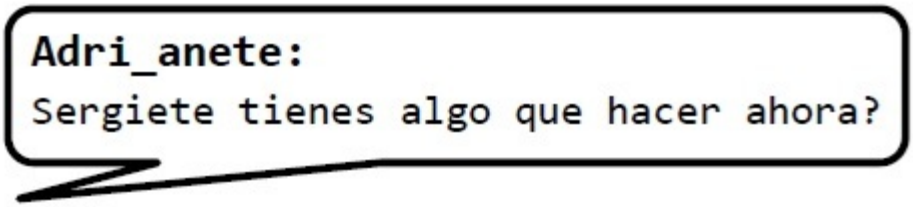
¿De quién si no?



11. Acorralado

Vaya aburrimiento de día. La última semana y media apenas he pisado mi casa, siempre con planes, ya fuera con Fede o con mis amigos. Pero esta misma mañana Fede se ha ido a Barcelona y en el grupo no cuaja ningún plan. Al principio he pensado: ni tan mal, oye, que un día entero en casa descansando, viendo series y jugando a la Play también apetece. Lo que pasa es que son solo las cinco y cuarto de la tarde y ya estoy un poco cansado de todo eso.

Mi día se vuelve más interesante de pronto cuando recibo un mensaje al que no sé cómo contestar.



Veo la notificación en el móvil, aunque decido no abrirla para que a él no le aparezca el mensaje como leído y así ganar un poco de tiempo para pensar. Porque no, no tengo nada que hacer, pero no sé por qué lo pregunta (ya, claro, imagino que para proponer algún plan, ¡qué listos sois!, lo que no sé es qué plan) ni sé si debería hablar con Fede antes de dar ningún paso. Sí, lo mejor será que llame a Fe…

Mierda, ahora me está llamando Adrián.

Tendré que cogérselo, ¿no?

—¿Sí?

—Sergiete, te acabo de mandar un Whatsapp. Pero, como no lo veías, digo… mejor le llamo. Oye, ¿tienes algún plan para esta tarde?

Piensa, piensa, ¡piensa rápido!

¿Le digo la verdad o le miento y me ahorro un problema?

¿Le digo la verdad o le miento y me aho…?

—Sergio, ¿me oyes?

—Sí, sí. Digo… no. Que no tengo nada que hacer, vaya.

—¡Genial! ¿Te vienes a la playa un rato?

¿A la playa? Joder, pues apetece. Hace un calor que te mueres y a partir de esta hora es cuando se está mejor. Pero es que no sé, no es tan sencillo. No esperaba esta situación para nada y no tengo ni idea de cómo debería…

—¡Sergio, tío! ¿Te apetece o no?

¡Oish! Adrián: el puto especialista en ponerme en situaciones de estas en las que tengo que decidir si hacer algo que me apetece pero que sé que me va a traer problemas y además tengo que decidirlo YA, sin tiempo para valorarlo con tranquilidad.

Mira, ia tomar por culo! Ya decidiré luego cómo lo gestiono con Fede.

—Bu… bueno.

—Pues venga, prepárate y te recojo. ¿Cuánto tardas?

—¿Cuánto tardas tú en venir?

—En realidad estoy parado en doble fila en la puerta de tu casa.

—¿En serio? —le digo mientras empiezo a abrir los cajones como un loco en busca de un bañador decente que no tenga la goma dada de sí. Lo que os decía: es especialista en acorralarme—. Bueno, pues bajo lo antes posible. Dame cinco minutos.

¿Qué? No me miréis así.

¡Es que estoy muy aburrido!

Llego abajo y lo veo en el Opel Corsa blanco que era de su madre y que, al parecer, ahora conduce él. Cuando decidió sacarse el carnet de conducir y me animó a mí a hacer lo mismo le dije que, de momento, ni hablar, que me movía estupendamente en transporte público y que prefería evitarme ese gasto; ahora agradezco tener un chófer esperándome en la puerta de casa con el aire acondicionado a tope.

Saca el brazo por la ventanilla por si no le había visto, me acerco y, como siempre que subo a un coche que no sea el de mi padre o el

de mi madre, cierro la puerta flojo y mal para después abrirla de nuevo y cerrarla demasiado fuerte.

—¿Qué tal, Sergiete?

Se acerca a mí para darme un…

¡¿Pero qué hace?!

Ah, no, dos besos. Para darme dos besos. ¡Uf…!

(Vaya momento incómodo)

—Oye, ¿sabes cómo son los zombies que hablan distintas lenguas?

—No. A ver.

—Zombilingües.

—Hostia, qué malo, Adri.

—Ya, esa es la gracia. Oye, qué chulo ese bañador —me dice mirándome de arriba a abajo mientras arranca y nos ponemos en marcha.

—¿Te lo parece? Los demás que tengo dan pena, la verdad, están súper viejos.

—Bueno, pero daba igual. Total, para ir a la playa nudista…

¿¿¿Perdonaaa???

—¿A la nudista? —le pregunto (le grito) aterrorizado—. ¿Qué hablas?

—Te he dicho que íbamos a la playa nudista, Sergio.

—¡No, no me has dicho nada de eso!

—Te lo he dicho por teléfono —me contesta sin poder contener la risa, el muy cabrón.

—No, de eso nada, créeme que lo habría oído y que te habría dicho q…

—Sergio, ¡Sergio! Relaja, tío, que es broma.

Dios, ¡no falla! Por más que pasen los años, sigo cayendo una y otra vez en estas cosas suyas. Él está meado de la risa, claro, y yo encendido a más no poder. Aun a riesgo de que estampe el coche contra una farola, le doy un golpe en el brazo que le obliga a soltar un momento el volante.

—¿Por qué disfrutas tanto haciendo que me ponga así?

—Joder, ¡porque es divertidísimo, Sergiete! Eres la persona más fácil de poner histérica que conozco —me contesta mientras se frota el brazo—. Pero vamos, que tampoco sería tan loco ir a la playa nudista. Ya ves, como si nunca nos hubiéramos visto en bolas tú y yo.

—Qué va, hombre. Me viste de niño, ahora soy un hombre —bromeo poniendo voz de machote de peli de las que le gustan a mi padre.

—Pues con más razón, ¿no? —añade él, y yo le suelto otro golpe en el brazo, en el mismo punto exacto.

—Te odio.

12. Una pareja que… ¿vuelve?

Cuando llegamos a la playa y aparcamos, amaga con resucitar la bromita; pasamos junto al cartel que indica el inicio de la zona nudista y se desvía como si nada a la derecha. ¿Se puede ser más tonto?

—Venga, hasta luego —le digo desviándome yo hacia la izquierda—. ¿A qué hora nos vemos aquí para volver?

—Eres un soso —me contesta mientras rectifica el rumbo y vuelve a la zona de bañadores—. Pues otro día tenemos que venir, que bañarse y tomar el sol en pelotas es lo más cómodo del mundo.

—Lo dices porque en Madrid te habrás hartado de ir a playas nudistas, ¿no?

—¡Qué gilipollas!

Plantamos nuestras toallas en un hueco evitando, en la medida de lo posible, familias con niños (no, no odio a los niños para nada, pero en la playa tienen la costumbre de pasar corriendo por tu lado y levantar más arena que un coche en un rally y no, gracias). Después nos quitamos las camisetas y compruebo más en detalle cómo le están sentando a Adrián esos ratos en el gimnasio.

Madre mía…

¡Pero deja de mirarle los abdominales como un gilipollas, que no tienes quince años!

Nos damos el primer baño enseguida. Qué buena está el agua y qué bien sienta, que los últimos días está haciendo un calor que *pa qué*; mi padre hasta mira con ojos golosos el mando del aire acondicionado, con eso os lo digo todo.

Charlamos de tonterías durante la primera hora mientras notamos que la gente (la que lleva aquí desde las diez de la mañana, supongo) empieza a recoger poco a poco sus cosas y se

crean huecos aquí y allá que hacen el ambiente cada vez más agradable.

Adrián saca entonces de su mochila un paquete de pipas y una bolsa donde tirar las cáscaras. ¡Mierda, ya la hemos cagado! ¿Pipas + playita? = puro vicio. El paquete es grande ***(el de piiipas, putos malpensados)***, pero va a caer en nada; y, si hubiera otro, probablemente también.

Le pongo la mano para que me eche unas cuantas y me hace otra de sus bromitas recurrentes: seguir echando pipas sin parar hasta que me veo obligado a poner la otra mano o apartarla y que caigan en la arena.

—Para, ¡para! Joder, Adri, ¡siempre igual!

—Es para que no me pidas más en un rato —me contesta riéndose—. Oye, ¿hoy no tenías ningún plan con tu chico?

Me extraña un poco que no lo haya preguntado antes. Supongo que es por la misma razón que ha dicho *tu chico* y no Fede: porque es un tema que le incomoda.

Le digo que está en Barcelona y le cuento un poco por encima lo del proyecto en el que está trabajando.

—Oye, suena interesante. Y, con un poco de suerte, a lo mejor se queda allí a vivir para siempre, ¿no? ¡Que es broma, que es broma! —me grita cuando ve que levanto la mano para golpearle por tercera vez en el brazo. Por lo visto, hoy tiene ganas de irse a casa con un buen moretón—. Oye, ¿cómo fue que…? Bueno, ¿cómo empezasteis a salir?

—¿Para qué quieres que te lo cuente, si odias a Fede?

—Yo no le… Bueno, sí, vaaale. Un poco. Pero tampoco en plan Hitler ni nada de eso. Es más como a Sauron o a Voldemort.

—Ya te vale.

—Cuéntamelo, venga.

No me apetece nada, la verdad. Por razones obvias, me siento incómodo de narices hablándole de Fede. Pero oye, es él el que insiste.

—Te lo cuento si me prometes no hacer comentarios chungos sobre Fede, ¿vale?

—Prometido.

Le cuento por encima lo mismo que os conté a vosotros, aunque no le doy muchos detalles sobre el momento concreto en que pasaron las cosas; porque, si ya me siento incómodo hablándole de mi nueva relación, más aún al hacerlo sobre los inicios. ¿Le parecerá que le sustituí muy pronto? ¿Cuánto tiempo de luto (así lo llaman también con las relaciones, ¿no?) es el correcto antes de salir con alguien nuevo? Yo qué sé.

Cuando acabo nos quedamos unos instantes en silencio, comiendo pipas sin más con la mirada perdida en el mar.

—Qué listo, el tío, ¡anda que perdió el tiempo! —me dice al fin.

—Oye, me has prometido que no ibas a hacer comentarios sobre él —le recrimino.

—Ya, pero tenía los dedos cruzados —dice enseñándome la mano y cruzándolos ahora mismo—. ¡Que nooo, que es broma!

Ni le contesto. Solo sigo comiendo pipas intentando quitarme de encima esta sensación tan rara.

—Gracias por contármelo —me dice ya en otro tono—. Y perdona, no quiero que estés incómodo.

—¿Y eso? Si hacerme sentir incómodo te da la vida, que nos conocemos.

—No sé, creo que te estoy haciendo sentir culpable por seguir con tu vida. Y no es justo.

—Bueno, ¿y tú qué? —le pregunto deseando cambiar ya de tema (y deseando enterarme de cosas, claro)—. También habrás seguido con tu vida en Madrid, ¿no?

—Qué va —me contesta—. Ya te dije que no hay nadie especial esperándome allí.

—Bueno, pero habrás tenido algo en este tiempo, ¿no?

—Sí, claro, algo ha habido. Pero tonterías de un día, vaya, nada que merezca la pena ni contar.

—Bueno, si tú lo dices…

Nos quedamos hablando durante un buen rato más. Cae el paquete de pipas, por supuesto. Luego nos damos otro baño; el agua está ahora increíble. Cada vez hay menos gente en la playa. Seguimos hablando y le cuento un montón de anécdotas y de cosas que han pasado en el grupo de mis amigos durante estos meses. Él

me cuenta también historias de Madrid, alguna de compañeros suyos de la Universidad que conocí cuando todavía estábamos juntos.

—Y oye, ¿ya sabes cuándo te vuelves a Madrid?

No me responde al instante, tiene la mirada perdida entre las olas. Al cabo de un momento se encoge de hombros.

—No lo sé aún, la verdad. En realidad aún queda mucho verano. Sin prisas.

—Me parece genial. Pero vas a tener que quedar en algún momento con la gente del grupo. Están deseando verte.

—Sí, me gustaría. Estuve en casa de Jaime el otro día, pero tengo ganas de ver a los demás.

Miro varias veces la hora en el móvil durante nuestra conversación. Las ocho, las ocho y media, las nueve… La arena empieza a estar fría y los aficionados a la pesca van ocupando con sus cañas los huecos de la orilla donde, hasta hace un momento, las parejas jugaban a las palas y los niños levantaban castillos de arena.

—¿Te parece si nos vamos ya? —me dice a las nueve y cuarto—. Aunque se está súper bien.

—Sí, venga.

Volvemos al coche, nos quitamos lo mejor posible la arena de encima y emprendemos el camino de vuelta. La verdad es que tengo prisa cero, porque mis padres y Alba no están en casa esta noche y, si quiero cenar algo, voy a tener que preparármelo yo (y mis habilidades en la cocina llegan hasta el sándwich de pavo y queso y poco más). Por eso me viene hasta bien que, cuando pasamos cerca de un McDonald's, Adrián pegue un volantazo un poco peligroso y se meta de repente en el McAuto.

—¿Te apetece que pillemos cena aquí?

—Bueno, si no me apetece ya da igual. Eso se pregunta antes de pegar el volantazo, ¿no?

—Es que me acaba de entrar el antojo —me responde.

—¿Y si en vez de hamburguesa me apetece cenar boquerones al limón?

—Pues paramos en el AutoBoquerones. ¿Sabes de alguno por aquí?

—No, por aquí cerca no. Además, no podemos salirnos ya de la cola, así que me invitas aquí y punto.

—¿Cómo que te invito?

Pillamos un par de menús y nos los llevamos a un parque, donde nos los comemos contándonos más historias de este tiempo en que no nos hemos visto. Cuando estoy acabando mi cena, recibo una llamada de Fede y me separo un poco para hablar con él. No le digo dónde estoy ni con quién, claro está, eso ya lo haré con calma mañana o cuando vea. Pero me fijo en que, mientras hablo con él (la conversación, como es normal, se alarga un poco después de todo el día sin saber prácticamente nada el uno del otro), Adrián empieza a impacientarse. Se revuelve el pelo mil veces, me echa miradas algo serias y no para de darse paseos de un lado a otro. Y, aunque mi primer instinto al notarlo es el de tratar de cortar la conversación lo antes posible, luego pienso que tendrá que entenderlo y le concedo a Fede el tiempo que se merece. Bastante me he adaptado ya por hoy a las ocurrencias de Adrián.

—¿Todo bien? —me pregunta cuando, al cabo de un rato, me despido de Fede por hoy y me acerco a él de nuevo.

—Sí, todo genial

Me observa con detenimiento y tengo la desagradable sensación de que busca la duda en mí.

Y no va a encontrarla.

—¿Me acercas ya a casa? —le pregunto—. Ha sido una tarde muy guay, pero ya tengo ganas de llegar, darme una ducha y descansar.

—Sí, sí, claro. Yo también —dice mientras lanza los restos de su bolsa de comida a la papelera y abre el coche con el mando. Su actitud, indudablemente, es distinta a la de hace un rato. O quizás es solo el cansancio, ¿quién sabe?

Para el coche en la puerta de mi casa y nos despedimos de nuevo con dos besos. Pero nada que ver con los de hace unas horas.

—¿Te apetece que hagamos algo algún otro día? —me dice antes de que baje del coche—. ¿Cuándo vuelve tu chico de su viaje?

—Dentro de tres días —le contesto—. Y… no sé si hago bien quedando contigo así tan alegremente; de hecho, la tarde de hoy ya me va a costar una explicación un poco incómoda.

—Ya. Entiendo —me contesta, aunque se le ve molesto.

—Que no es por ti, ya lo sabes. Pero, igual que tú odias a Fede…

—¡Que yo no le odio!

—Vale, pues, igual que a ti Fede te cae regular, a él tampoco le va a hacer ninguna gracia que nos veamos tanto, entiéndelo. Al menos así a solas.

Pone cara de fastidio. Intenta disimularla desviando la mirada hacia el volante, pero no puede. Cuatro o cinco segundos después, parece entrar en razón.

—Sí, es comprensible.

Pero solo lo parece. Su expresión transmite de todo menos lo que acaba de decir.

De repente se me ocurre algo para animarlo un poco.

—Oye, pasado mañana hemos quedado todos en casa de Dani para cenar. Pásate un rato si quieres y así ves al resto.

Se queda pensativo un instante y después asiente, aunque no parece muy entusiasmado.

—Bueno, puede ser. Quizá lo haga. Hablaré con Jaime.

—Genial. Nos vemos —le digo antes de cerrar la puerta.

Subo a mi casa dándole vueltas a estos últimos minutos de mi tarde con Adrián, unos últimos minutos que, al contrario que el resto de la tarde, que ha sido súper agradable, me han dejado mal sabor de boca.

¿Pero qué espera? Su forma de dar por hecho que voy a estar disponible para él cuando le apetezca y, sobre todo, lo poco comprensivo que se muestra con el hecho de que ahora mi prioridad sea otra persona, me tocan un poco las narices, la verdad. ¿Acaso no es normal que a Fede le moleste todo esto? Joder, ¡si Adrián fue el primero que quiso que me alejara de Fede cuando la situación era al revés!

Quizá tendría que haberme quedado en casa. Quizá debería haberme evitado este problema.

¡Si es que tienes que pensarte mejor las cosas, Sergio!

Entro en casa, cierro la puerta, echo la llave y, de camino a mi habitación, me parece oír algo de ruido en la habitación de Guille. ¿Ya ha llegado? Pensé que hoy tenía plan con sus amigos. Me acerco a su puerta para preguntarle y de repente me veo en medio de una escena típica de comedia americana: mi hermano sale en calzoncillos y con una camiseta vieja y cierra corriendo la puerta a sus espaldas.

—Sergio, ¿tú qué…? ¿Qué haces aquí? —me pregunta nervioso.

—Pues eso mismo te iba a preguntar yo.

—No sé, pensé que estarías por ahí con Fede.

—Fede se fue a Barcelona esta mañana. ¿Y tú no tenías plan con tus amigos?

—Ya, sí, pero al final…

No me jodas.

¡Este está con alguien en la habitación!

Estoy a punto de partirme el culo cuando comprendo lo que está pasando y se me pasan las ganas de reírme de golpe.

—Dime que ahí dentro no está Olga. —Vale, con esa cara de circunstancia me basta: he acertado de lleno—. ¡Dime que ahí dentro no está Olga! —le repito.

—Pues… pues sí —me confiesa—. Y baja la voz, que te va a oír.

—¿En serio, tío? ¿Pero cómo?

Se encoge de hombros y empieza a empujarme hacia mi habitación.

—¿Pues yo qué sé? Hemos quedado, hemos hablado, una cosa ha llevado a otra…

—¿Y estáis juntos otra vez? Es que no me lo puedo creer.

—Bueno, eso ya se verá, ¿ahora puedes meterte en tu habitación y no salir en un rato y no decirle nada a papá y a mamá de que…?

—¡Oye, que quiero ducharme!

—Pues te duchas luego, joder, quédate un rato aquí en tu habit…

—¡Que sí, que sí! ¡Pero ya te vale! —le digo mientras me empuja dentro de mi habitación y cierra la puerta.

Pues nada, que acaba de encerrarme. Hay que joderse, ¿será posible? Y encima ha vuelto con Olga, ¡con Olga! Madre mía, con las perlas que he soltado sobre ella en los últimos días.

¡Pues toma!



13. Vuelta al pasado

Llego a casa de Dani a las ocho. Hemos quedado para cenar, pero estoy taaan aburrido que me he venido un rato antes. Eso sí, le he avisado con tiempo para no pillarlos a él y a Victoria en plena faena; oye, han tenido la casa para ellos solos todo el día, así que, si no se han hartado de follar a estas horas, es porque no han querido.

¿Vendrá Adrián esta noche, como le dije? No he sabido nada de él desde anteayer, cuando me dejó en casa después del día de playa. Y casi mejor, porque no me hizo gracia cómo estuvo al final. No sé, creo que está muy acostumbrado a conseguir lo que quiere cuando quiere. Yo entiendo que, ahora que está unos días en Málaga, le apetezca hacer planes con los que formábamos parte de su vida cuando vivía aquí, pero tiene que entender que las cosas han cambiado mucho y que todos tenemos nuestras cosas. Y, si no lo quiere entender, pues es su problema.

Con Fede sí he hablado bastante ayer y hoy, obviamente. Vuelve mañana de Barcelona y tengo muchísimas ganas de verle. Las conversaciones con él me dan paz, me transforman en alguien más sensato y equilibrado, y cuando estoy con él todo fluye de manera sencilla, sin grandes sorpresas cada cinco minutos. Oye, siendo como soy yo, eso me viene de lujo.

Me quedo charlando un rato con Dani y con Victoria y pronto llegan Raquel y Jaime, que por lo visto también estaban algo aburridos. Aprovechamos para sacar de nuevo el tema de Sandra y descartar de forma oficial la teoría de que tontea con su amiga Ángela; entre lo que me dijo a mí después del cine y que Dani el otro día también la tanteó y ella se meó de risa en su cara, casi mejor nos buscamos otro (u otra) culpable.

Apenas podemos lanzar teorías, porque pronto llega ella muy acalorada y cargada con dos bolsas a rebosar de patatas, pipas y guarrerías de todo tipo. Ha debido de dejar el chino de debajo de su casa temblando.

—¿Ya estamos todos? —dice soltando las bolsas de golpe encima de la mesa. Si después de ese golpazo ha quedado alguna patata entera en algún paquete, será un milagro—. ¿Fede no viene? —me pregunta.

—Está en Barcelona —contesta Raquel por mí—. Quien sí se va a pasar luego es Adrián.

—Le invitaste tú, ¿no, Sergio? —me pregunta Jaime—. Me llamó ayer para decírmelo.

Sandra se gira y me lanza una mirada acusadora, la asquerosa.

—¡Qué pillín! Como Fede no puede, le dices a Adrián que se venga. Pues que sepas que no pasa nada si vienes solito a una quedada de estas. Mírame a mí, que llevo años viniendo sola.

—Oye, retrasada, que Adrián no viene conmigo, que le dije que se viniera porque tenía muchas ganas de veros a todos. Además, a mí me da que últimamente vienes sola porque te da la gana.

—Sí, sí, claro.

Nos quedamos un rato haciendo el tonto, charlando y comiendo porquerías antes de cenar. Dani propone que echemos una partida al Monopoly, pero afortunadamente no soy el único del grupo que odia ese juego, así que Raquel, Sandra y yo vetamos la propuesta y conseguimos que saque el Trivial. Y, cuando Raquel apenas ha empezado a humillarnos a todos, suena el timbre.

—Es Adrián —anuncia Dani tras abrirle el portal.

Me sorprende ponerme un poco nervioso mientras esperamos que suba las escaleras y aparezca. A saber por qué, ¡si ya lo he visto dos veces desde que vino a Málaga! Supongo que por la situación, por ver de nuevo a Adrián con mi grupo de amigos, algo que no ha vuelto a suceder desde que lo dejamos y que, la verdad, en su día me encantaba. Aunque claro, las circunstancias eran otras.

Excepto Jaime, que también lo ha visto ya algún rato, todos se lanzan a darle besos y abrazos con una efusividad que ni al Rey en visita oficial. Y no puedo evitarlo, se me encoge un poquito el corazón cuando veo el súper abrazo que le da Dani o cuando Sandra se le echa encima en plan fan loquísima.

—Qué ganas tenía de veros —dice Adrián cuando le dejan hablar.

—Ya, muchas ganas —le contesta Dani—, pero llevas aquí no sé cuántos días y no has mandado ni un Whatsapp para avisarnos.

—Bueno, a algunos sí se lo ha mandado —añade Sandra mirándome y consiguiendo que todos miren en la misma dirección.

Tierra, trágame.

¿Pero qué culpa tengo yo?

Le lanzo a Sandra una patata para que se calle, nos acoplamos todos como podemos en el sofá y en las sillas y empiezan a bombardearle a preguntas, al pobre. Pero mira, que se joda, que hubiese dado señales de vida en todo este tiempo, que, aunque ya no estuviésemos juntos, podría haber mantenido el contacto con ellos. Ya, son mis amigos y ya se sabe cómo funcionan estas cosas cuando hay una ruptura (como es normal, enseguida se salió de nuestro grupo de Whatsapp, lo cual era necesario para que pudiésemos empezar a pasar página), pero también se habían convertido prácticamente en el único grupo de amigos que tenía Adrián cuando vivía aquí, así que no habría estado mal que se comunicase un poco con ellos.

—Bueno, yo había venido principalmente a cenar —bromea Adrián al rato.

—Sí, venga, vamos a ir pidiendo comida —dice Dani levantándose para ir a por su móvil.

Adrián, que hasta ese momento había estado sentado en una silla, se levanta y se acerca a mí. Y, como no hay hueco en el sofá (y no lo va a haber por mucho que nos apretujemos Raquel, Jaime y yo, que esto da para lo que da), se sienta en el suelo a mi lado.

—¿Qué tal, Sergiete?

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien, estar aquí otra vez es… —Se queda callado mirando a todos con las emociones a flor de piel, con una sonrisa ancha y desbordada en la cara—. Lo echaba mucho de menos.

En ese momento siento el impulso casi irrefrenable de adelantar un poco mis dedos (tiene la cabeza apoyada en el reposabrazos del sofá, solo hace falta adelantarlos un poco), de colarlos entre sus mechones y acariciar su pelo suavemente.

Lo freno a tiempo.

Sergio, controla, idéjate de mierdas!

—Oye, quería pedirte perdón por lo del otro día.

Me quedo un poco descolocado, sin saber muy bien qué decir. Para salir del paso, opto por el humor.

—¿Por qué exactamente? Me quisiste llevar a la playa nudista a traición, me echaste pipas en las manos como si no hubiera mañana, me obligaste a cenar en McDonald's. Tenemos donde elegir.

—¿Te obligué? ¡Pero si te invité yo! Y llámame loco, pero, cuando hiciste tu menú gigante, le añadiste nuggets y después un helado, no me dio la sensación de que el plan te desagradara.

—Hombre, es que ya que estamos…

—Lo digo por haberme puesto tan estúpido al final, cuando te dije de vernos algún otro día —me aclara, aunque sea innecesario—. Supongo que me cuesta hacerme a la idea de que las cosas han cambiado tanto.

Pues sí, ¿qué me vas a contar?

—Ya, es una situación rara —le respondo.

—Bueno, ¿me perdonas o no?

—No. Lo siento, pero… no puedo.

Se queda muy blanco. Lo he dicho todo lo serio que he podido, con mi voz más grave y afectada. Y ha colado, ¡me ha salido bien! Joder, no tiene precio la cara que está poniendo ahora. Pero claro, no puedo aguantar mucho rato la pose de ofendidito y al final empiezo a reírme.

—¡Qué tonto eres! —me suelta avergonzado por habérselo tragado, aunque haya sido solo un momento.

—A que jode que te vacilen, ¿eh? Pues así es mi vida contigo. —***(¿Pero qué haces?, ¿cómo dices eso?)***—. Quiero decir… *era*. Bueno, *es*, porque incluso ahora, también…

Anda, cállate ya, Sergio, que al final siempre te las apañas para ser tú quien hace el ridículo.

Pedimos la cena y, mientras esperamos que la traigan, pasamos una noche como las de hace años: de risas, bromas e historias de lo más surrealistas. Hay momentos en que me siento como si

hubiéramos viajado atrás en una máquina del tiempo a los días en que íbamos al instituto. Veo a Adrián bromear con Sandra, comentar cosas de mangas y animes con Dani y recordar partidos de baloncesto con Jaime y no sé, se me hace difícil no dejarme llevar por la nostalgia, no sentir una pequeña punzada en el corazón. Tengo claro en qué punto está mi vida ahora (y tengo clarísimo que es exactamente en este punto, y no en otro, donde quiero estar), pero es verdad que cuesta aceptar cuánto han cambiado las cosas, especialmente cuando tengo delante una escena calcada a las que taaantas veces vivimos hace unos años.

En un momento en que Sandra está contándole a Adrián una historia que los demás ya hemos oído veinte veces, Raquel, a quien difícilmente se le habrá escapado mi estado emocional contradictorio, se me acerca.

—¿Cómo estás? Todo es un poco raro, ¿no? —me pregunta—. Es genial reencontrarnos con él y echar una noche como las de antes, pero…

—Sí, vamos a dejarlo en que es raro —digo deseando zanjar el tema y no volver a escuchar las mismas ideas que, hace solo un momento, rondaban por mi cabeza.

—Hasta Sandra parece hoy más despegada del móvil que en estas últimas semanas. Se puede hablar con ella y todo.

—Sabes que se ha dado cuenta de que estamos intentando averiguar con quién tontea, ¿no?

—Pues claro, con lo sutiles que habéis sido Dani y tú preguntándole por Ángela, no me extraña.

—Por lo menos hemos intentado sacar algo de información, no como tú, que te limitas a lanzar teorías estúpidas y a dejar que otros hagan el trabajo sucio de comprobarlas.

—No era tan estúpida.

—No, ¡qué va!

Volvemos a centrar nuestra atención en el resto del grupo. No sé muy bien cómo han llegado a esto, pero Adrián y Sandra están llorando de la risa, literal, mientras que Jaime está rojo como un tomate diciéndole a Adrián que se calle de una puta vez. Mis ojos,

sin poder evitarlo, vuelven todo el rato a la misma persona, a la misma risa escandalosa y llena de sincera alegría.

—Bueno, son solo unos días —dice Raquel de pronto sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Qué?

—Digo que esto es temporal. Que es raro, sí, y supongo que te estará moviendo cosas por dentro, pero piensa que son solo unos días, mientras esté aquí de vacaciones. Después todo volverá a su cauce normal.

Sí, tiene toda la razón.

Tampoco hay que darle más vueltas.

Suena el timbre de nuevo y Dani se levanta para abrirle al repartidor. Solo que, tras preguntar por el telefonillo y darle al botón para abrir el portal, vuelve al salón con una cara difícil de descifrar.

—¿Ya está aquí la cena? —le pregunta Victoria.

—No, no es el repartidor.

Se queda mirando a Adrián y luego me mira a mí con cara de *nosésilahecagado*. Y yo me echo a temblar, porque, aunque no debería ser posible, sé lo que va a decir a continuación.

—Es Fede. Está subiendo.

Premio. Lo sabía.



14. Opciones

Opciones, opciones, opciones…

A ver qué tenemos.

Opción 1: apechugar (una de las palabras favoritas de mi madre). Decirle a Fede que he aprovechado la quedada para invitar a Adrián y que viera a todo el grupo. Con toda la naturalidad posible, como si fuera lo más normal del mundo. Que lo es, por otra parte. Y, de paso, contarle también que fuimos a la playa juntos el otro día. Se enfadará, claro, por no haberle preguntado antes y por no habérselo contado inmediatamente después de que sucediera. Pero ya sabía que eso iba a pasar, así que… (voz de mi madre) *¡ahora te aguantas y apechugas!*

Opción 2: ¡yo no he sido! Decirle que le ha invitado Dani; o Jaime, que es su mejor amigo. Y, si veo que se enfada más de la cuenta, lo mismo hasta me guardo lo de la playa, que total…

Opción 3: ¿Adrián? Aquí no hay ningún Adrián. Decirle a Adri que salte por la ventana (bueno no, que Dani vive en un quinto piso y puede hacerse daño; o morir), o quizá que salga corriendo y baje por las escaleras mientras Fede sube en el ascensor, así ni se cruzan. Pero tendría que ser ya de ya, y tampoco parece que él esté por la labor de… No, no es plan. La opción 3 no es una opción.

Adrián me está mirando. Bueno, él y todos, que estos no se cortan a la hora de añadirle presión a uno. Y, mágicamente, sin que me dé tiempo a tomar una decisión firme (el ascensor debía de estar abajo esperándole), escucho el chirrido de la puerta al abrirse y luego el golpe al cerrarse.

Fede entra y pasa al salón. Se me queda mirando con una enorme sonrisa y su cara de… *¡sorpresa, he vuelto un día antes!* Y luego se da cuenta de que a mi lado está Adrián y no hace falta que os cuente cómo esa expresión se congela en su rostro y empieza a venirse abajo en cuestión de segundos.

No es la primera situación tensa que vivo, ya llevo unas cuantas a mis espaldas (como os dije hace poco, lo mío es como para estudiarlo). Pero es que esta… ***¡Uf!*** Esta lo mismo se lleva la palma. Pero, si no quiero que la situación parezca más rara de lo que es, lo mejor será que empiece a comportarme con naturalidad.

—¡Hola! —le digo levantándome del sofá y acercándome a él—. ¡Qué alegría! ¿Cómo es que has venido antes?

Sigue mirando a Adrián con cara de asesino. Le beso y sus labios apenas reaccionan a los míos.

—Acabé antes de tiempo y quería darte una sorpresa —contesta serio.

En ese momento Adrián, que no ha rehuido su mirada en ningún momento, se levanta y se acerca a nosotros, y yo me echo a temblar ante lo que pueda pasar ahora. Joder, ¿hay alguien más imprevisible que este chaval?

Como si nada, le ofrece la mano con una sonrisa despreocupada.

—¿Qué tal, Fede?

Mira, a mí me va a dar algo.

¡Pero qué morro tiene!

Fede tarda un rato en moverse. Sigue mirándole como si tuviera delante a su gran archienemigo (y, seguramente, es así como se siente) y el silencio, pesado y agobiante, consume el oxígeno de la habitación.

Estos dos solo han coincidido una vez en su vida, y fue en una situación similar, pero a la inversa: yo estaba con Adrián, había quedado con Fede sin que él lo supiera para hablar de una cosa y, cuando vino a buscarme a casa por sorpresa, nos encontró caminando juntos. Recuerdo que Adrián lo atravesó con la mirada y luego, cuando los presenté, le dio un apretón de manos tan fuerte que a Fede le costó disimular el dolor.

Bueno, pues parece que ahora vamos a por el segundo *Round.*

Finalmente, después de hacerle esperar un buen rato y como si estuviera haciéndole un favor, Fede levanta la mano lentamente y le devuelve el apretón. Y, aunque es tenso, me fijo en sus manos y en

sus caras y no tengo la sensación de que ninguno de los dos esté apretando más de la cuenta. ¡Menos mal!

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, aquí de visita —contesta Adrián como si tal cosa.

Sandra llega al rescate enseguida ***(¡cómo has tardado esta vez, tía!)*** y abraza a Fede agarrándolo por detrás por sorpresa.

—¡Guapo! Qué bien que al final hayas podido venir. Ya hemos pedido comida, pero nos apañamos y compartimos lo nuestro, ¿a que sí?

—No os preocupéis —le contesta Fede.

Volvemos a acoplarnos en el sofá y esta vez Adrián se sienta lejos de mí, junto a Jaime. Pero, antes de que eso ocurra, Jaime se nos acerca y me lanza un salvavidas inesperado.

—Oye, que he sido yo quien ha invitado a Adrián —le dice a Fede en voz baja—. Lo siento si la situación es… No caí en que podría ser un problema.

—No, no te preocupes —le contesta.

Pero es obvio que sí lo es.

Las conversaciones se van reanudando. Yo me mantengo un poco al margen de todo el mundo y aprovecho para hablar un poco con Fede y comprobar cómo está.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—He ido a tu casa nada más llegar y tu hermano me ha dicho dónde estabas —contesta seco, sin mirarme demasiado.

—Qué bien que hayas acabado antes, ¿no?

—Sí. Terminé mi parte pronto y no puedo avanzar más hasta que otros hagan la suya, así que…

—Es genial.

En ese momento suena el timbre de nuevo y, esta vez sí, es el repartidor con la cena. Dani nos va lanzando a cada uno lo que hemos pedido y yo parto mi bocata en dos y le ofrezco la mitad a Fede.

—No te preocupes, no tengo mucha hambre.

—¿Quieres que nos vayamos? —le digo. Estoy intentando actuar con naturalidad y no darle importancia a la presencia de Adrián, pero

creo que va a ser imposible.

—No, es igual.

—Es que para estar así…

—Joder, ¿y cómo quieres que esté, Sergio?

Decido dejarlo estar por ahora. No es el momento ni el lugar para dar la nota con nuestras cosas, pero sí noto que Adrián me mira de vez en cuando con preocupación; eso sí, nunca mantiene la mirada más de un segundo para que Fede no se dé cuenta y se mosquee aún más.

Cenamos y luego echamos esa partida de Trivial que antes no pudo ser mientras nos tomamos unas copas. Pero qué queréis que os diga, Fede y yo estamos tan tensos que se me hace la partida más larga de la historia (y fallo preguntas que, en otras circunstancias, no debería fallar). Le propongo un par de veces más que nos vayamos porque, hasta que no lo hablemos a solas, el ambiente entre nosotros no va a mejorar, pero insiste en que no; y es cierto que, si lo hiciésemos, si dejásemos la partida a medias, cantaría aún más que pasa algo raro entre nosotros.

En cuanto Raquel consigue el último quesito, me levanto.

—Bueno, nosotros nos vamos ya —anuncio sin consultarle más, decidiéndolo por mi cuenta e intentando hacer la salida lo más rápidamente posible. Quiero evitar que empecemos a despedirnos de todos uno por uno y que se alargue más la cosa. Además, no tengo ganas de otro apretón de manos entre Fede y Adrián, no tentemos a la suerte.

Consigo mi objetivo y en un par de minutos estamos ya saliendo por la puerta y llamando al ascensor. Lo esperamos en silencio, que es muy pronto para que empiece la fiesta. Cuando salimos a la calle, ruidosa y llena de gente (nuestro barrio, cerca de la Universidad y lleno de bares y restaurantes, siempre es así, y más en verano) llega el momento de coger el toro por los cuernos.

—Bueno, es evidente que estás molesto. ¿Te parece si lo hablamos?

—Sí, será lo mejor. ¿Tú sabías que Adrián iba a estar aquí esta noche? —me pregunta directo al grano.

Me planteo seriamente dejar mal a Jaime y decirle que fui yo quien le invité; porque, si vamos a discutir y a aclarar las cosas, casi mejor si ponemos todas las cartas sobre la mesa desde el principio. Pero no creo que eso cambie mucho el sentido de la discusión, así que al final decido coger el salvavidas de Jaime solo a medias.

—Sí, sabía que venía.

Asiente como si ya intuyera cuál iba a ser mi respuesta.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque estoy intentando quitarle importancia a esto, Fede. Te repito que no es más que un amigo que ha venido unos días y le apetece vernos, nada más. Pensaba comentártelo cuando volvieras y ya está.

—¿Cuando volviera? ¿Por qué esperar?

—Pues porque me veía venir esto y no quería tener esta charla contigo por teléfono.

—¿Ves? Te lo veías venir. Sabías que era algo que me iba a molestar y, aun así…

—¿Aun así lo hice? —completo yo su frase—. Pues sí, porque ya te lo dije el otro día: no quiero tener que pedirte permiso para ver a alguien. Me gustaría que confiaras en mí.

—Joder, Sergio, ¿cómo lo haces? Le das la vuelta a las cosas y haces que el malo parezca yo.

—¡Es que no entiendo por qué tiene que haber un malo en todo esto! —salto un poco harto—. Te voy a decir una cosa, Fede, él a ti no te ha hecho nada para que le odies de esa forma. En todo caso… mira es igual.

Decido callarme el resto de la frase, rectificar antes de que sea demasiado tarde. Se me ha ido un poco de las manos la situación y no quiero empeorarlo. Lamentablemente, es un poco tarde para eso.

—En todo caso, ¿qué? No, dilo: que fui yo quien le hice algo a él. Es eso, ¿no?

¡Obvio! Al fin y al cabo, fue Fede quien me tiró la caña una y otra vez mientras estaba con Adrián, quien dijo que se rendía y se quitaba de en medio y,

aun así, vino a verme para quemar su último cartucho y me besó a traición en un último intento por hacerme dudar.

Pero no voy a decirle todo eso, no quiero terminar de cagarla. Tampoco es que haga falta.

—Nada, Fede, que no sé qué más decirte para que confíes en que yo con quien quiero estar es contigo.

Nos quedamos un rato en silencio, parados en mitad de la calle. El ruido del tráfico y el griterío de la gente que pasa camino del siguiente bar o de vuelta a casa parecen lejanos, como si sucedieran a dos o tres calles de distancia y no delante de nuestras narices.

—Bueno, yo necesito pensar en todo esto —me dice al fin—. No sé, no puedo evitar que me afecte.

—¿Cómo puedo ayudarte? —le digo acercándome, intentando reducir la distancia que se ha creado entre nosotros.

—Ahora mismo, dándome un poco de tiempo y espacio para pensar, ¿vale? Estoy… Es solo que prefiero que sigamos hablándolo mañana, ¿vale?

—Sí. Lo entiendo.

15. El espía

Estoy tirado en la habitación de Guille, dejando pasar las horas y viéndole jugar a la Play. Intento no decirle nada mientras él anda haciendo cambios en el equipamiento de su personaje para enfrentarse por cuarta vez a un boss del Elden Ring contra el que no dura más de dos minutos. Quiero gritarle que no tiene nivel para enfrentarse a ese boss, que no tiene nivel ni siquiera para estar en esa zona del juego, pero, si le digo algo, me echa de la habitación, y ahora mismo me apetece estar con alguien.

—¿Hoy no sales? —le pregunto.

—No, no tengo plan.

—¿Qué pasa, que Olga está ocupada?

—¿Qué? ¡Ah, no! Si al final no estamos juntos ni nada —me contesta así, sin darle mucha importancia. Yo, sin embargo, me incorporo de golpe y me siento al borde de la cama emocionado al oír eso.

—¿En serio? ¿Y lo del otro día?

—Eso… nada. Quedamos, tuvimos un amago de volver y tal, pero al final nada.

Lo observo sin fiarme ni un pelo. Qué forma tan rara de comportarse, siendo él no me pega nada.

—Pues me alegro, la verdad —le digo sin cortarme, porque total, a estas alturas, y después de todo lo que he soltado, sabe de sobra lo que pienso de su ex.

—¿Tú no vas hoy a casa de Fede?

—Qué va. Está pensando cómo encajar mi amistad con Adrián.

—Hombre, es que… —empieza mientras se le escapa una risa. Luego ve mi cara de *noempieces* y se contiene un poco—. A ver, es normal que se sienta inseguro. No digo que dejes de ver a Adrián y tal, pero a lo mejor deberías hacer algo para demostrarle a Fede que él está por delante. Si es que lo está, claro —añade bajando la voz.

—¡Pues claro que lo está, gilipollas! Y sí, supongo que tendré que hacer algo, aunque no se me ocurre el qué. Oye, ¿tú crees que solo con cambiarte la espada vas a poder…? ¡Vale, vale, ya me callo! ¡Hostia, tu camiseta de *Rick y Morty*! —le digo al verla hecha un gurruño a los pies de su cama—. Creí que ya no la tenías, está súper vieja. Me la podías dar.

—Sí, la saqué el otro día del armario y no, no te la pienso dar. Y ahora cállate, que voy a intentar enfrentarme otra vez a ese jefe y…

¡Tiiin!

—… ¡y pon el móvil en silencio si vas a estar aquí, que me desconcentras, joder!

—¡Vale, vale, ya me voy!

Cojo mi móvil de la mesita de noche, salgo de la habitación y abro el Whatsapp. Es un mensaje de Fede contestando a otro mío que le he enviado hace dos horas preguntándole si quiere que me pase por su casa. Estoy deseando que hablemos de nuevo, zanjar lo de ayer y seguir adelante.

Me dice que hoy no puede porque una amiga suya que se está mudando le ha pedido ayuda y va a estar toda la tarde llevando cosas con el coche, que mejor nos vemos mañana. Bueno, no es lo que esperaba (odio que este tipo de situaciones se alarguen, ¡necesito solucionarlas rápido!), pero al menos me contesta con cierta normalidad y me quedo con la sensación de que ya no está tan mosqueado.

—Sergio, te acuerdas de que la semana que viene nos vamos, ¿no?

Levanto la mirada del móvil. Es mi madre, desde la otra punta del pasillo.

—¿Nos vamos? ¿Adónde?

—Vosotros no, nos vamos papá, Alba y yo, ¿no te acuerdas? A Fuengirola, a pasar la semana en casa de Lola y Juan —me dice aludiendo a un matrimonio amigo suyo desde que Guille y yo éramos pequeños.

—Pues no me acordaba.

—A ver qué vais a hacer, ¿eh? ¡Pánico me da dejaros solos en casa!

Lo peor es que lo dice de verdad, y eso que nunca jamás se la hemos liado en casa (más allá de que se vengan tres o cuatro amigos y que aparezca alguna palomita en el sofá o que a alguien se le derramen tres gotas de lo que sea y el suelo se quede un pelín pegajoso, lo normal). Pero vamos, yo sé que, lo que no les hace ninguna gracia, es que aprovechemos la ocasión para dormir aquí con nuestras parejas (o peor aún: ¡con algún lío de una noche!). Ya ves tú, ¿no será infinitamente peor que montemos fiestas? Además, ¿para qué me voy a traer a Fede aquí a follar aprovechando que no están ellos, si podemos follar cuando queramos en su piso? En fin, cosas de mis padres.

—Tenemos los bomberos cerca, no te preocupes —le digo intentando tomármelo con humor. Pero, como veo su cara de horror, mejor no sigo por ahí—. Mamá, que es broma.

—¡Pues poca gracia me hacen a mí esas bromas! A ver si voy a llamar a Lola y voy a cancelarlo tod…

—¡Anda ya, mamá! Que sí, que tendremos cuidado, ¿cuándo no lo hemos tenido?

La dejo imaginando escenarios catastróficos (la casa ardiendo, una orgía romana… a saber lo que se le pasa por la cabeza) y decido irme a dar una vuelta. Llevo todo el día encerrado en casa y estoy hasta las narices.

Bajo hacia la avenida principal. Soy poco de hacer deporte (soy CERO de hacer deporte), pero, las dos o tres veces que he salido a caminar un poco (no al mes, ni al año: en toda mi vida), me gusta ir por un camino que hay cerca de la Universidad por el que apenas va nadie. Me dirijo hacia allí automáticamente cuando, al doblar la esquina y llegar a una rotonda con varias cafeterías y heladerías, veo algo que me llama la atención: en la terraza de una de esas cafeterías, sentada a la sombra, está Sandra. Y no está sola.

Freno mis pasos de golpe. Ella está casi de espaldas a mí y no me ha visto aún, pero, si sigo andando, se dará cuenta de mi presencia enseguida, así que mejor doy media vuelta y me alejo un poco para ver mejor con quién está, por si resulta que puedo

enterarme de quién es la persona que la tiene tan distraída últimamente. Me quedo detrás de la esquina e intento asomarme un poco. Joder, ¡qué ridículo me siento ahora mismo! Como en una película de espías (como en una PARODIA de las películas de espías, más bien). Bueno, es solo echar un vistazo y…

WATDAFAC???

Vale, a ver cómo os lo explico.

Está con un tío, ¿vale? Él tiene el brazo ligeramente estirado y la mano sobre la mesa, y la de ella está encima en actitud cariñosa. Sandra está hablando, contándole algo, y él la mira con una sonrisa en los labios y asiente de vez en cuando. Y diréis, ¿por qué le parece tan sorprendente una escena así?

¡Pues porque el tío podría ser su padre!

En serio, de verdad que no exagero. De hecho, conozco al padre de Sandra y yo diría que este es incluso tres o cuatro años más mayor. ***¿Pero qué coño? ¿A esta qué le ha dado?***

—¿Sergio?

—¡QUÉ!

Me giro de golpe y me escondo de nuevo. Vaya puto susto, ¡casi se me cae el móvil de la mano! Y con el grito que he pegado, Sandra y su nov… parej… ***¡lo que sea!***, no me habrán oído de milagro. Soy un espía cojonudo.

Veo a Adrián a mi lado mirándome como si se me hubiera ido la cabeza (y puede que se me esté yendo, a este paso). Pues qué bien, lo que me faltaba: encontrarme con la causa de que mi novio esté ahora mismo… ¿molesto? ¿inseguro? ¿raro así en general?; ni yo sé definirlo exactamente. Le hago a Adri un gesto para que no siga andando y otro para que no vuelva a decir mi nombre en voz alta, por si nos oyen.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto de los nervios.

—Iba al chino a comprar pipas, que estoy viendo una serie y se me han acabado. Oye, ¿se puede saber qué te pasa?

—Calla, no levantes la voz. Es que estaba súper aburrido, he salido a dar una vuelta y he visto que Sandra está en la cafetería que hay aquí al lado, y no está sola.

—¡Anda! —contesta divertido—. ¿La estás espiando?

—¡No la estoy espiando!, te digo que me la he encontrado por casualidad. —***(Se ve que hoy es el puto día de encontrarme a gente por casualidad, vaya).***

—Ya, y has empezado a espiarla. Déjame que eche un vistazo —dice adelantándose—, ¿está con alguien interesante? ¡Hostia! ¡No jodas!

—¡Calla, coño!

—¡Pero si es un abuelo!

—Bueno, tampoco exageres.

—Vale, abuelo no, pero casi. ¿Y crees que es algo en plan…?

—¿Tú les has visto las manos?

—¡Joooder! Haz alguna foto, ¿no? Para tener pruebas.

—¿Qué dices? No pienso hacer eso.

Se retira de nuevo y nos alejamos de la esquina. El cabrón está descojonado, y yo… yo no sé qué pensar de todo esto.

Me parece muy raro, tanto que intento convencerme de que estoy interpretando mal lo que he visto. Pero es que, por otro lado, me cuadra con el hecho de que Sandra nos esté ocultando con quién habla tanto. ¿Una relación con un tío mucho mayor que ella? Entendería perfectamente que le dé cosa contárnoslo, la verdad.

—Pues la cosa es que tiene sentido —dice Adrián. Y, como ve mi cara de *explícate*, sigue hablando. Quiero saber si piensa como yo—. Lo digo porque, con la confianza que tenéis en el grupo y con la confianza que tiene, sobre todo, con Raquel, tiene que ser algo verdaderamente impactante para que le dé miedo contároslo.

—Ya, yo pienso lo mismo. Y esto lo sería, ¿verdad? —Él asiente—. ¡Pero es que no puede ser!

Me acerco de nuevo a la esquina y echo otro vistazo.

Ya se marchan. Han dejado unas monedas sobre el plato con la cuenta y se están levantando. Y, en cuanto echan a andar (afortunadamente, en dirección contraria a donde estamos Adrián y yo), Sandra se pega al tío, le coge del brazo y apoya su cabeza en su hombro.

Me quedo mirando a Adrián, que también se ha asomado.

—Más claro, agua —sentencia—. ¡Ey!, me acabo de acordar de una cosa. ¿Me acompañas a mi casa un momento?

No, no, no, no...

16. Solo por curiosidad

Esto ahora mismo me viene como el culo. Porque, si lo hago, una de dos: o aumento la lista de cosas que van a mosquear a Fede, o aumento la lista de cosas que tengo que ocultarle.

Joder, Adri, macho...

—Va, que es un momento —me dice al leerme la cara—. Tengo que darte una cosa, y me acabas de decir que estabas súper aburrido, así que…

—¿Una cosa? ¿El qué? —Como no me lo dice, no me queda otra que aceptar—. Bueno, pero solo un momento. Iba a caminar un poco, pero creo que, después de lo que hemos visto, debería ir a casa de Raquel y hablar con ella.

—Oye, ¿sabes qué le dice una barra de pan a otra? —me suelta mientras empezamos a andar. De verdad, a veces sus chistes me pillan tan desprevenido, los suelta tan de repente, que tardo un rato en darme cuenta de que me está contando uno. Además, el asqueroso suele hacerlo (o, al menos, me lo hace a mí) para que le sigas sin pensar, para que dejes de darle vueltas a las cosas y llevarte a su terreno como si nada.

—¿Qué le dice una barra de pan a otra? Emmm… no.

—¡Te presento a una miga!

—Dios, es de los peores que han salido de tu boca.

—Ya, esa es la gracia. ¿Y qué dices? Si me lo contó mi amiga Idoia y es buenísimo.

—Ya, vale, lo que tú digas.

Mientras caminamos, y mientras me va contando la historia de la serie que está viendo (cosa que me importa bien poco, todo sea dicho), yo intento ir apartando de mi mente los recuerdos que me van asaltando. Porque sí, resulta que hacer ese camino con él, algo tan tonto como ir juntos hacia su casa charlando, es otra de esas cosas que no parecían muy especiales en el momento y que, sin embargo, ahora me lanzan recuerdos a la cara como bofetadas con

toda la mala leche del mundo. Y supongo que, cuando lleguemos a su casa, va a ser cien veces peor.

Puf, Sergio... ¿por qué te metes en esto?

Llegamos al portal y, efectivamente, me vienen mil momentos a la cabeza: el primer día que me invitó a su casa para ayudarme con las Mates, lo nervioso que estaba antes de apretar por primera vez el botón de ese portero automático; el día que, sin avisar, vine a buscarlo para ir juntos a la cena de Navidad con los de la clase y luego aquí mismo, en el portal, me dijo que me quedara a dormir con él (y luego casi nos liamos, aunque a mí se me cruzaron un poco los cables y salí corriendo); o el día que me planté aquí con dos batidos de Kinder Bueno hechos por mí y el corazón latiéndome a mil por hora para pedirle perdón por no haberle dicho lo del beso de Fede (que vale, ahí no me perdonó del todo, pero luego me confesó que ese momento había marcado la diferencia). Muchos episodios buenos y malos, de nervios y emoción, de tristeza y de alegría. En definitiva: momentos muy intensos.

—¿Cómo es que tus padres se han quedado en Madrid en verano? —le pregunto mientras subimos en el ascensor.

—Mi padre no va a cogerse vacaciones aún, y mi madre a lo mejor se viene unos días, pero luego, en agosto.

Llegamos a su casa, abre la puerta y… bueno, no hace falta que os diga que aquí el bofetón de nostalgia es tremendo. Y, a partir de ahora, ya va a ser un no parar.

No lo tienen todo tal cual estaba porque, obviamente, se llevaron muchas cosas a Madrid al mudarse, pero dejaron las suficientes para que el piso siga pareciéndose mucho al que tengo en la memoria. La mayoría de los muebles siguen en su sitio, y si bien los recuerdos más importantes, como las fotos familiares, ya no están, sí veo muchas de las cosas que tenían en las estanterías y bastantes libros.

—Vente, que lo tengo en mi habitación —me dice sin desvelarme aún de qué se trata.

—La verdad, no entiendo por qué tus padres han decidido mantener el piso así, vacío —le digo mientras avanzamos por el

pasillo—. Tal y como están los precios en Málaga, si lo vendieran o lo alquilaran se sacarían un dineral.

—Ya, pero mi padre no quiere venderlo. Dice que, en el futuro, quiere volver a vivir aquí, aunque imagino que será dentro de mucho, cuando se jubile. Y alquilarlo le da miedo, no sé. A mí me viene de puta madre para estos momentos, la verdad.

Llegamos a su habitación y, directamente, se me hace un nudo en la garganta al verla. El escritorio donde estudiábamos juntos, la silla que me dejaba a mí mientras él se sentaba en una plegable mucho más incómoda, las estanterías con los mangas y los muñecos Funko que no se llevó a Madrid. Y la cama, esa cama donde…

Trago saliva.

…donde, cuando aún no estábamos juntos, nos tumbábamos a ver películas en su portátil y yo me ponía enfermo con la cercanía de su cuerpo, con cada roce de su piel; donde me besó por primera vez como si nada, aunque para mí ese beso lo fue todo; donde me dejó dormir aquel día que me subió la fiebre y, después de taparme con su manta de Toy Story, se quedó todo el rato a mi lado, cuidándome; donde lo hicimos por primera vez, donde lo hicimos muchas, muchísimas más veces, todas especiales, todas increíbles.

Para, Sergio, por favor. ***¡Para!***

—Toma —dice sacando un libro de la estantería. Se trata de *Neverwhere*, de Neil Gaiman, uno de mis libros favoritos, que le presté… ni me acuerdo cuándo.

—Anda, lo daba por perdido. Pensé que te lo habías llevado a Madrid.

—No, hombre —me dice ofreciéndomelo.

—En realidad puedes quedártelo. Me lo volví a comprar.

—No jodas, ¿en serio? ¡Qué mal me sabe!

—No te preocupes, es que vi una edición que era una pasada y no pude resistirme, ya sabes cómo soy con esas cosas.

Devuelve el libro a la estantería y yo me quedo sin saber qué hacer. Si me hubiese dicho antes qué era lo que quería darme, no habríamos venido hasta aquí y nos habríamos ahorrado este momento incómodo. La verdad es que el libro podría habérmelo

traído cualquiera de los días que nos hemos visto o de los que podemos vernos en el futuro.

¿Y si ha sido solo una excusa improvisada en el momento para traerme hasta aq…?

—Bueno, ¿te apetece tomar algo? —me dice de repente—. Seguro que mi madre dejó en el armario de la cocina algún té. —Ve mi ceja levantada—. Es broma, Sergiete.

—Con lo que me costó que dejara de ofrecérmelos. No, yo… mejor me voy ya.

—¿Qué dices? Quédate un rato, anda, si no tienes nada que hacer.

—Ya, pero no está bien que esté aquí, Adrián.

Se queda mirándome sin decir nada, y yo sé que lo mejor sería darme la vuelta y marcharme sin más, antes de que pase cualquier otra cosa que me retenga aquí, en esta casa.

En esta habitación.

—Fede está muy enfadado, ¿no? —me pregunta al fin bajando la mirada. Y es una buena pregunta. Lo cierto es que no sé qué responderle.

—No sé si enfadado es la palabra. Supongo que está viendo cómo encajar que tú y yo…

Levanta la cabeza de golpe y vuelve a mirarme.

—¿Que tú y yo qué?

—Que tengamos contacto, que nos llevemos bien, no sé.

—Ya. Entiendo.

Hay un nuevo silencio en el que tomo mayor conciencia del peligro al que me estoy exponiendo. Porque sí, aunque a veces no me entero de las cosas (y otras me entero, pero hago como que no para no tener que tomar decisiones incómodas), esta vez llevo oliendo el peligro desde el primer minuto **(y aquí estoy, sí)**. Sin embargo, son sus silencios graves, su actitud de repente solemne, su mirada profunda y el olor cálido y familiar de su habitación los que hacen saltar todas mis alarmas y me hacen dudar de mi capacidad para controlar la situación.

—¿Sabes? Cuando estábamos juntos y empezaste a ir con él a ese taller de escritura, yo también me sentía inseguro —reconoce—. Y, cuando me dijiste que te estaba lanzando indirectas, fue aún peor, claro. Pero, hasta que no se pasó de la raya, no se me ocurrió ni por un momento pedirte que te alejaras de él.

—Esto es distinto, Adri.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Porque te elegí a ti, ¿no es obvio? Porque él perdió ese pulso y tuvo que retirarse, y solo se permitió volver a intentarlo cuando lo nuestro fracasó. ¿No es normal que esté de uñas con todo esto?

Eso no lo digo en voz alta, claro, solo dejo pasar unos segundos sabiendo que él seguirá el mismo hilo de pensamiento que yo.

—Sergio, ¿quieres que te deje en paz?

¡...!

Esas palabras me matan. No deberían, porque llevo una eternidad sin verle, meses sin hablar apenas con él y no ha pasado nada, yo estaba tan feliz. Pero aquí, en esta habitación, viéndolo sentado en esa cama, me matan. Y me siento muy culpable por ello. Le miro como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—No, ¿qué dices?

—Digo que, si quieres, dejo de escribirte, de proponerte planes, de acoplarme a las quedadas de tus amigos. Creo que te estoy complicando mucho las…

—No, no es… —le corto enseguida, incapaz de seguir explorando esa posibilidad—. No quiero. Eso no soluciona nada.

—Vale.

Estoy plantado en mitad de la habitación como un tonto, así que me acerco a la cama y me siento también. Manteniendo la distancia, eso sí (y sabiendo que debería irme ya de ya, eso también).

—¿Alguna vez has pensado…? —Hace una pequeña pausa, duda si acabar la frase o no. Luego vuelve a empezar con más decisión—. ¿Alguna vez has pensado qué hicimos mal? ¿Si podríamos haber hecho algo más para que funcionase?

—No. La verdad es que no —le miento con rapidez. Porque claro que lo he pensado. Cientos de veces.

Pensaba en ello constantemente antes de que pusiéramos el punto final a nuestra relación, intentando no rendirme y buscar la manera de seguir adelante; y sé que él también le dio mil vueltas antes de que tomásemos la decisión. Y después, cuando lo dejamos, incontables veces. Incontables noches repasando en qué momentos pude haber hecho más, identificando situaciones en las que podríamos haber tomado otras decisiones, reimaginándolas de otro modo y dándoles un final feliz que solo servía para torturarme más, porque sabía que ya era imposible, que lo hecho, hecho estaba.

Por su forma de mirarme, por la sonrisa triste que apenas dibujan sus labios, sé perfectamente que no se ha tragado mi mentira y que todo eso que me he callado también lo ha pensado él. Porque sus noches, especialmente las primeras semanas después de nuestra ruptura, seguramente fueron similares a las mías.

—Yo le he dado muchas vueltas —reconoce. Me sorprendo al notar que, en algún momento, mientras andaba perdido entre mis pensamientos, se ha acercado a mí—. De hecho, a día de hoy, a veces aún me hago esas preguntas.

—¿Y llegas a alguna conclusión? —le pregunto temiendo y deseando saber la respuesta a partes iguales. Él se encoge de hombros y me mira. Muy de cerca. Demasiado.

—Conclusión no sé. Pero a veces sí tengo algunas ideas.

Contengo el impulso de preguntarle cuáles. Me concentro en intentar mantener la distancia entre nosotros mientras él, no sé cómo, se las apaña para ir reduciéndola a cada segundo. Su mano, apoyada en la cama, se mueve unos centímetros y su dedo roza el mío. Esto es un error, todo lo que ha pasado esta tarde lo es.

Y ahí sigues, sentado en su cama.
¡Ese es el problema!

No puedo retirarme más. No hay más espacio. Y él, decidido, sigue avanzando, sigue ganando terreno. Creo que dice algo más, pero ni siquiera lo oigo, los latidos de mi corazón son ahora mismo como golpes de timbal que retumban dentro de mi cabeza.

Sé lo que va a pasar dentro de dos o tres segundos.

Sé que estoy a tiempo de evitarlo, que DEBO evitarlo.

Pero joder, también quiero que pase.

Solo una vez, por curiosidad. Por saber cómo es ahora, después de este tiempo. Para comprobar si sus labios me hacen sentir algo parecido a lo que me hacían sentir antes. Total, en unos días se irá y todo volverá a la normalidad. Nos habremos dado un beso, uno solo. ¿Y qué? No tiene tanta importancia.

Ya. ¡Eso díselo a Fede!

Su boca se detiene a escasos centímetros de la mía. Me mira como pidiéndome… ¿permiso?

Ahora es el momento de apartarte, itu última oportunidad!

Pero me puede la curiosidad. Me pueden los recuerdos. Me puede esa duda de cómo sería nuestra vida si…

Su aliento prepara mis labios para el contacto con los suyos; es un aire que me quema la piel, que se cuela en mi boca, que me trae de nuevo un sabor conocido y consigue que un escalofrío recorra todo mi cuerpo. Joder, es lo mismo que sentía cuando estábamos juntos.

No, es algo aún más fuerte: ¡es la misma sensación de las primeras veces!

Me invade entonces un miedo atroz, me asusto de lo que esto está provocando en mí y comprendo que hemos empezado a abrir una puerta que tengo que cerrar rápidamente si no quiero que, lo que hay dentro, escape desbocado y sin control. Y justo antes de que se produzca el contacto, en el último instante antes de sentir el roce de sus labios sobre los míos, al fin reacciono.

Me aparto rápidamente, consigo lo imposible: encontrar un espacio por el que huir. Rehúyo su mirada cobardemente mientras tomo aire e intento controlar la respiración. Después me levanto de la cama.

—Yo… Tengo que irme, Adri.

—Oye, lo siento —me dice—. Joder, perdona, se me ha ido la cabeza.

—No, no pasa nada, yo también estaba… Mira, mejor me voy ya, ¿vale?

—Sí. Vale.

Sin esperar que se levante, y mucho menos que me acompañe, salgo de la habitación y recorro el pasillo deseando llegar lo antes posible a la puerta. La abro e intento no mirar atrás antes de salir, pero mis ojos me traicionan durante un segundo y solo veo el pasillo vacío. No me ha seguido. Mucho mejor así.

Paso del ascensor y bajo por las escaleras. Ni de coña puedo meterme ahora en ese pequeño espacio cerrado, no con la agitación que siento ahora mismo.

¿Qué cojones has estado a punto de hacer, Sergio?



17. Casi

—¿Cómo dices?

—Que me voy contigo a Barcelona. Que sí, no me mires con esa cara.

Fede no ha dado precisamente saltos de alegría con lo que acabo de decirle. Quiero creer que es porque todavía está un poco molesto y porque no ve claro el plan. Mejor se lo explico.

—La próxima vez que tengas que ir por trabajo, voy contigo. Así pasamos unos días juntos por ahí y me enseñas la ciudad.

Se ríe. Bueno, es un primer paso.

—Pero yo voy a trabajar, Sergio, no voy a poder estar mucho tiempo contigo. Además, tampoco creas que me conozco mucho la ciudad, porque siempre voy el tiempo justo y apenas salgo del estudio.

—Bueno, pues yo te espero por ahí a mi aire y luego, por las noches, hacemos algo.

—¿Y te vas a gastar ese dineral para que estemos juntos unas pocas horas al día?

Joder, ¡todo son pegas! Y yo que pensé que le iba a hacer ilusión… Además, ya lo tengo hablado con Guille y me va a prestar un poco de dinero para el viaje (seguro que luego me pide que se lo devuelva con intereses, el muy rácano, pero me da igual).

En serio, me apetece mucho hacerlo. No es solo un gesto para que se le pase el mosqueo por lo de Adri, es que realmente necesitamos hacer alguna escapada juntos. Y, como estamos regular de dinero y él está a tope de trabajo entre el proyecto y el restaurante, acompañarle en su próximo viaje a Barcelona me ha parecido una buena opción; total, él tiene que ir sí o sí. No es lo ideal, pero sí lo mejor que podemos permitirnos ahora mismo.

—Bueno, vale —accede al fin—. En realidad estaría muy bien, reconozco que he pensado más de una vez en decirte que me acompañaras.

—Pues no se hable más —le digo dejándome caer sobre él en el sofá.

Le beso. Dejo que su lengua y la mía hagan las paces, que su aliento borre el recuerdo de…

No, joder, no pienses en eso.

—Oye, he estado pensando en lo del otro día —me dice—. En lo que pasó en casa de Dani.

Hablar de eso ahora o que me pase un camión por encima: dos cosas que me apetecen lo mismo. Sí, yo era el primero que quería que lo aclarásemos, pero después de lo de ayer…

No, no voy a contarle lo que pasó ayer con Adrián; lo que CASI pasó, más bien. Le he estado dando vueltas y he llegado a la conclusión de que no vale la pena, porque no tiene importancia. De hecho, no habría casi-pasado de no ser por las circunstancias: el lugar, los recuerdos, la conversación sobre lo que sucedió entre nosotros… todo eso me confundió por un momento. Joder, ¿quién no siente curiosidad por recuperar, aunque sea por un instante, una sensación del pasado? ¿A quién no le tentaría revivir durante unos segundos algo de lo que guarda tan buen recuerdo? Fue solo eso, sin más, y no llegué a cagarla del todo, conseguí pararlo a tiempo. En cuanto salí de esa casa recuperé la sensatez y lo vi todo claro. Y, sabiendo que solo fue eso, ¿tiene algún sentido que se lo cuente a Fede (que no lo va a ver así por más que se lo explique) y echarlo todo a perder?

Pero claro, estar con Fede y que salga otra vez el tema de Adrián me resulta incómodo de cojones.

—El día que me dijiste que había venido a Málaga y que te había escrito para que os vierais —continúa—, me puse muy estúpido, lo reconozco, no fui nada razonable. Supongo que por eso preferiste no decirme que Adrián iba a ir a casa de Dani anteayer.

Me mira esperando un gesto que le confirme que ha acertado con su teoría. Yo apenas me muevo.

—No quiero ser ese tipo de persona que te hace ocultar cosas —sentencia—. Me has pedido que confíe en ti.

Me coge de la mano. Me sonríe. Y me dice algo más antes de besarme.

—Y voy a hacerlo.

Joder… Vale, no llegué a cagarla del todo. Pero, aun así, me siento como el culo.

—¡Y con toda la razón del mundo! —me grita Raquel dándome un manotazo en la pierna. Y no veas cómo pica.

Estoy en su casa, hablando con ella, con Jaime y con Sandra. Contándoles lo que ha pasado estos dos últimos días: mi casi-desliz con Adrián y la conversación de ayer con Fede. Y, si ya me sentía mal, ahora ellas me están haciendo sentir mucho peor.

—¡Joder, es que no sé qué me pasó! —me excuso—. O sea, fue solo un momento de confusión, ¿en serio creéis que es taaan importante?

Me miran con toda la mala cara del mundo.

—¿A estar a puntito de comerle la boca a tu ex lo llamas *un momento de confusión*? —me dice Sandra.

—Madre mía, ¡qué exagerada!

Jaime mantiene una actitud más calmada, menos mal. Si él no estuviera aquí para compensar un poco, creo que Raquel ya me habría soltado un bofetón por la izquierda y Sandra otro por la derecha.

—Mira, de momento de confusión nada, guapo —me dice Sandra—. Te dejaste convencer para ir a su casa: *imeeec!, error.* Te metiste en su habitación: *imeeec!, error.* Y, aunque fuera Adri quien se acercara a ti para besarte, te costó un montón mover el culo, en plan que casi la cagas del todo: *imeeec!, súper errooor.*

—¿Pero no habíamos quedado en que tú eras *Team Adrián*? —salto yo.

—Bueno, pero, lo que está mal, está mal.

Decido que ha llegado el momento de cambiar de tema. Bastante mal me siento ya por todo lo que ha pasado como para encima tener que aguantar lecciones morales ***(ide Sandra, nada menos!)***. Y como, además, el motivo original de la quedada no era este, sino

hacerle a Sandra una intervención sobre lo que vi hace unos días, creo que ya es el momento de abandonar el escenario y dejar que los focos se centren en ella.

—Bueno, olvidaos de Fede, de Adrián y de mí por un rato y vamos a lo que vamos —digo yo mirando a Sandra. Ella se pone a la defensiva en cuanto ve que Jaime y Raquel también se giran.

—¿Y a qué es a lo que vamos, exactamente? —pregunta.

Raquel y yo habíamos pensado en dejarlo para cuando Dani y Victoria pudieran estar, pero luego Jaime nos ha hecho ver que, si a Sandra le da cosa hablar de este tema, casi mejor si somos un grupo más reducido. Por supuesto, cuando le conté a Raquel lo que había visto, ella también puso los ojos como platos y coincidió conmigo en que eso cuadra perfectamente con el secretismo con que Sandra lo está llevando todo.

—Venga, tía, hablemos claro ya de una vez —le dice Raquel—. Es obvio que hay una cosa que nos estás ocultando.

A Sandra se le escapa una risa.

—¿Una? A ver, que yo os quiero mucho, ya lo sabéis, pero os oculto unas cuantas. Y no me miréis con esa cara, que todos ocultamos cosas.

—Lo que quiero decir es que estás con alguien, es evidente —le dice Raquel—. O tonteando, como mínimo, y no entiendo que nos lo escondas.

—Sabes que a nosotros nos lo puedes contar todo —le digo yo.

—¿Ahora vais a empezar otra vez con el rollo de Ángela?

—No, con lo de Ángela no, eso fue… —empieza Raquel, pero luego decide no perder más tiempo con eso—. Vale, no estás con Ángela, pero estás con alguien, ¿no?

Silencio. Le aguanta la mirada a Raquel sin expresar nada de nada.

—Va, si estás todo el día escribiéndote con alguien con cara de tonta —sigo yo—. Muchas veces, cuando estamos juntos, te lo dejamos a huevo para que sueltes una de las tuyas y dejas pasar la ocasión. ¡Tú! ¿Eso cuándo se ha visto?

Silencio. Me aguanta la mirada sin expresar nada de nada.

—A ver, que si piensas que no vamos a entender lo que… —empieza Jaime—. O sea, quiero decir que si tienes una relación rara o que se sale de lo normal… ¡Ay, creo que me estoy liando!

Silencio. Mira a Jaime con una ceja ligeramente levantada.

—¿Pero no vas a decir nada? —le grita Raquel a punto de entrar en combustión.

—Es que es muy divertido veros así. En serio, sois idiotas perdidos. ¿Una relación rara? ¿Pero de dónde sacáis esas ideas?

Raquel y Jaime me miran y ella agita la mano animándome a sacar la artillería. Bueno, pues vamos allá.

—El otro día te vi en una terraza con uno. Y estabais en plan… cariñoso.

—Ya. Cariñoso —repite—. Vale, ¿y qué es lo raro?

Ufff, ¡qué dura es, la tía!

—¡A ver, que si te gustan los tíos mayores, pues no pasa nada!

Un nuevo silencio, ahora más largo. Ella baja la mirada y, muy seria, se retira el pelo por detrás de la oreja. Supongo que no contaba con que lo supiéramos, e imagino que debe de ser difícil para ella reconocerlo, pero somos sus amigos y no tiene por qué escon…

Espera. ¿Se está empezando a reír?

No, a reír no: ***¡a descojonarse viva!***

Me da que acabo de hacer el gilipollas por segunda vez.

Mira, ¡yo ya paso!

Cuando se cansa de reírse, retoma la conversación, aunque le cuesta articular las palabras.

—Los tíos mayores, ¿no? Ay, que me meo… ¿Qué día fue eso, si puede saberse? —me pregunta secándose una lágrima.

—El miércoles —le contesto ya sin interés.

—El miércoles… Vale, tienes razón, estaba con un tío mayor —contesta poniéndose seria—. Pero no lo suficientemente mayor. A mí es que me gustan de ochenta para arriba, así que nos tomamos algo y le dije que lo nuestro era imposible.

—¡Mira, vete a la mierda! —le contesto cansado de que se burle de mí.

—¿Pero estabas con uno o no? —le pregunta Raquel.

—Síííí, ya os he dicho que sí. ¡Con mi tío Alfonso, mi padrino! Que se está divorciando, está pasándolo fatal y quedé con él para tomar un café y animarle un poco, ¿contentos?

Su tío Alfon…

Aaaaaah, claaaro, eso…

…eso tiene sentido…

La mano de ella sobre la de él, ella cogiéndole del brazo al levantarse, apoyando la cabeza en su hombro… Vale, confirmado: acabo de quedar como el culo por segunda vez. Qué bien, oye.

Sandra se levanta y coge sus cosas.

—Tía, no te mosquees —le digo.

—No, si no estoy mosqueada —dice levantándose, desbloqueando el móvil y mirando la hora como si nada—. Es que tengo que irme ya.

—¿Pero estás con alguien o no? —insiste Raquel por enésima vez.

—Ay, mira, es que no os pienso decir nada aunque lo esté. Es más divertido veros hacer el subnormal. ¡Nos vemooos!

Se va sin más y los tres nos quedamos mirándonos un buen rato con cara de gilipollas. Luego Raquel se gira hacia mí, toma aire y me echo a temblar.

—Vale, pues volvamos con lo tuyo.

¡Mierda!, ¿en serio?

Es un poco surrealista la facilidad con que abrimos conversaciones, las cerramos y las dejamos en segundo plano como si fueran pestañas de un navegador.

—Oye, ¿tú has vuelto a hablar con Adrián? —me pregunta Jaime.

Le respondo que no. Yo no he vuelto a ponerme en contacto con él y, por ahora, él tampoco conmigo. ¿Se arrepentirá también de lo que pasó? ¿Estará tan rallado con el tema como lo estoy yo? Bueno, tanto no creo, porque él no tiene que pensar en cómo manejar la situación con una pareja, pero ya me entendéis.

—Tienes que pensarte mejor las cosas, Sergio —me dice Raquel muy seria—. TODAS las cosas.

—¿A qué te refieres con TODAS las cosas?

—Pues lo que haces con Adrián, si quieres tener con Fede ese tipo de relación jugando siempre con el límite de lo que le cuentas y lo que le ocultas, e incluso pensarte si estás seguro de que…

No acaba la frase, aprieta los labios para que las siguientes palabras que estaba a punto soltar no lleguen a salir de su boca. Y eso hace que aún tenga más ganas de oírlas, claro está.

—Si estoy seguro de ¿qué?

Jaime también la mira sin saber muy bien por dónde va, lo que hace que, finalmente, un poco más relajada (pero seria de cojones), acabe diciéndolo.

—Si estás seguro de que quieres estar con Fede y de que ya no sientes nada por Adrián.

—Joder ¡pues claro que estoy seguro!

Me levanto del sofá y empiezo a dar vueltas por el salón. Estoy un poco cabreado, la verdad. ¿Con ella por lo que acaba de decir?, ¿con Adrián por liarme así?, ¿conmigo mismo por dejarme? A saber. Probablemente, un poco de las tres opciones. Y ya sé que no es justo que me enfade con Raquel por pensar eso: mi comportamiento de los últimos días daría pie a que cualquiera se plantease esa misma cuestión. Pero estoy un poco enfadado de todas formas, no puedo evitarlo.

—Mira, creo que estamos exagerando un poco, yo el primero —le digo intentando reconducir la conversación—. Lo de anteayer con Adrián ni siquiera llegó a pasar. Y fue por la situación y por curiosidad, pero no tiene más importancia, ¡de verdad! Además, el tiempo que le quede en Málaga no tengo pensado volver a quedarme a solas con él. Y dentro de unos días se irá, volverá a su vida y ya está: fin del problema. Joder, ¡vive en Madrid!, seguro que en menos de un mes ya ha conocido a alguien súper interesante.

Después de mi monólogo me quedo esperando su reacción. No tengo muy claro si lo he soltado para convencerlos a ellos o para convencerme yo, pero, en cualquiera de los dos casos, espero haberlo conseguido. Sus caras, sin embargo, no auguran nada bueno.

Se miran y Raquel frunce el ceño. Le hace un gesto a Jaime como interrogándole con la mirada, y después él me mira y parece que va a hablar, pero duda y se lo piensa mejor.

—¿Y esas caras? ¿Se puede saber qué os pasa?

—¿Se lo vas a decir o no? —le pregunta Raquel a Jaime.

Ay, madre...

—¿Decirme el qué?

18. Buscando una explicación

Acelerado es poco.

Agitado es poco.

Voy que echo chispas.

He salido de casa de Raquel casi sin despedirme, y ahora la gente y las cosas pasan por mi lado a toda velocidad. Como alguien se me cruce de repente, no creo que me dé tiempo a frenar: fijo que me lo llevo por delante. No, no voy corriendo, pero sí todo lo deprisa que se puede ir sin llegar a correr.

He recorrido la mitad del camino que hay entre la casa de Raquel y la de Adrián en un tiempo de locos. En pleno mes de julio, con el calor y la humedad de Málaga (y con la poca costumbre que tengo de hacer ejercicio, hay que decirlo todo), ya os imaginaréis que voy a llegar como si acabara de salir de una puta piscina. Pero me da bastante igual: Adrián me debe una explicación y me la va a dar, ¡vaya si me la va a dar! Solo espero que esté en casa.

Si no, vaya anticlímax.

Llego hasta su calle y, por primera vez desde que Jaime ha encendido mi mecha con lo que me ha revelado, me detengo por un segundo a pensar.

¿Qué voy a decirle exactamente?

¿Y por qué me molesta tanto lo que Jaime acaba de contarme?

Vale, sí, Adrián me ha ocultado algo, algo importante, pero esto de ocultar cosas o contarlas a medias ya viene siendo habitual en mi vida y a mi alrededor (ya, ya lo sé, yo mismo estoy cayendo en eso con Fede, y es una mierda de la que no me siento orgulloso precisamente). No debería sorprenderme ni alterarme tanto. Entonces, ¿qué es lo que me pasa? ¿Por qué me siento así?

No me concedo el tiempo necesario para aclararme, ni para pensar qué le voy a preguntar ni en qué tono voy a hacerlo. Como siempre, me dejo llevar, y eso a veces me funciona y otras acaba

siendo un puto desastre; ya veremos cuál de las dos cosas pasa esta vez.

Paso del porterillo y, directamente, le escribo un mensaje para que baje. No pienso subir de nuevo a su casa, no voy a caer otra vez en ese error. Me contesta al momento y me dice que no está (pues sí, toma anticlímax, eso me pasa por no preguntar primero), pero me dice dónde puedo encontrarle. Doy media vuelta y me pongo en marcha de nuevo. Pues nada, por si aún no he sudado lo suficiente.

¿Os acordáis de aquel parquecito al que Adrián solía ir cuando se ponía en plan profundo? Sí, ese al que su madre lo llevaba de pequeño y al que ahora no va nadie porque han hecho al menos cuatro parques más chulos por la zona; ese donde me confesó que, los últimos meses que había estado con el ***chulomierda*** de Toni, en realidad solo pensaba en mí y en hacer planes conmigo y donde nos besamos por segunda vez. Pues ahí, justo ahí está Adrián ahora. Maldita la gracia que me hace ir precisamente a ese parque a hablar con él de esto.

Cuando he salido de casa de Raquel ya era bastante tarde, así que llego al parque casi de noche (lo que no quita para que siga haciendo un calor de morirse). Me lo encuentro sentado en uno de los columpios, apurando una tarrina de helado gigante. Como imaginaréis, a la vieja y oxidada estructura metálica, que ya sufría con nosotros hace cuatro años y soltaba unos chirridos que daban miedo, no le hace ni puta gracia soportar ahora a un tío de veintiuno que encima ha empezado a ir al gimnasio. Por eso (y porque ahora mismo no estoy como para sentarme a su lado como si nada), me planto delante de él y me quedo de pie.

—Sergiete, ¿qué pasa? ¿Has venido corriendo o qué?

Me suele incomodar tener la camiseta empapada y pegada al cuerpo. Me suele incomodar estar hablando con alguien mientras el sudor me cae a chorros por la frente. Pero, si nos ponemos a hablar de sudor, ahora mismo me la suda todo bastante.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —le suelto sin ganas de rollos ni de preámbulos. No tengo claro si él se queda descolocado o si finge estarlo. Tengo la sensación de que es más bien lo segundo.

—¿Decirte el qué, Sergio?

Cómo me jode que se haga el idiota.

Pero bueno, si tiene ganas de jugar, juguemos.

—No te hagas el tonto. Te lo he preguntado al menos dos veces durante estos últimos días que nos hemos visto, y las dos veces me has mentido. O, por lo menos, no me has dicho toda la verdad.

Hago una pausa por si quiere confesar.

No dice nada, solo me mantiene la mirada en plan desafiante.

Así que sigo.

—¿Cuándo pensabas decirme que te quedas en Málaga?

19. Todo

Se levanta del columpio.

Despacio, con toooda la calma del mundo.

Va hacia la papelera con la tarrina en la mano y, en vez de lanzarla desde lejos para encestar, como hace siempre, espera hasta llegar allí y la suelta con un cuidado que está totalmente fuera de lugar. Después se gira lentamente.

—¿Vas a contestarme o tengo que esperar a que venga el camión de la basura y se lleve la puta tarrina?

—Vale, vale. Era para que respirases un poco.

—¿Cuándo pensabas decírmelo, Adrián?

Se encoge de hombros.

—Pues no lo sé. Cuando sea algo seguro, supongo.

—¿Algo seguro? Raquel me ha dicho que te quedas, no que quizá te quedes —le pregunto cambiando al chivato para que no se mosquee con Jaime. Al fin y al cabo, Raquel es mi amiga y es más lógico que me lo cuente.

—Sí, bueno, esa es mi idea, pero tampoco es seguro al cien por cien.

—¿Qué pasa, que trasladan a tu padre otra vez aquí?

—No, no es eso, si mis padres allí están genial. El que quiere volverse soy yo. Yo solo.

No entiendo eso muy bien. Está claro que, con veintiún años, puede vivir solo sin problema (y más disponiendo de un piso aquí, en Málaga), pero me extraña que prefiera eso a la vida con su familia en Madrid, una ciudad donde, hasta donde yo sé de cuando aún estábamos juntos, tenía una vida social súper animada y nunca le faltaban planes.

—¿Sabes lo que me jode, Adrián? —le digo dejando a un lado sus razones para querer volver y retomando las mías para estar molesto—. Que te indignaras conmigo porque no te conté que

estaba con Fede, que me hicieras sentir mal por aquello cuando tú me estabas ocultando esto no sé muy bien por qué.

—Ya, tienes razón —reconoce al menos—. Eso no ha estado bien. Lo siento, de verdad.

Vuelve a acercarse lentamente, con la mirada baja, arrastrando a propósito los pies a través de las piedras y la tierra del suelo. No se sienta en el columpio, en lugar de eso se apoya en una de las barras de la estructura haciendo que toda ella se incline lastimosa hacia el otro lado.

No parece tener ganas de dar muchas explicaciones, así que sigo tirando del hilo.

—¿Y qué ha pasado para ese cambio, para que quieras volverte? —le pregunto intentando entender la razón.

—Yo qué sé, Sergio, no estoy bien allí —me confiesa—. A ver, que tampoco es que esté súper mal: salgo, entro, tengo colegas y siempre hay algo que hacer, sí. Pero… no sé.

Busca las palabras, pero, o no las encuentra, o no quiere decirlas. Aunque creo que tampoco hace falta, puedo llegar a entender lo que está intentando expresar, porque yo también he pasado por momentos en que, sin estar mal, notas que te falta algo, que no eres plenamente feliz.

Sin embargo, hay otra cosa rondándome la cabeza, una sospecha sobre la que me da miedo indagar, pero sobre la que, como me ocurre siempre, ***NECESITO*** indagar.

—¿Y de qué depende que te quedes o no?

Vuelve la mirada hacia mí.

Intensa, profunda, seria… Pero, al mismo tiempo, llena de una calidez que me llega claramente pese a la distancia.

No me contesta.

Y, de alguna forma, sí lo hace.

—¿A qué has venido estos días? —le pregunto de nuevo intentando que hable—. Y no me digas que solo a pasar unos días de playa y piscina.

Se endereza y da unos pasos acercándose. Su mirada ya no vuelve al suelo, se ha fijado en mí con fuerza y, sin apenas

pestañear, ya no me suelta ni un solo instante.

—¿Quieres saber a qué he venido, Sergio?

Ahora soy yo quien calla. Porque no necesito confirmárselo y porque, aunque quisiera, ahora mismo no soy capaz de hablar.

—He venido a recuperar mi vida. A recuperar lo que tenía aquí.

Para mi sorpresa, me descubro atenazado, casi aterrorizado ante su cercanía.

Ante su mirada penetrante.

Ante lo que va a decir a continuación.

—TODO lo que tenía aquí.

Esas palabras caen sobre mí como una bomba, literal. Bajo mis pies ya no hay suelo que me sostenga, a mi alrededor solo un vacío en el que no puedo respirar. Y, por un momento, en busca de ese apoyo que necesito, en busca de ese aire que me falta, estoy a punto de caer de nuevo, de dar un paso adelante y…

No.

Prefiero no decíroslo siquiera.

Luego empiezo a respirar de nuevo y vuelvo a notar mi propio peso sobre los talones. Todo eso ocurre a la par que una rabia repentina, intensa e incontrolable, empieza a subir desde mi estómago hacia arriba.

Estoy a punto de dar un paso atrás; en lugar de eso, ahora sí, lo doy hacia delante, aunque el estúpido impulso que he sentido hace un momento ha desaparecido y ahora lo hago con actitud desafiante.

—A recuperar lo que tenías, ¿no? Claro. Así de sencillo.

Él me sostiene la mirada. Después habla de nuevo con una calma exasperante.

—El otro día te pregunté si querías que te dejara en paz. Me dijiste que no.

No me lo puedo creer.

—¿En serio? ¿Me dices qué coño tiene que ver eso? Hablábamos de nuestra relación como amigos.

—Ya, sí —dice riéndose—. ¿De verdad crees que entre tú y yo…?

—Pues es eso o nada, Adrián —le contesto tajante. Apenas me reconozco, no sé de dónde mierdas he sacado esta determinación, pero lo hago sin dudar.

Él se queda quieto, creo que tan sorprendido como yo de mis palabras, de mi actitud. Luego empieza a asentir despacio.

—Vale. Captado.

Me doy la vuelta decidido a marcharme. Ya he tenido suficiente de esto: ya no puedo con más confusión, con más recuerdos, con más mentiras en mi pareja, ni con este *ahora sí, ahora no* de Adrián. Necesito que esto acabe.

Pero aún me giro una vez más, me giro y empiezo a gritarle como pocas veces lo he hecho. Porque todo este enfado viene del dolor, de un dolor profundo por una herida de muy atrás que, ahora lo sé, nunca se ha cerrado del todo. Y al final, sin poder evitarlo, todo ese dolor acaba saliendo desbocado.

—Eres la hostia, Adrián. En serio —le grito sin poder controlarme—. Te crees que puedes irte, dejarme aquí solo y luego volver y tenerme a tu disposición cuando te dé la puta gana. ¿Pues sabes qué? ¡Que no, joder! ¡Que has perdido ese tren, que ya es tarde!

Le miro a los ojos por última vez antes de marcharme definitivamente, y en ellos veo una determinación arrolladora, una seguridad tal que me hace comprender algo al instante: tengo que huir sin perder ni un segundo más.

Porque sus ojos dicen claramente:

Eso ya lo veremos.



20. Quedarse helado en agosto

Siempre me duermo en los trenes. No sé qué tienen, pero hay veces que cierro los ojos incluso antes de que el tren se ponga en marcha, nada más colocar mi maleta y dejarme caer sobre el asiento, y no los abro hasta llegar a mi destino. Me he llegado a dormir hasta con el típico pesado al lado que habla por el móvil todo el rato. No, si me toca un niño gritón no, no soy tan *pro*.

Al final la escapada a Barcelona ha sido mejor de lo que esperábamos, entre otras cosas porque Fede tuvo la idea de hacerla pronto, cuando su presencia allí no era aún muy necesaria para el proyecto (solo se ha pasado por el estudio unos cuantos ratos para adelantar cosas) y así hemos tenido algo de tiempo para disfrutar de la ciudad juntos. Hemos visto monumentos (joder con la Sagrada Familia, ¡qué pasada!), nos hemos perdido callejeando a lo tonto y una noche, no sé cómo, acabamos en una discoteca enorme con unos guiris majísimos con los que me reí una barbaridad. Bueno, y también comprobamos que, en cuanto a calor y humedad, Barcelona y Málaga pueden cogerse de la mano.

¿Y qué os digo del tiempo con Fede? Pues que necesitábamos esto, la verdad, lo necesitábamos mucho. Para empezar, hemos aprovechado a tope la cama del hotel; y no solo para descansar, ya me entendéis ***(joder, ¡y qué pasada hacerlo en una cama de 2x2!)***.

Guarradas aparte, vale que han sido pocos días y que, con lo de pasarse por el estudio, tampoco hemos tenido tanto tiempo en pareja como nos habría gustado, pero eso también me ha permitido tener ratitos para mí: para pasear a solas, para pensar en todo lo que ha pasado últimamente y para decidir qué voy a hacer a partir de ahora. Y, lo que voy a hacer, ya os lo adelanto, es dejarme de tonterías con Adrián y centrarme a tope en mi relación con Fede.

No, no creáis que me ha resultado fácil tomar esa decisión después de lo que pasó. No fue tan sencillo como soltarle aquello a Adrián, dar media vuelta y pasar a otra cosa, ¡para nada! De hecho, esa última mirada suya aún me viene a la cabeza muchas veces y… ***¡uf!***, no puedo evitarlo: me hace dudar durante un breve instante.

¡Pero también me cabrea!

¿Cómo podía estar tan tranquilo mientras yo le gritaba todas esas cosas? ¿De dónde le viene esa puta seguridad en sí mismo tan aplastante?

Va y me dice que ha vuelto para recuperar su vida en Málaga. Así, ¡con todo su morro! Además, dice: *TODA mi vida*; lo que me incluye a mí, evidentemente. Y no dice *a intentarlo* ni nada que deje espacio para la duda, porque él no se plantea en ningún momento la posibilidad de no conseguirlo, ¡qué va! Él da por hecho que me tiene a su disposición y que, cuando chasquee los dedos, lo voy a dejar todo y voy a salir corriendo tras él. Y eso me jode, me jode muchísimo. ¿Quién coño se ha creído que es?

Ya, es verdad que le acusé de haberse ido y haberme dejado solo y eso no fue justo, porque no tuvo opción de elegir, no se fue a Madrid por voluntad propia y sé que también lo pasó muy mal. Pero ¿qué le hago, si yo me sentí abandonado?

Ahora las cosas han cambiado. Ya puede elegir dónde quiere estar. Y joder, va y me da a entender que se volvería a Málaga por mí.

Pfff, es que es muy, ¡MUY fuerte!

Supongo que entenderéis por qué no me resultó fácil dejarlo ahí plantado y marcharme sin más. Y supongo que entenderéis por qué me ha costado un poco procesar todo esto. A decir verdad, los dos días siguientes no quise ver a nadie y me las apañé para no salir apenas de casa. No sé qué me pasó, pero no quería saber nada de Fede, ni de Adrián ni de nadie; estaba cabreado con… yo qué sé, con toda esta situación, supongo.

Pero al tercer día… no, no resucité, pero sí reaccioné y di el primer paso en la buena dirección: decidí que lo mejor era cortar el contacto con Adrián en plan radical y empezar a volcarme en Fede, y después de muchos paseos a solas por Barcelona y de muchas horas pensando en el tema, cada vez estoy más seguro de que esto es lo mejor que podría hacer.

Por el momento todo está saliendo bien en ese sentido: Adrián y yo no hemos vuelto a hablar, a escribirnos ni a interactuar de ninguna forma, y creo que esta pequeña escapada a Barcelona que ahora termina ha sido un punto de inflexión para Fede y para mí.

En cuanto a Adrián… ¿decidirá quedarse, pese a todo? ¿O, viendo que no voy a caer en su juego, preferirá volverse a Madrid y seguir con su vida? Son preguntas que me han asaltado a traición varias veces durante los últimos días, no os voy a engañar. Pero me obligo a apartarlas de mi mente y a no dedicarles ni un segundo más de la cuenta. Y lo consigo.

Casi siempre.

Bajamos del tren y cogemos el metro que nos lleva hasta nuestro barrio. Han sido unos días geniales, pero, la verdad, tengo ganas de llegar a casa, darme una buena ducha, encender el aire acondicionado (ahora que no está mi padre… ¡hay que aprovechar!) y descansar, que en estos últimos días he andado más kilómetros que en todo el último año, literal. Así se lo explico a Fede cuando llegamos a su portal y me propone subir a su casa.

—Necesito tirarme en mi sofá —le digo.

—Bueno, pues hablamos para vernos mañana o pasado. Y gracias por estos días. —Le miro un poco extrañado—. Bueno, lo digo porque la idea de esta escapada juntos fue tuya y creo que nos ha venido muy bien.

—Sí, nos hacía falta.

—No sé, yo creo que nos ha unido más —me dice cogiéndome la mano y acariciándome los dedos con delicadeza—. Y que nos ha servido para dejar atrás… —Contengo la respiración durante un instante—. Bueno, algunas cosas.

Uf, menos mal…

—Sí, la verdad.

Nos besamos y quedamos en hablar más tarde. Cuando llego a mi casa subo, dejo la maleta en una esquina de mi habitación y enseguida me doy cuenta de que la casa está súper fresquita. Busco a Guille y veo que no está en su habitación ni por ningún otro lado. Este se ha ido y se ha dejado el aire acondicionado puesto; y no a los veintiséis grados que suele ponerlo mi padre (cuando lo pone), sino a veintidós. Pues qué queréis que os diga, a mí me ha hecho un rey, así que lo dejo como está.

Me meto en la ducha y, al salir, me pongo solo unos calzoncillos, cierro la puerta de mi habitación para que Guille no me moleste cuando vuelva de dondequiera que esté y me tiro en la cama mientras le doy vueltas a esa última frase de Fede.

Por un momento estaba seguro de que iba a nombrar a Adrián cuando ha dicho lo de dejar ciertas cosas atrás. Y joder, menos mal que no lo ha hecho, porque habría sido incómodo. Tampoco es que hiciera falta, estaba claro que se refería a las últimas movidas que hemos tenido a raíz de la vuelta de Adrián, pero no me apetecía que su nombre volviera a surgir entre nosotros.

Sí, yo también creo que esta escapada nos ha servido para dejar todo eso definitivamente atrás.

O eso espero, al menos.

Me doy la vuelta y cierro los ojos.

Pienso dormir quince horas seguidas como poco.

Me despierto muy desorientado. No tengo ni puta idea de qué hora es, solo sé que tengo la boca más seca que el codo de una momia. Uf, ¡si ya es de día! Las nueve y media, y me acosté a las… Vaya tela, no he dormido quince horas, pero once y pico sí. Si Guille ha llegado a casa, ni me he enterado.

Me levanto y me pongo una camiseta antes de salir de la habitación. Vale, lo reconozco: tendría que haber subido un poco la temperatura del aire acondicionado. Mi habitación parece Narnia, o el reino ese de Frozen, como se llame. En mitad de la noche he tenido que taparme con la sábana y todo, cosa inaudita para mí en

el mes de agosto. Será mejor que lo suba un par de grados si no quiero acabar mal.

Abro la puerta y oigo música en el salón y ruido de cacharros en la cocina. Guille debe de estar preparándose el desayuno. Espero que haya hecho café y quede un poco para mí; y a ver si doy con algo súper azucarado, que me estoy dando cuenta de que tengo un hambre…

—Buenos días —le digo desde la puerta de la cocina.

Él se gira silbando algo parecido a la canción que suena en el salón y, cuando me ve, se le corta el aire, le cambia la cara y se queda blanco como si, en vez de ver a su hermano pequeño, hubiese visto al fantasma de la niña de la curva.

—¡Sergio! ¿Pero qué…? ¿Tú qué coño haces aquí? —me pregunta nervioso como pocas veces lo he visto.

—Eeeem, vivo aquí.

—¿Pero no estabas en…? ¿TÚ NO VOLVÍAS MAÑANA?

—¿Qué hablas? ¿Se puede saber qué te pasa?

En ese momento me doy cuenta de que sujeta dos tazas de café; dos tazas que, por cierto, tiemblan en sus manos.

No me jodas que lo he pillado con…

Me giro hacia el pasillo y oigo el pestillo de la puerta del baño. Empiezo a mentalizarme para ver el careto de Olga saliendo de un momento a otro. Y seguro que, aunque aún no haya desayunado, sale ya híper maquillada como si llevara un filtro de Instagram pegado a la cara.

—Ya te vale, ¿no? —le recrimino bajando la voz—. ¿No decías que no habíais vuelto?

Pero entonces la puerta se abre y, al momento, descubro lo que es quedarse helado de verdad en pleno mes de agosto.

Porque quien sale del baño vestida únicamente con la vieja camiseta de *Rick y Morty* de mi hermano no es Olga.

Ojalá lo fuera.

—Ups… Buenos días, Sergio.

Pero…

¡¿Pero qué COÑO hace aquí Sandra?!

21. Fin del misterio

Tengo que sentarme.

Estoy en… O sea… ***¿WHAAAT?***

Los tengo a los dos delante mirándome sin saber qué hacer, como dos padres ante un hijo que les acaba de preguntar si los Reyes Magos son ellos o de dónde vienen los niños: igual de perdidos. Aunque yo no lo estoy menos.

Mi mirada va rebotando sin parar de uno al otro y sigo sin creerme lo que implica tenerlos a los dos sentados frente a mí: a él en calzoncillos, a ella con una vieja camiseta que llevo ya un tiempo deseando heredar y que, desde luego, ya no quiero.

—¿Quieres el café? —me dice Guille ofreciéndome una de las dos tazas.

No le contesto, pero creo que lee perfectamente mi cara de *meteteelcaféporelculo*, porque no insiste más.

—Oye, yo sí lo quiero —dice Sandra adelantándose y cogiendo la taza—. ¿Qué? Era para mí, ¿no? —añade al ver que Guille le pone mala cara.

—A ver, Sergio, creo que te debemos una explicación.

—Ah, ¿tú crees? —le respondo al fin rompiendo mi silencio—. No sé por qué lo dices, vaya.

—Ha sido todo culpa suya —interviene Sandra señalando a Guille después de darle un sorbo al café y soltar un pequeño alarido al quemarse la lengua.

—Cariño, no ayudas.

¿Perdón? ***¿¿¿CARIÑO???***

Pero, pero… ***¡Puaj!***

Al oír a Guille hablarle así, de repente mi cabeza se pone en marcha (porque, hasta ahora, el shock era tal que el cerebro me funcionaba al mínimo, lo justo para respirar y tragar saliva muy de vez en cuando) y empiezo a darme cuenta de que me he pasado la

noche durmiendo tan feliz mientras, a solo una pared de distancia, mi hermano y mi amiga estaban…

Joder, qué puto…

¡Es que no sé ni qué palabra usar!

—A ver —les digo tomando las riendas, aunque solo sea para dejar de imaginarme la situación—. Decidme, ¿desde cuándo…?

Agito el dedo señalándolos a los dos. Ellos se miran durante unos instantes; evidentemente, se están consultando sin palabras hasta dónde revelar y cómo hacerlo.

—¿La verdad? Desde hace bastante —reconoce Guille con la boca pequeña.

—¿Bastante en plan…?

—Unos meses, de hecho.

—Yo alucino. O sea que, cuando me dijiste que habías vuelto a quedar con Olga…

—Pfff, ¡qué va! Si no he vuelto a saber nada de ella desde que la dejé, y de eso hace tiempo.

Vale, entonces doy por hecho que aquella noche, cuando llegué a casa después del día de playa con Adrián y pillé a Guille con alguien en su habitación, era también Sandra la que estaba con él. Lo que significa que esta no ha sido la primera vez que he estado pared con pared con Sandra sin saberlo.

Me quedo mirándola sin poder creérmelo aún. El caso es que ella está como si nada, parece más preocupada por la temperatura del café que por la situación. Pero claro, todo cuadra, ahora sí que sí: sus eternas conversaciones con alguien misterioso, la forma en que nos ocultaba a todos la pantalla del móvil (y diría que sobre todo a mí, aunque a lo mejor es la percepción que tengo porque ahora sé la verdad), ese secretismo con el que lo llevaba todo. Y, por otro lado, la ruptura de Guille con Olga, probablemente porque ya estaba tonteando con Sandra. ¿Debería haber atado cabos en algún momento? ¡Qué gilipollas me siento, de verdad!

—Bueno, ¿y tú no vas a decir nada? —le digo a Sandra. Ella se encoge de hombros.

—Ya te lo he dicho, ha sido todo culpa suya —contesta adelantando un poco la barbilla para señalar a Guille sin soltar el café—. Que conste que yo quería decírtelo.

—A ver, eso… Vale, es verdad —reconoce mi hermano—. Es que me sentía raro, no sabía cómo te lo ibas a tomar. Bueno, sí lo sabía: sabía que te iba a sentar súper mal, así que le pedí que lo lleváramos en secreto hasta que encontrara la forma de decírtelo.

—Ya, ¿y en todos estos meses no la has encontrado? Joder, pues has tenido tiempo.

—Lo ha ido dejando para más adelante, y para más adelante… —contesta Sandra por él—. Es un poco como tú, se nota que sois hermanos.

La fulmino con la mirada. Vale que su personalidad sea así, siempre despreocupada y un poco pasota, y vale que siempre tengamos que aguantar esos comentarios en los que se burla de todo y de todos y repetirnos la coletilla de: *es que ella es así*. Pero ahora no estoy para sus gilipolleces. Empiezo a comprender que estoy dolido. Y creo que ella empieza a comprenderlo también.

—Vale, a ver… —dice soltando al fin el puto café e intentando reconducir la conversación—. Lo hemos hecho mal, es verdad. Y no toda la culpa es de él, que yo soy tu amiga y tendría que haber buscado la forma de contártelo. Pero es verdad que tú sueles tomártelo todo muy… —Empieza a separar los brazos como si, bajo sus manos, alguien estuviera hinchando un globo enorme—. Y nos daba mucho miedo hacerte daño.

Separo la silla de la mesa y, despacio, me levanto.

—¿A dónde vas? —me pregunta Guille.

Realmente no lo sé. A pensar, supongo, a intentar entender cómo me hace sentir esta situación. Porque de verdad, mi interior ahora mismo es un puto caos de sentimientos peleando por ver cuál de todos hace más ruido, y de momento creo que el enfado va ganando.

—Sergio, porfa, no te enfades —me dice Sandra.

—En serio, no queríamos hacerte sentir mal.

Me detengo antes de salir de la cocina y examino sus caras. En el fondo sé que dicen la verdad, que no ha habido ninguna maldad por

su parte al ocultármelo: que simplemente no sabían cómo hacerlo. Y puedo entenderlo, porque es una situación en la que yo mismo me he visto alguna que otra vez.

Pero hasta cierto punto.

—¿Sabéis qué es lo que me jode? Que yo os lo cuento todo. A los dos. Que confío al cien por cien en vosotros, os pido consejo cuando no sé qué hacer, os cuento lo que siento hasta cuando ni siquiera sé lo que siento. Me expongo a vuestras bromas y a vuestros comentarios súper ocurrentes. Y vosotros en todos estos meses no habéis sido capaces de encontrar la forma de decírmelo y vuestra única excusa es que yo me lo tomo todo a la tremenda.

Se miran de reojo y luego los dos agachan la mirada.

—Pues nada, ahí os quedáis. Ya podéis seguir comentando lo dramas que soy y echándome la culpa de todo.



22. Dando vueltas

Debería ir a casa de Fede.

Las escaleras que estoy subiendo deberían ser las de la casa de mi novio. O, si acaso, las de Raquel o las de Dani.

Y, sin embargo, estoy a punto de entrar en casa de Adrián.

Me está esperando en la puerta. Me pregunta qué me pasa, por qué estoy tan alterado. No he podido explicarle nada de lo que ha pasado, porque no he sido consciente de que venía hacia aquí hasta que he llegado al portal.

¿Por qué han tomado mis pies este camino de forma automática?

¿Por qué ha sido esta mi primera opción sin plantearme siquiera las otras, más lógicas?

No lo sé. Me da igual.

Llego y Adrián me abraza nada más cerrar la puerta. Entonces descubro que no he venido para desahogarme por lo de Guille y Sandra, que no quiero hablar de eso con él. Lo descubro cuando mi boca busca la suya y la encuentra, cuando le beso con la suficiente intensidad para recuperar todo el tiempo que hemos perdido desde que pusimos fin a nuestra relación.

Recorremos el pasillo agarrándonos con fuerza, con miedo de que nuestras lenguas se separen aunque sea un instante. Mi camiseta se queda en el umbral de su habitación; la suya, a los pies de la cama. Antes de tumbarnos, mis dedos ya se han colado bajo la goma de su pantalón y bajo el elástico de sus calzoncillos. Para cuando él se sienta en la cama, sus dedos ya han conseguido desabrochar el botón de mis pantalones, que resbalan por mis piernas y acaban en el suelo; es el mismo camino que recorren mis calzoncillos solo dos segundos después.

Le empujo y me tumbo sobre él. Dios, qué sensación volver a estar así, desnudos, besándonos. Y qué ganas de estar dentro de él y de tenerle dentro de mí.

Ahora es él quien me empuja hacia atrás, se escabulle y se las arregla para darle la vuelta a la situación. Se pone encima y sus labios solo dejan los míos para recorrer lentamente el camino hasta mi oreja. Una vez ahí, me dice lo que quiere hacerme.

Solo dos palabras.

No necesita más para hacerme arder.

Se separa de mí y se prepara. Joder, no puedo esper…

—¡Sergio!

…no puedo esperar ni un segund…

—Sergio, ¡despierta!

No, ahora no.

¡Solo un poco más!

—Sergio, ¿me oyes? ¡Despierta, tío!

Estoy en la habitación de Dani. Está dándome empujones y gritándome que tiene que irse o algo así.

Miro a mi alrededor súper desubicado. ¿Cómo es posible que Adrián no esté aquí, si todavía noto el calor de su cuerpo y la humedad de sus besos en mi cuello?

Y… ¿y por qué estaba soñando con él?

¡Joder, qué mal! ***(Y qué real…)***

—Sergio, que tengo que irme. ¿Te levantas ya o qué?

Ah, vale, ya me acuerdo: me he venido a casa de Dani esta mañana después de lo de Guille y Sandra. Se lo he contado todo, hemos estado un buen rato hablando del tema, hemos comido y, como no tengo ganas de volver a casa por si esos dos aún siguen ahí, me he quedado dormido en su cama mientras él jugaba a la Play. Y la siesta se me ha ido de las manos ***(¡y de qué manera!)***.

Miro hacia abajo y, cuando veo el enorme bulto que hay en mis pantalones, me doy la vuelta e intento disimularlo. Aunque demasiado tarde.

—¡Oye, cerdo! —me grita Dani—. ¡Que estás en mi cama, tío! ¿Se puede saber qué estabas soñando?

—Ufff. Si te lo cuento…

—No, si me lo puedo imaginar: que Fede y tú echabais el polvo de vuestra vida, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Ah, ¿no? ¿Entonces con quién…? —De repente cae y se echa las manos a la cabeza—. No me jodas. ¿CON ADRI?

—Pues sí.

—Pobre Fede, ¡ya te vale!

—Oye, ¿y yo qué le hago?

—Por el momento, levántate de mi cama antes de que me hagas un agujero en las sábanas con eso.

Me incorporo y me siento. Mucho mejor así, más disimulado. Dani empieza a vestirse. Por lo visto, él y Victoria se van al cine.

—Oye, ¿qué vas a hacer ahora? —me pregunta mientras se cambia la camiseta—. ¿Quieres venirte con nosotros?

—No, voy a pasarme por casa de Fede.

—¿Cómo es que no has ido ahí nada más enterarte de lo de Sandra?

—Es que… tiene muchísimo trabajo y no quería molestarle. Si llego a ir, le habría hecho perder casi toda la mañana.

Me echa una mirada recelosa. Este me conoce demasiado bien, es obvio que la mentira no ha colado.

La verdad es que no sé por qué no he ido directamente a casa de Fede. Supongo que, para desahogarme con este tema, he buscado instintivamente a alguien del grupo, a alguien que conozca a Sandra y a mi hermano Guille desde hace muchos años. Fede, al fin y al cabo, no ha compartido aún tantos momentos con Sandra y sabe más de ella y de cómo funciona su mente (si es que funciona, cosa que, ahora mismo, dudo bastante) por lo que yo le cuento que por experiencia propia.

—Oye, ¿y qué vas a hacer con lo de Sandra y…? —me pregunta—. O sea, vale que es raro y que es normal que estés cabreado, pero es tu hermano, y siempre os habéis llevado súper bien.

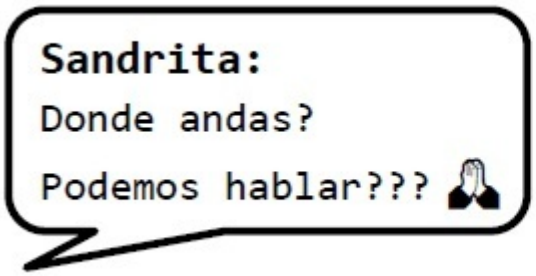
—Ya. No sé, ya veré.

Pero sí, va a ser raro, va a ser raro de cojones.

Salimos de su casa, nos despedimos y pongo rumbo a casa de Fede. A ver si puedo echar ahí el resto de la tarde y, con un poco de suerte, la noche. Mañana ya vuelven mis padres, así que Guille y Sandra ya no dispondrán de su hotelito para…

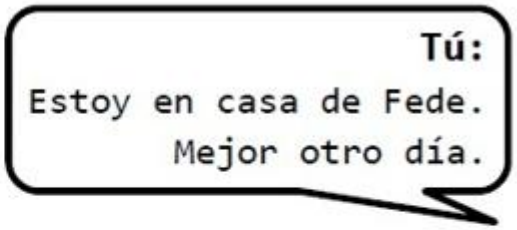
Oish, ¿por qué sigo imaginándome eso?

A medio camino me suena el móvil.



Pfff, ¿qué le digo? Sé que voy a tener que hacerme a la situación, por raro que me resulte; y, aunque no hayan hecho las cosas bien conmigo, antes o después voy a tener que tragarme mi orgullo y estar bien con ellos, sobre todo con mi hermano.

Pero no va a ser hoy.





Hala, no pasa nada porque se sientan mal un día o dos, ¿verdad?

Aviso a Fede de que voy camino de su casa. También tengo que contarle esto a Raquel, pero mejor lo comparto con mi novio antes de decírselo a todo el barrio, que si no va a ser muy raro. Aunque, para raro, lo de mi sueño.

Me viene de nuevo a la cabeza y relajo el paso. Al contrario que Raquel (que, ahí donde la veis, es muy de buscarle sentido a los sueños y todas esas chorradas), yo nunca le he dado ninguna importancia a esas cosas. Lo que yo sueño suele ser una mezcla de cosas no relacionadas entre sí que se suceden sin sentido alguno: personas que conozco interpretando papeles distintos en lugares imposibles (una vez soñé que Raquel era mi hermana, vivíamos en una mansión llena de zombies y, atrincherados en la cocina, no parábamos de discutir porque no encontrábamos una sartén para hacer tortitas, con eso os lo digo todo). Pero esta vez, sin embargo…

Esta vez el sueño tenía sentido; cierto sentido, al menos. No digo que lo que he soñado pueda pasar en realidad, porque os digo yo que no, pero ya me entendéis: todos los elementos eran verosímiles. Y, si normalmente los sueños me resultan indiferentes (en ellos no soy más que un espectador viendo una historia absurda que no me despierta más que una ligera curiosidad), este ha conseguido provocarme sensaciones muy vivas y desconcertantemente intensas.

Qué bien, ahora que tenía decididísimo pasar de Adrián y centrarme en Fede.

Llego a su portal y me concedo unos segundos antes de subir. Tengo que olvidarme de eso. Solo ha sido un sueño, no quiere decir nada. Uno no elige lo que sueña, uno elige lo que hace. Y yo he elegido estar con Fede. Pero pasa una cosa curiosa.

¿Verdad que los sueños suelen ir desvaneciéndose a medida que avanza el día? ¿Verdad que son muy vívidos cuando despiertas, pero que los detalles van haciéndose borrosos poco a poco?; ¿que las sensaciones, por intensas que hayan sido, se van diluyendo hasta que, con suerte, solo recuerdas lo principal?

Bueno.

Pues este no.

23. Noche de Feria

—¿Te crees que así me vas a comprar?

Ya es la segunda copa que me trae Sandra. Tampoco es que me esté invitando, porque nos hemos acoplado de forma improvisada a un botellón con amigos de Jaime y, si yo no he puesto ni un euro, apostaría a que ella tampoco. Pero se preocupa de que no me falte bebida, y eso está bien.

—No te estoy intentando comprar, rancio.

—Pues deberías.

Tenemos que gritar para oírnos. En el Recinto Ferial, entre la música de las casetas y el ruido de las atracciones (voy a soñar con los coches de choque y su **itirorirorirori!**), es difícil mantener una conversación. Claro que la culpa es nuestra; aquí no se viene a tener charlas trascendentales, precisamente.

—Oye, ya te he pedido perdón montones de veces —se queja—. Que vale, que lo hicimos mal, pero qué hacemos, ¿nos damos latigazos? —Le pongo cara de *noestaríanadamal* y ella contraataca—. Vale, pues le diré a tu hermano que compre un látigo. Y, ya de paso, se me ocurre que él y yo podemos usarlo para… otras cosas más perversas.

¡Hijaputa!

Decido relajarme un poco con el tema. Ya lo estuve hablando con Guille hace un par de días (que, por cierto, anda por aquí también, aunque ha preferido estar con sus amigos y dejar para más adelante lo de venirse con nosotros y con su nov… con Sandra, cosa que la agradezco) y bueno, sigo un poco molesto con él, pero no vamos a estar así siempre. Con Sandra me toca hacer lo mismo.

—Dime una cosa, ¿cómo es que vosotros…? —Me resisto a verbalizar lo de su relación, ¡se me hace muy raro!—. O sea, ¿cómo empezó la cosa?

—Pues de una forma muy tonta, no sé. Tú sabes que, más de una vez, cuando hemos quedado en tu casa, Guille se nos ha

acoplado si no tenía nada que hacer —me dice. Y es cierto que, como mi hermano y yo tenemos muy buen rollo y conoce a mis amigos desde hace años, más de una vez se ha quedado con nosotros viendo alguna peli, jugando torneos de Mario Kart o simplemente echando el rato—. Supongo que no se dio cuenta nadie, pero, uno de esos días, él y yo nos pasamos la tarde hablando y, al día siguiente, me envió una solicitud de Instagram y empezamos a seguirnos.

—¿Ahí estaba aún con Olga? —le pregunto.

—Sí, pero a eso iba: ¿te acuerdas del día que salimos por el centro, nos lo encontramos con sus amigos y acabamos los dos grupos en el mismo bar? —Yo asiento—. Pues esa noche hubo un rato que nos salimos los dos del local, empezamos a hablar y me dijo que estaba pensando en terminar la relación con ella. A mí me pareció un poco raro que me contara eso de repente, yo creo que se había tomado alguna copa de más, porque no teníamos tanta confianza, pero estaba muy gracioso. Y, efectivamente, unos días después me dijo que ya no estaban juntos. A partir de ahí, ya sabes: empezamos a darle a *me gusta* a las fotos, a dejarnos comentarios en las historias, esas cosas. Y luego pues empezamos a charlar de vez en cuando por privado hasta que un día dijimos: ¿por qué no quedamos y…?

—Vale, vale, suficiente. Ya me hago una idea —le corto.

—No dijimos nada porque sabíamos que te iba a parecer raro y porque, de verdad, no imaginábamos que al final la cosa iba a ir tan en serio entre nosotros.

—O sea, que sois pareja, **pareja**.

Ella asiente y la veo feliz.

Joder, es verdad que se me va a hacer muuuy raro todo esto, y es algo que va más allá del choque inicial. Al imaginarme el día a día (Sandra por mi casa, cenando con mis padres, ***imetida en mi familia, por dios!***) no sé cómo va a ser ahora mi relación con ella. Muy distinta, eso seguro.

Tengo que reconocerlo: hacen buena pareja. Muy buena pareja. Nunca se lo diré a ellos, no voy a darles ese gustazo, pero es la pura

verdad. Tienen una forma de afrontar las cosas muy parecida (como ya se ha visto con lo de no informarme de su relación), un sentido del humor muy similar y comparten una de sus mayores aficiones: ponerme de los putos nervios.

—Bueno, pues a ver cómo lo llevamos —le digo agitando mi vaso—. Si sigues ocupándote de que no me falte bebida, creo que irá bien.

—Claro que sí, ¡que no te falte de ná, cuñao!

—¡No vuelvas a llamarme así en tu puta vida, te lo pido por favor! Pero bueno, ¿sabes qué te digo? Que al final yo tenía razón en una cosa.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—En que te gustan los viejos.

—Capullo, ¡si solo nos llevamos tres años!

Nos ponemos en cola para entrar a la caseta de una de las discotecas de moda. Y va para largo. Fede se ha traído a Lidia, su compañera de piso, y está súper animado charlando con ella mientras yo hago lo propio con Raquel y Jaime.

Raquel también está un poco molesta con Sandra (no a mi nivel, pero algo sí) por no haberle contado nada en todo este tiempo. ¿La excusa? Que, si empezaban a contárselo a algunas personas, al final yo me iba a acabar enterando de cualquier manera y preferían decírmelo ellos mismos cuando encontraran la forma apropiada: es decir, para el año 2053 o así. Pero vamos, que tampoco creo que le dure mucho el mosqueo a Raquel; de hecho, hoy parecen estar como siempre.

—Adrián me ha preguntado dónde estamos —dice Jaime guardándose el móvil en el bolsillo—. Creo que viene para acá.

Raquel me mira con cautela, vigilando mi reacción.

—No te importa, ¿no? —me pregunta.

Me encojo de hombros como si nada. Hombre, no es la cosa que más gracia me hace del mundo, sobre todo después de nuestro último encuentro.

Bueno, y después de mi sueño.

Pero qué se le va a hacer, estamos en Feria y media Málaga está por aquí; lo raro es que no nos hayamos cruzado aún.

Cinco minutos después (y solo un par de metros de cola más adelante), al fin aparece. Y no viene solo.

Llega y saluda a Sandra en primer lugar. Luego a Raquel y a Jaime. Yo aprovecho ese tiempo para fijarme en el tío que va a su lado y que, por cierto, no me suena de nada. Porque es como para fijarse, vaya.

El tío debe de tener unos veinticinco años. De los cuales, seguro que se ha pasado los últimos veinticuatro yendo al gimnasio no menos de seis días a la semana, ¡porque vaya brazacos, madre mía! Y, por supuesto, viene en camiseta de tirantes para lucirlos. Es súper alto, y su espalda es como tres veces la mía. Guapo… no sé, no es para tanto. A ver, no está mal: tiene los ojos verdes súper bonitos, la nariz un poco ancha, con un toque rudo muy atractivo, y los dientes parecen blanquísimos y perfectísimos; y digo *parecen* porque no es que sonría mucho, está todo el rato con esa expresión seria en plan: *soy súper interesante.*

Vale, joder, sí que es guapo, ¿contentos?

Repito: ¿de dónde ha sacado a este tío?

Cuando llega hasta mí, Adrián me da dos besos. Probablemente, los dos besos más fríos que me ha dado jamás, solo un puntito más cálidos que el rápido apretón de manos que le da a Fede.

—Este es Ciro —nos dice señalando a su acompañante, que parece cero interesado en nosotros.

Toma, ¡encima tiene nombre exótico!

Como si le hiciera falta para destacar.

Nos lanza a todos un saludo general y ambos se quedan haciendo cola con nosotros para entrar en la caseta, lo que hace que las chicas que tenemos detrás, molestas, nos suelten un par de comentarios que ignoramos.

—Ey, Sergiete, ¿sabes por qué las monjas no llevan sandalias?

—Pues no, no lo sé. ¿Por qué?

—Porque son devotas.

***Joder, no te rías, Sergio.* ¡No te rías!**

—Es horrible.

—Ya, esa es la gracia. ¿Cómo lo llevas? —me dice aprovechando que Fede está charlando con Lidia un poco más atrás y que Ciro parece estar bastante ocupado con su móvil—. Ya hace que no nos vemos.

Ya, y tú no has perdido el tiempo.

—Pues todo bien, la verdad —le contesto.

—¿Te importa que Ciro y yo entremos con vosotros? Que, si no, podemos ir a cualquier otra caseta.

—¿Por qué me iba a importar?

—No sé, la última vez estabas bastante molesto conmigo.

No sé qué responderle a eso. En realidad lo que quiero es preguntarle un montón de cosas. Quiero preguntarle quién cojones es Ciro, si lo conoce desde hace mucho, si son colegas, amigos o algo más, si lo ha conocido en el Grindr ***(SEGURO que es del Grindr, ¿no es evidente?)***, si ya se han liado, si ya han foll…

¡Para, Sergio!

Consigo contenerme y sonar desinteresado (o eso creo) cuando dirijo mi mirada hacia Ciro y le pregunto:

—¿Es colega tuyo?

—Bueno, un conocido —me responde como si tal cosa—. Literalmente, porque es la primera vez que quedamos —añade riéndose.

—Ah, pues me parece genial.

Vale, ahora tengo bastante claro que es un tío del Grindr. Y, obviamente, lo ha traído aquí, donde no pinta nada y no pega ni con cola, para joderme, para restregarme por la cara el tipo de tíos con los que habla por la aplicación y con los que podría tener algo si se lo propusiera. Pues vale, tú mismo. ***¿Qué te crees, que eso va a joderme? Sí, lo llevas claro.***

—Sí, la verdad es que es súper majo —añade buscando claramente una reacción en mí. Y, como un tonto, se la doy.

—Me alegro, así ya tienes una razón para quedarte en Málaga, ¿no estabas buscando una?

Joder, hasta a mí me ha sonado patético nada más decirlo. ¿Por qué caigo en su puto juego?

Sandra viene a rescatarme (no, si al final va a estar bien tenerla de cuñada), se pone a hablar con Adrián y yo aprovecho para irme con Fede y con Lidia y así alejarme de… bueno, de eso. Al rato conseguimos entrar en la caseta solo para descubrir que no pegamos nada con el tipo de gente que hay allí, más del estilo de Ciro que del nuestro (vamos, que nos faltan muchas horas de gimnasio y muchas horas delante del espejo haciéndonos esos peinados perfectos). Pero, entre que la música no está nada mal y que no pienso hacer otra cola como esa, decidimos quedarnos un rato.

Me pongo a bailar con Fede y con Lidia y no puedo evitarlo, se me escapan constantemente las miradas hacia Adrián y Ciro, que están charlando y riéndose mientras sus pies hacen un amago de seguir el ritmo de la música y se toman una copa que, en este sitio, les habrá costado un riñón. Y con pajita, ***¿quién se toma las copas con pajita?*** Bueno, yo a veces, sobre todo aquí en feria que los vasos son de plástico y es súper desagradable, pero yo qué sé.

—¿Estás bien, nene? —me grita Fede para hacerse oír por encima de la música.

—¿Eh? Sí, genial. ¿Te gusta el sitio?

—Está bien —me responde, y yo sé perfectamente que, si no es muy del estilo de mi grupo de amigos, del suyo aún menos. Aun así, creo que se lo está pasando bien.

—Y tú no querías venir —le digo arrimándome más a él.

—Es que no soy muy de feria, ya lo sabes.

—Bueno, pero, con lo que estás trabajando este verano, creo que necesitabas esto.

—Sí, la verdad. Menos mal que te preocupas por mí —dice agarrándome de la cintura y dándome un señor beso. Y, por si resulta que alguien nos está mirando, yo me recreo y me quedo enganchado a él un buen rato. ***¡Ahí lo llevas!***

No tardamos en cansarnos del sitio (Dani se cansa en cuanto va a la barra y ve los precios de las copas), así que salimos y, de

camino a otra caseta que ha sugerido Victoria, Raquel me asalta.

—Sergio, ¿qué hacéis Fede y tú la semana que viene?

—Fede no sé cómo tiene los turnos en el restaurante, porque lo del proyecto dice que ya está casi terminado. Yo no tengo nada que hacer, ¿por?

—Planazo: el padre de Jaime se va de viaje y dice que podemos ir a su casa unos días.

—¿Dices al casoplón en los montes?

—Claro. Ya sabes lo grande que es, que cabemos todos, y tiene la piscina, la barbacoa… Es como lo que hablamos al principio del verano de alquilar una casa rural, pero gratis.

—Pues sería la hostia, sí.

Hago venir a Fede y le pregunto.

—De momento no tengo que ir más a Barcelona, y puedo pedir que me cambien algún turno en el restaurante. Y de todas formas, como la casa no está lejos, si hace falta puedo bajar a Málaga, trabajar y luego volver.

—Genial —dice Raquel—. Entonces os apuntáis, ¿no?

—A mí me apetece un montón —le confirma Fede.

En ese momento llega Jaime visiblemente contento.

—Dani y Victoria pueden —nos confirma—. Sandra también, y dice que se lo va a preguntar a… —Me mira como disculpándose de antemano.

—Sí, a su novio —acabo yo la frase—. A mi hermano, vaya.

—Venga —me anima Raquel—, en algún momento tendrás que empezar a normalizar la situación.

—Bueno, el caso es que podemos todos —anuncia Jaime—, porque Adrián me ha dicho que él tampoco tiene planes.

Fede y yo nos echamos una mirada rara. Aunque, para mirada, la que Raquel le echa a Jaime en cuanto acaba la frase.

—¿Se lo has dicho a Adrián?

—Pues claro —le contesta él—. Es del grupo, ¿por qué no iba a decírselo?

Raquel desvía por un momento la mirada hacia Fede y hacia mí para ver si Jaime cae. Pero, como parece un poco perdido, sigue hablando.

—¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor Sergio y Fede no están muy a gusto con la situación?

—Oye, por nosotros no… —empieza Fede.

—Pero es que es mi amigo.

—Ya, y Sergio también es tu amigo.

—Oye, de verdad que no pasa nada —interviene Fede de nuevo levantando más la voz. Yo me quedo mirándolo a ver qué es lo que dice (y bastante desconcertado, tengo que admitirlo)—. Yo no tengo problema con que venga Adrián, en serio.

—¿Ves?

—¿Seguro? —le pregunta Raquel tan desconcertada como yo.

—A ver, no es mi persona favorita, pero tampoco tengo por qué pegarme a él, ¿no? Vamos a ser muchos.

—Bueno, pues como veáis —se rinde Raquel. Después le toca aguantar a Jaime recriminándole su exceso de preocupación.

Yo me separo con Fede para que podamos hablarlo con más calma y sin la presión del momento delante de Jaime y Raquel. Creo que es muy necesario.

—Oye, no quiero que vayamos si no vas a estar a gusto. En serio. Podemos quedarnos aquí y hacer alguna otra cosa.

—Vamos a ver, Sergio, no quiero que dejemos de hacer cosas porque esté él —me responde—. Es de tu grupo de amigos y, aunque solo pase de vez en cuando, tendré que coincidir con él, me guste o no.

—Ya, pero no sé. No quiero que haya momentos incómodos.

—Pero es lo que le he dicho a Raquel: vamos a ser muchos y la casa es grande. No tenemos por qué estar pegados a él todo el tiempo. En los momentos en grupo, vale, pero el resto del tiempo pues nos juntamos más con Dani y Victoria, o con Raquel y Jaime, o con Sandra y…

—Sí, ya, ya.

Me quedo un momento pensando, imaginándome la situación. Supongo que, como últimamente la cosa ha estado tranquila, hemos hecho un montón de cosas juntos y no he querido saber nada de Adrián, probablemente Fede se ha relajado y ya no lo ve tanto como una amenaza. Aun así, me sorprende que se sienta cómodo hasta tal

punto que la idea de compartir casa durante unos días con Adrián no le provoque un sarpullido. Porque, si sumamos las horas, va a ser bastante tiempo en un espacio que, por grande que sea, no deja de ser una casa en la que vamos a convivir. Eso hace que me pregunte una cosa.

¿De verdad te preocupa que Fede no esté cómodo, o…

Miro por un instante a Adrián, que está charlando muy animado con el puto Ciro.

…o ser tú quien no lo está?



24. Llegamos a la casa

Lo mires por donde lo mires, esto va a ser raro.

Vamos camino de la casa de Jaime. El que conduce es mi novio, y en el asiento de atrás van mi hermano y Sandra cogidos de la mano. Cuando lleguemos, pasaremos unos días con mi ex y, quizás, con su nuevo ligue.

Jaime debería poner cámaras y retransmitir esta semana en plan Gran Hermano; si no estuviera en el centro de todo el meollo, yo lo vería.

Guille va más callado que de costumbre. No estaba por la labor de venirse, porque decía que era muy pronto y no quería incomodarme metiéndose en una quedada tan gorda de mi grupo de amigos, pero Sandra me pidió que hablara con él y le dijera que no me importaba (lo cual no es exactamente así, pero bueno). El caso es que ahora va muy calladito, intentando pasar lo más desapercibido posible, ¡no parece él!

El que me tiene súper desconcertado es Fede. Pese a la presencia de Adrián, y con lo reticente que ha estado todas estas semanas a que tuviera contacto con él, desde el minuto uno ha estado a tope con el plan de la casa. Se ha traído varios juegos de mesa, ha sido el primero en ir a hacer la compra y se ha ofrecido a hacer un arroz (que dice que le salen buenísimos, aunque yo nunca lo he probado) para todos. A ver, que no es que me queje, solo digo que me desconcierta. Si es porque se siente más seguro de lo nuestro, pues estupendo.

Llegamos a la casa y nos reciben Jaime, Raquel, Dani y Victoria, que venían juntos. Yo nada más bajar del coche miro en todas direcciones, no puedo evitarlo. ¿Habrá llegado ya Adrián? Y, lo que más me pica la curiosidad: ¿vendrá solo?

Nos ayudan a sacar del coche las cosas que traemos, entre ellas un colchón hinchable para dos personas. Porque, aunque la casa sea

grande y dé para mucha gente, no es el Palacio Real y somos unos cuantos.

—Yo no pienso dormir ahí —dice Dani en cuanto lo sacamos del maletero.

—Pues, si te toca, tendrás que aguantarte —le responde Sandra—. Habíamos quedado en que os lo echaríais a suertes, ¿no? —pregunta señalándonos a Dani, a Victoria, a Fede y a mí.

—¿Cómo que nos lo echaríamos? —le pregunta Victoria—. ¿Nosotros? ¿Y vosotros qué?

—Hombre, nosotros sí que no podemos dormir ahí —contesta llevándose las manos a los riñones—. Yo sufro mucho de la espalda, ya lo sabéis.

—Ya, claro, y a Guille no vamos a hacerle dormir en un colchón hinchable —intervengo yo—. A la gente mayor hay que tratarla con respeto.

Me llevo un collejón y una mirada que dice claramente: *¿con esas vamos?* Vale, me parece que Guille acaba de salir del modo sigilo. Casi mejor, porque me estaba empezando a resultar muy inquietante.

Entramos en la casa, soltamos las cosas y empezamos a hablar del tema de las habitaciones. Jaime y Raquel dormirán en la habitación principal, que tiene una cama enorme, somos los demás quienes tenemos que ver cómo nos repartimos. En ese momento, cuando estamos a punto de empezar a pegarnos puñaladas por ver quién se queda la mejor habitación, oímos un par de bocinazos y el ruido de unos neumáticos.

Salimos y veo el Opel Corsa blanco de Adrián avanzando por el camino de entrada. Hago todo lo posible por adivinar si hay alguien en el asiento del copiloto, pero el reflejo del sol en el cristal me va a dejar ciego. Finalmente, el coche se detiene, Adrián baja y…

Que no se abra la otra puerta,
que no se abra la otra puerta,
que no se… ¡Bien!

Adrián pulsa el botón del mando y cierra el coche. Lo que significa que, o viene solo, o en cinco minutos Ciro va a morir de un

golpe de calor. En todo caso, ¡menos mal! Que no es por nada, joder, no me seáis malpensados, pero es que ya bastantes elementos incómodos hay en la casa como para que encima esté por aquí ese armario de tío.

—¿Qué hay, chicos? —nos saluda quitándose las gafas de sol y colgándoselas del cuello de la camiseta. Después se revuelve el flequillo, me echa discretamente una mirada y levanta las cejas lanzándome a mí un segundo saludo.

—Estábamos a punto de repartir las habitaciones —le dice Jaime después de darle un abrazo—. A ver, en mi habitación puede dormir una pareja, hay una cama nido. Luego otra pareja puede dormir en la habitación de invitados, que tiene dos camas, y otra en el sofá cama del sótano. Y luego tenemos el colchón hinchable, que… —Mira a Adrián.

—Qué bonito —dice este—. Como no tengo pareja, ¡a la colchoneta!

Echamos a suertes el resto de las habitaciones. Fede y yo salimos bastante bien parados y nos toca la habitación de invitados (con esas dos camas que pueden juntarse), Dani y Victoria serán finalmente quienes duerman en la habitación de Jaime, mientras que Guille y Sandra compartirán el sofá cama del sótano.

¿Qué se hace para comer en una casa con amigos así, recién llegados? Pues macarrones con atún, obvio. Se encarga Dani. Muchos macarrones (porque claro, somos muchos), olla pequeña, poca agua, demasiado tiempo de cocción, tres míseras latas de atún para nueve personas. ¿Resultado? Puto desastre. Dani no vuelve a acercarse a la cocina.

—No sé yo si te cogerían en Masterchef —bromea Guille.

—¡Es que nunca los he hecho para tanta gente!

—Son unos macarrones con atún, ¿vale? —le recrimina Sandra—, no es alta cocina precisamente.

Nos los tragamos como podemos e intentamos digerir esa basura echando la tarde en la piscina, donde tengo una pequeña charla con mi hermano. Lleva un buen rato jugueteando con Sandra en el agua (ahora te hundo, jiji, jaja, besito, ahora me hundes tú, jiji, jaja,

morreo... ya sabéis) y hay un momento en que debe de darse cuenta de que está en plan quinceañero y se me acerca.

—Oye, ¿todo bien? ¿Seguro que estás cómodo con que esté aquí y eso?

—Que síií, pesao. ¿No lo hemos hablado ya?

—Ya, pero me imagino que te resultará raro.

—En realidad no tanto —le confieso—. Como siempre te he contado todo de mis amigos y muchas veces te has acoplado con nosotros cuando venían a casa, no me parece tan fuera de lugar. Además, aunque nos saques tres años, tienes la madurez mental de un niño de la ESO, así que estás muy por detrás de nosotr…

Me gano una ahogadilla antes de acabar la frase y vacío un poco la piscina de Jaime con el agua que trago. Qué bien tener a mi hermano en mi grupo de amigos, **¡yuhuuu!**

Poco antes de que nos pongamos con la cena, y después de pasarme como dos horas tumbado al sol de la tarde junto a Fede, me meto de nuevo en el agua y tengo otra charla, aunque esta vez es Adrián quien se me acerca con una cara que ya me la conozco bien: su cara de *tengounchiste.*

—Atento a este, Sergiete.

—No, no, no. ¿No vas a respetar ni siquiera estos días de descanso y relax sin amargarme la vida con tus chistes?

—¿Sabes cómo se llama la hija de Thor?

—Qué pereza, en serio. A ver, ¿cómo?

—Torrija. La hija de Thor se llama Torrija.

Me giro rápidamente y me sumerjo. Y, con la cabeza bajo el agua, empiezo a descojonarme. Joder, este es bueno, este me ha hecho gracia de verdad. Al momento veo que él también se sumerge y salgo enseguida a la superficie.

—¡Te estabas riendo! —dice echándose flequillo hacia atrás y sacudiéndose el agua de la cara.

—De eso nada, tenía mucho calor y quería mojarme la cabeza.

—Va, ¿por qué eres así?

—Es malo a rabiar.

—Ya, esa es la gracia. ¡Y sabes que tenía gracia!

—Que sí, que sí, lo que tú digas.

Nos quedamos un rato ahí, junto al bordillo, sin saber muy bien qué decirnos. Estar con él sigue provocándome las mismas sensaciones: siempre estoy súper a gusto y, al mismo tiempo, extrañamente incómodo. Los silencios me resultan tensos, enseguida empieza a preocuparme lo que pensará de mí, parecerle alguien aburrido; pero luego noto su energía tranquila y sé que no espera nada en especial, que podríamos estar así durante horas y nunca pensaría eso de mí, que solo disfruta de estar conmigo, sin más. Es algo que solo me pasa con él. Sin embargo, los juegos de Guille y Sandra enseguida nos proporcionan tema de conversación.

—Qué fuerte que al final el lío misterioso de Sandra fuera con tu hermano —me dice.

—Pues sí, ya ves. Me está costando un poco hacerme a la idea, pero creo que ya me empiezo a relajar con el tema.

—Hostia, es que en realidad hacen una pareja cojonuda. Eso sí, es una pena que ya no vayas a tener relación con Olga.

—¿Cómo que no? —bromeo—. Aunque no esté con Guille, ella y yo seguimos siendo íntimos.

—¡Menos mal!

Me muero de ganas de preguntarle por Ciro, solo que no sé cómo hacerlo sin que se piense cosas raras, sin que parezca que me importa que venga acompañado o no, porque es solo curiosidad. ¿Pero qué coño? La mejor forma de no darle importancia a las cosas es, precisamente, haciéndolas sin más, sin darles tantas vueltas, así que me lanzo y que piense lo que quiera.

—Oye, ¿cómo es que has venido solo?

Frunce el ceño divertido y se me queda mirando unos segundos antes de contestar.

—¿Y eso? ¿Con quién pensabas que iba a venir?

—No sé, como el día que nos vimos en Feria trajiste a este chico… ¿cómo se llamaba?

—Ciro.

—Ah, sí, eso. Como me dijiste que era majo y se os veía muy bien juntos…

—Ya. Lo que pasa es que, como aún estamos empezando y llevamos poquito juntos, me daba cosa traerlo.

Emmm, ¿en serio?* *¿Ya van en ese plan?

—O sea, ¿que estáis…? —Empieza a reírse. ***¡Mierda!*** Se me ha tenido que notar algo raro en la cara cuando ha dicho eso—. Joder, ¡ya me estás tomando el pelo otra vez!

—Es que me lo pones a huevo, Sergiete. ¿En serio creías que me iba a traer a Ciro a pasar unos días en casa de Jaime?

—¿Yo qué sé? Parecía que os lo pasabais bien.

—Qué va, eso es porque me había bebido unas cuantas copas. Pero es súper aburrido, no pegamos nada.

—¿De dónde lo sacaste, por cierto?

—Me metí un rato en Grindr hace unos días por curiosear —me explica ***(¡lo sabía!)***—. Me habló, estuvimos un par de días charlando de vez en cuando y me insistió para vernos esa noche en Feria.

Ya, y aprovechaste para traerlo y ver si me provocabas un poquito, ¿no? Que nos conocemos.

—Jo, pues qué pena que al final no cuajara la cosa —le digo sin poder ocultar cierto recochineo.

—Pues sí. Me lo podría haber traído de todas formas para alegrarnos la vista, ¿verdad? Porque bueno estaba un rato.

—Meh, ya sabes que a mí los musculitos…

—Ya, a mí tampoco. Siempre me han gustado más los canijillos.

Toma indirecta.* *Ya te vale.

Se sumerge y se aleja de mí dejándome mudo y con cara de tonto. Para variar. Después me doy la vuelta y, al otro lado de la piscina, sentado en una hamaca, veo a Fede mirándome con atención, conteniendo un poco la respiración y con una sonrisa de labios apretados que no expresa demasiada alegría.

Me pregunto cuánto rato llevará haciéndolo.

25. Duelo al atardecer

He dormido regular. La cama está bastante bien, y en realidad aquí no hace tanto calor ni tanta humedad como en la ciudad, cerca del mar. El problema es que hemos juntado las camas y Fede tiene la manía de pegarse mucho; y vale, en invierno te lo compro, pero ahora… ¡qué agobio!

Salgo de la habitación y me encuentro a Raquel encogida en una silla de la cocina tomándose un café.

—¿Pijama largo? —le pregunto—. ¿En agosto?

—Me he levantado porque estoy helada de frío y Jaime no hace más que huir cuando me acerco. Es súper caluroso.

—Le entiendo.

Son las nueve y cuarto. Calculo que, hasta dentro de una hora o más, no se va a levantar nadie, así que yo también empiezo a prepararme un café.

—¿De qué hablabas ayer con Adrián en la piscina?

—De nada, de tonterías —le digo mientras me echo una cucharada de café soluble. Después me acuerdo de la cara de Fede (que no fue más allá de eso y a lo mejor solo fueron cosas mías) y decido indagar al respecto—. ¿Parecía que estábamos tonteando o algo?

—No, no. Bueno… es que no sé.

Suelto la cuchara, me giro y le echo una mirada en plan: *o concretas lo que estás insinuando, o te tiro el café a la cara. Después de calentarlo un poco más, claro.*

—No se os veía tonteando ni nada de eso. Pero es verdad que, cuando hablas con Adrián… —***Otra puta pausita***— se te ve a gusto, es como que desprendes una energía distinta. No sé cómo explicarlo.

Mira qué bien, con lo lista que es y, justo ahora, se le olvida todo el vocabulario. Mi primer instinto es el de seguir interrogándola, el de averiguar qué es lo que nota en mi actitud cuando se dan esas

situaciones, más que nada por cortarme y no molestar a Fede. Pero mira, ¿sabes qué? Que paso, porque lo único que voy a conseguir si lo hago es rallarme más, comportarme todo el rato de forma artificial y estar aún más incómodo, y ya empiezo a estar hasta los huevos de eso.

Los demás se van levantando poco a poco y echamos la mayor parte de la mañana tirados, sin más. Hay quien se baña cuando ya aprieta el calor, quien se echa unas partidas a la consola y quien se vuelve un rato a la cama después de desayunar, para todos los gustos.

Por la tarde, a eso de las siete y arrugados ya de tanta piscina, decidimos jugar a un juego que propone Dani.

—¿Tienes papel y bolis? —le pregunta a Jaime. Después empieza a explicarnos las normas y, al minuto, llegamos todos a la conclusión de que lo que propone es, básicamente, el Scattergories, solo que en plan casero.

—¿En serio nos hemos traído seis o siete juegos de mesa y vamos a jugar con folios a uno que no tenemos? —se queja Sandra, más que nada por dar por saco.

Decidimos las categorías con las que vamos a jugar: nombre, animal, ciudad, comida, película y marca; dejamos claro que, el primero en completar todas las categorías con la letra que salga, parará el tiempo y todos los demás dejarán de escribir al instante *(Pero, ¿y si tengo una palabra a medias? Al instante, Sandra. ¿Y si solo me faltan dos letras para…? ¡Al instante, Sandra, joder!)*; por último, aclaramos que cada palabra acertada valdrá diez puntos y cinco si la repite otra persona. ¡Todo listo para empezar!

—Sois conscientes de que Raquel nos va a destrozar, ¿no? —dice Victoria.

—Qué va, soy malísima en este juego, me pongo nerviosa y me bloqueo.

No exagera. La primera letra que sale es la P y Raquel solo consigue escribir dos palabras antes de que Fede pare el tiempo. Y no mejora mucho sus resultados conforme avanza el juego.

Vamos jugando rondas y más rondas. Cuando nos salen letras como la K, la Y o la X (para sortear la letra estamos usando una

app), a veces las descartamos y otras veces lo intentamos con resultados lamentables que provocan muchas risas. Con la Ñ ya ni te cuento.

Pronto se hace evidente que hay dos personas que despuntan en este juego. Sí, habéis acertado: para mi desesperación, son Fede y Adrián. ***¡Maravilla, oye!*** Van casi a la par en puntuación y el noventa por ciento de las veces es uno de ellos quien para el tiempo y nos obliga a todos a soltar el boli con varias categorías por rellenar. Y, como el pique entre ellos es más que obvio, empiezo a ponerme nervioso.

Cuando ya hemos hecho casi todas las letras que pueden hacerse, los dos tienen una puntuación muy similar, con una ligera ventaja para Fede. Decidimos echar la última ronda y, cuando Dani le da por tercera vez al botón para que la app nos busque una letra que no haya salido ya, sale la U y empezamos a pensar rápidamente para completar las categorías.

—¡Ya! —anuncia Adri tras escribir a toda pastilla la última palabra. Madre mía, si yo escribiese a la velocidad que están escribiendo Fede y él, no lo descifraba ni un grafólogo de la CIA.

Fede suelta el boli a regañadientes. Se ha quedado a medias de la última palabra, tiene la mandíbula apretada y juraría que oigo cómo rechinan sus dientes.

—Venga, Adri —dice Dani—. Con la letra U, dinos tus palabras.

Se toma su tiempo, el tío. ¿Alguien diría que está disfrutando de su posible victoria? ***Yo, yo lo diría.***

—Nombre, Úrsula. Ciudad, Úbeda. Comida, uvas. Marca, Uber. Y, como animal… el unicornio de mar.

A Fede se le escapa una risita de esas que no auguran momentos divertidos.

—¿El unic…? ¿Eso es un animal? —pregunta sin poder disimular su indignación.

—Lo vi en un documental —responde Adrián muy orgulloso mientras Raquel, rápida como siempre (menos para el juego este, claro) saca su móvil y empieza a buscar el animal en cuestión.

—Ya —le concede Fede—. Lo que no sé es si eso vale, ¿no? Porque imagino que, *unicornio de mar*, es como se le conoce vulgarmente, pero el animal tendrá otro nombre.

Adrián sonríe y, escenificando que no quiere entrar en disputas (pero vaya si quiere), levanta las manos y apela a la decisión del grupo.

—Bueno, imagino que sí, pero no sabía que buscábamos los nombres científicos de las cosas. Si queréis lo anulamos, no tengo problema.

—A ver, según pone aquí, realmente es el *narval* —nos explica Raquel—. Su nombre científico es *Monodon monoceros*, y habita en los mares de…

—Ya, tía, no nos leas toda la Wikipedia —le dice Sandra.

—Así que sí, realmente *unicornio de mar* es más bien el nombre por el que se le conoce de forma más popular. No sé qué deberíamos hacer en este caso —acaba Raquel.

Lo discutimos durante un par de minutos mientras Fede y Adrián, lo noto, se aguantan la mirada tensando el ambiente hasta tal punto que me resulta agobiante. Estoy por fingir que me ahogo con un cacahuete o algo y a tomar por culo el jueguecito.

—No pasa nada, es igual —dice Adrián al final—. Se anula y ya está. Si la cosa era pasárselo bien, ¿no?

Todos miran a Fede para saber si está conforme. Él levanta los hombros y, de repente, cambia la expresión y también actúa como si le diera igual. ***¡A buenas horas!***

—Claro, ya está. ¿Qué más dan los puntos?

—Pues nada, entonces Fede ha ganado —dice Sandra levantándose y arrugando su hoja de papel—. Vamos a dejarlo ya, por dios. Dani ya no puede ni cocinar ni elegir juego.

—¡Pero si ha estado guay! —se queja él.

Empezamos a recoger y yo respiro aliviado.

Puta mierda de situación…

Un rato después empezamos a hacer hamburguesas en la barbacoa de fuera. Y madre mía, ¡qué bien huelen! ¿Cómo puede ser que

tenga hambre, si llevo dos días picoteando sin parar y sin mover el culo más que de la piscina a la hamaca, de la hamaca al sofá y del sofá a la cama?

Le digo a Jaime que a mí me haga dos.

Cuando ya lo tenemos casi todo listo, con la mesa puesta y las últimas hamburguesas humeando a punto de saltar de la barbacoa al pan, a Fede le suena el móvil. Y por la cara que pone cuando ve el nombre que aparece en la pantalla, intuyo que todo está a punto de dar un vuelco.

Se mete en la habitación para hablar tranquilamente. Yo me quedo fuera y, aunque no oigo exactamente las palabras, sé por su tono que no está siendo una conversación tranquila: discute con alguien, argumenta durante un rato, se queja y pide explicaciones. Cuando dejo de oír su voz unos segundos e imagino que ya ha colgado, decido entrar.

Me lo encuentro sentado en la cama abatido, con la mirada perdida en el suelo.

—Fede, ¿estás bien? ¿Qué pasa?

—Pues que voy a tener que irme, eso pasa.

—¿En serio? Pero, ¿por qué?

Me cuenta que le ha llamado un compañero del estudio y que, al parecer, se está liando una muy gorda, porque al director del proyecto se le han cruzado los cables de repente, ha discutido con no sé cuántas personas más y ahora, a contrarreloj, se le ha metido en la cabeza que quiere rehacer por completo algunas cosas.

—Joder, ¡pero si ya prácticamente habías acabado con eso!

—Pues ya ves, tengo que estar allí pasado mañana para una reunión de todo el equipo a primera hora. Pero vamos, que este viaje así, de repente, me lo pagan ellos, porque encima los billetes me van a costar un dineral. Si es que quedan.

Empieza a buscar billetes en el móvil y yo me quedo allí plantado sin saber muy bien qué hacer. Se nos acaba de joder la semana y no tengo claro si yo debería quedarme en la casa o irme con él (no a Barcelona, claro, sino volverme a Málaga). De normal no lo consideraría, me quedaría con mis amigos y punto; pero, estando Adrián aquí…

—Hay un tren que sale mañana a las doce y quedan billetes —me informa mientras sigue manipulando el móvil a toda velocidad—. Cogeré ese.

—Vale.

Qué hago, ¿le pregunto si tiene problema en que yo me quede aquí estando Adrián? Él no ha manifestado en ningún momento que le moleste la presencia de Adri, al menos en estos últimos días, aunque es verdad que hace unas semanas era distinto y que hace un rato, en la partida del Scattergories, saltaban chispas entre ellos. Pero claro, si yo lo planteo… ¿no estaré dándole a entender que debería preocuparse? Y, si no lo hago, ¿estaré siendo desconsiderado con él?

Ufff, ¡yo qué sé!

—Intentaré solucionarlo lo más rápidamente posible y volver pronto —me dice mientras termina de hacer la compra—. A ver si aún me da tiempo a disfrutar de la casa algún día.

Al final lo dejo estar. Soy incapaz de decidir cuál es la mejor opción y opto por no plantearle nada.

—Vale.

En cuanto soluciona el tema del viaje, salimos y les explicamos al resto lo que ha pasado mientras nos comemos las hamburguesas ya frías. Fede, el pobre, tiene que contestar un montón de preguntas que seguro que no le apetecen nada sobre el progreso del proyecto, su trabajo en él y lo que va a implicar este contratiempo. Mientras tanto, yo vigilo disimuladamente la expresión de Adrián, que escucha la explicación sin dejar de comer, sin intervenir y sin que ninguna reacción, positiva o negativa, asome por su rostro.

Pero intuyo que muy triste no estará.

26. De nuevo tu nombre

Acompaño a Fede hasta el coche. Le llevo la bolsa con la ropa y las cosas que se había traído; como no tiene claro cuándo va a volver, ha preferido llevárselo todo. No tiene muchas ganas de hablar, y lo entiendo perfectamente: es una putada tener que irse ahora porque a un idiota se le haya antojado cambiar los planes de todo un equipo de gente. Anoche intenté animarle haciéndole ver que, al final, cuando todo haya acabado y haya formado parte de algo que le va a abrir muchas puertas, seguro que habrá valido la pena. Pero no me dio la impresión de que mis palabras le llegaran, la verdad.

Me quedo junto a él mientras se sienta, se pone el cinturón y arranca. Después avanzo en paralelo al coche cuando recorre el camino de entrada. Cuando llega al portón, se detiene.

—Bueno, pues ya te iré contando cuando sepa exactamente de qué va la cosa, ¿vale?

—Sí. ¡Ánimo! Espero que todo se resuelva lo más rápido posible.

—Gracias, nene, yo también lo espero.

Me agacho, introduzco la cabeza por la ventanilla y le beso. Después acelera de nuevo y se aleja, y yo me quedo mirando cómo su coche se va haciendo cada vez más pequeño a medida que desciende por el camino en dirección a la ciudad. Cuando desaparece, me quedo un rato más ahí plantado, con la mirada perdida en los pinos del Parque Natural de los Montes, en ese verde castigado por el sol del larguísimo verano de Málaga. Un minuto, dos, cinco… Hasta que me siento idiota.

¿Por qué será que tengo miedo de volver dentro con los demás?

Me mantengo el resto de la mañana y el principio de la tarde en perfil bajo. Oigo las conversaciones de mis amigos, las peleas entre Sandra y Dani me arrancan alguna que otra sonrisa, pero no echo leña al fuego en ninguna de ellas, ¡y mira que suele gustarme! Después de comer, cuando todos se enganchan a un reality de gente

que tiene citas con desconocidos en pelotas, yo me voy solo a la piscina, saco el libro que me he traído y empiezo a leer; tres páginas después, me doy cuenta de que no me estoy enterando de nada.

Al rato sale Dani y me pregunta qué me pasa. Y el caso es que no lo sé.

—Supongo que te habrás quedado jodido con lo de Fede.

—Pues no sé qué decirte, eso es lo raro. A ver, sí, me sabe mal por él y preferiría que no le hubieran hecho esa putada, pero el caso es que…

Me muerdo la lengua antes de seguir hablando, antes de verbalizar lo que se me acaba de pasar por la cabeza.

—¿El caso es que…? —me interroga Dani.

Al final decido hablar. Es la única forma de comprender lo que me pasa; y, si tengo confianza con alguien, es con Dani.

—Me siento culpable por lo que voy a decir, pero creo que, al irse, me he sentido como aliviado. Descansado.

Se sorprende al oírme, aunque luego medita mis palabras y empieza a asentir lentamente.

—Supongo que tiene lógica —admite para mi alivio—. Es que eso de estar aquí encerrado con tu novio y con tu ex… Se te notaba todo el rato en tensión, como alerta. No sé, yo no habría podido.

—¿En serio se me notaba?

—Hombre, sabes que yo soy cero de captar esas cosas y no me entero de nada, pero Sandra y Raquel lo comentaban ayer mientras hacíamos las hamburguesas. Y, cuando jugábamos al juego ese de las palabras, hasta yo noté que estabas más tieso que un palo. Y no era para menos, porque les faltaba escupirse a la cara.

—He estado muuuy incómodo con todo esto, la verdad.

—Bueno, pues ahora relájate un poco y deja de sentirte culpable por ello. ¡Disfruta de la casa y de nuestra compañía! —me dice dándome una palmada en el hombro—. La putada es que, de los dos, haya sido tu novio el que se ha tenido que ir, ¿no?

(. . .)

—¿Sergio?

—¿Eh? Sí… Sí, claro.

Por la noche no hay muchas ganas de fiesta. Llevamos dos días acostándonos a las tantas y, aunque luego no madrugamos y nos quedamos dormidos más de una vez en las hamacas, hay cierto cansancio acumulado. Por eso cenamos, nos echamos unas copas mientras charlamos y jugamos una partida al Carcassonne y luego, como un goteo, la gente empieza a irse a la cama.

Todos menos yo.

Y menos Adrián.

Nos quedamos en el sofá recogiendo el juego de mesa mientras Jaime y Raquel se van.

—¿Te vas a acostar ya, Sergiete? —me pregunta.

—Supongo que me iré a la cama y me quedaré leyendo un rato hasta que me entre el sueño. ¿Y tú?

—Yo tampoco tengo sueño —dice cogiendo el mando de la tele y dejándose caer de nuevo en el sofá a mi lado—. Oye, no hemos hablado mucho hoy, ¿no? ¿Me estás evitando o qué?

—Mira que eres idiota. En realidad, hoy no he hablado mucho con nadie.

Se pone a navegar por los menús de varias plataformas. Al parecer, el padre de Jaime está suscrito a todos los servicios de streaming habidos y por haber. Al hacerlo, pasa por varias series de anime de las que vimos cuando estábamos juntos: *Jujutsu Kaisen, The Rising of the Shield Hero, Spy x Family*…

—¿Te acuerdas de esta? —dice al pasar por *Black Clover*—. A ti te encantaba. ¿Has seguido viendo anime desde que…?

—No, la verdad es que no —contesto rápidamente para que no acabe la frase.

—En realidad yo tampoco. Cuando intentaba ponerme alguna serie que me recomendaban, me resultaba… raro, no sé.

Entiendo perfectamente lo que quiere decir: esa sensación de que algo queda ligado a una persona y, por mucho que te gustara, sin ella ya no tienes ganas de hacerlo. Y, si le pasó a él, que era aficionado al anime antes de conocerme, imagínate a mí, que antes de estar con él no me había interesado en absoluto por el género.

—Oye, pero sí que seguirás escribiendo, ¿no?

—Sí, ya te dije que sí.

—Todavía recuerdo el relato que me escribiste en nuestro primer aniversario, ese en el que hacías un resumen de nuestro primer año juntos.

Me tapo la cara con las manos.

Dios, ¡qué vergüenza!

—Madre mía, seguro que era una cursilada horrible.

—¿Qué dices? —me grita indignado—. Era súper bonito, cuando quieras te lo dejo y lo compruebas.

—Eeeem, ¿en serio lo tienes aún?

Sonríe tímidamente y desvía la mirada. Joder, no eran más que dos hojas de papel, no puedo creerme que lo haya conservado. Pero bueno, ¿acaso no tengo yo bajo mi cama, en una caja de zapatos bien guardada al fondo de uno de los cajones, el álbum de fotos que me regaló él ese mismo día, o tantas otras cosas con las que me sorprendió mientras estuvimos juntos?

—No pienso deshacerme de eso nunca, Sergiete —me dice—. Pase lo que pase a partir de ahora entre nosotros, no lo pienso tirar.

¿Pase lo que pase a partir de ahora?

Adrián sigue comportándose como si aún hubiese partido, como si aún pudiese ganar, y yo tomo conciencia de que espera una decisión por mi parte y que, más pronto que tarde, tendré que dejarle claro lo que hay.

Porque tenerlo claro... lo tengo.

—¿Nos ponemos una peli? —dice de repente sacándome de mi mundo.

—¿Ahora? Me parece un poco tarde.

—¿Qué más da, si no tenemos sueño?

—No sé yo si me apetece.

Pero él ya está navegando entre las diferentes opciones y buscando una película. Siempre va a la suya: tiene una idea y sigue adelante pase lo que pase. Debería molestarme, pero, en situaciones como esta, me hace gracia, no puedo evitarlo.

—¡Mira! No me lo creo. ¡Está *Your name*!

Ay, madre... La película que me puso en su portátil la primera vez que fui a su casa a estudiar Mates, cuando nos

tumbamos juntos en su cama, bien pegados; la misma que me regaló unas semanas después en mi cumpleaños, la primera noche que dormimos juntos en una cama del piso de mis abuelos. Ya es casualidad, joder.

—Voy a ponerla.

—¿Qué dices? —me quejo—. ¡Si ya la hemos visto!

—Pero es súper bonita, y es la primera peli que vimos juntos, ¡no me seas rancio! —dice dándole al play y pasando de mí.

Estoy a punto de decirle que yo casi me voy a la cama, que prefiero tumbarme, leer un rato y ya me irá entrando el sueño.

Pero entonces empieza la peli.

Esa animación, esos personajes, esa música…

Me quedo sentado en el sofá. *Solo el principio*, me digo: *veo un rato y me voy a leer a la cama*. Vaya forma de engañarme, ¿quién es capaz de dejar a medias esta película? Entonces noto que Adrián se me acerca y todo mi cuerpo reacciona poniéndose rápidamente en tensión.

Apoya su cabeza en mi hombro.

Se acomoda.

Se lo permito.

Sigo tenso unos segundos, pero no me cuesta nada acostumbrarme al roce de su cuerpo, al olor de su pelo, al calor que desprende su cercanía, porque todo me resulta muy familiar.

Familiar… e increíblemente agradable.

Poco a poco me voy relajando. La oscuridad del salón ayuda, el volumen bajo del televisor también. Y luego está el sofá, que es comodísimo y te atrapa.

—Me encanta esta película —dice, y aunque no se los veo, sé que sus labios están curvados ahora mismo en una enorme sonrisa.

—¿Vas a dormirte como la primera vez que la vimos? —le pregunto intentando picarle.

—Es posible. Pero no te preocupes, que me despertaré a tiempo para verte llorar con el final.

Ahí te la ha devuelto, Sergio.

—¿Qué le hago? Es que lo que pasa al final…mola mucho.

—Sí, es verdad. Se buscan. Se reencuentran. Vuelven a estar juntos.

Ahora soy yo quien sonríe en silencio. No se me escapa lo que está haciendo, el mensaje que me envía a través de la película.

Se lo concedo.

—Es un final increíble —añado después de un largo silencio.

—Sí que lo es.



27. El retorno de los Sabios

No acabamos de ver la peli. A decir verdad, no sé hasta dónde llegamos, ni quién de los dos se ha dormido primero. Lo único que sé es que son las seis y media de la mañana, que la televisión está apagada y que la cabeza de Adrián sigue sobre mi hombro.

Bueno, sé otra cosa más, o dos en realidad: que me duele el cuello que me quiero morir y que me he quedado helado de frío. No es que la temperatura baje mucho durante la noche, pero aquí, entre el ventanal y la puerta que da a la terraza abierta, hay una corriente que me está matando, literal.

Me muevo con cuidado, por el dolor de cuello y por no despertar a Adrián. Joder, ¡encima se ha enganchado a mi brazo! Él poniendo las cosas fáciles, como siempre. Supongo que lo ha hecho por el frío. Afortunadamente, es de los que no se despiertan así como así, lo que me permite ir escabulléndome poco a poco cual serpiente e ir dejando que se acomode de nuevo sin llegar a abrir los ojos en ningún momento. Consigo que sus manos se vayan desenganchando de mi brazo, luego ir retirando el hombro y dejando un cojín en su lugar, y finalmente me levanto muy despacio. Me cuesta un buen rato, pero al final lo consigo; él se tumba en el hueco que he dejado y, dos minutos después, su respiración vuelve a ser regular y profunda.

Ya puedes irte, Sergio, ¿qué haces ahí plantado mirándole tanto tiempo?

Me dispongo a marcharme a mi habitación para seguir durmiendo al menos un par de horas más en la cama, con el cuello y la espalda rectos y, si es necesario, tapado con una sábana. Ese pensamiento hace que me vuelva de nuevo hacia Adrián.

Al otro lado del sofá, hecha un gurruño, hay una sábana que Raquel, como buena señora que es, se echa algunas noches por

encima de las piernas cuando tiene frío. La cojo, la desdoblo un poco y se la echo a Adrián por encima con cuidado.

¿Qué?

¿Es que tenéis que opinar de todo?

¡Mira, yo me voy a la cama!

Me levanto casi a la hora de comer. Pretendía dormir un par de horas y se me ha ido la cosa de las manos. Eso sí, ni rastro del dolor de cuello, ¡menos mal!

Decidimos salir a hacer una pequeña ruta para caminar un poco antes de comer. Lo propone Sandra y a todos nos cuesta bastante arrancar, pero, como llevamos ya varios días hinchándonos a comer y beber y sin mover el culo, lo cierto es que no nos viene nada mal.

A la media hora yo estoy que no puedo con mi alma; ya sabéis que el ejercicio y yo… El entorno es precioso, y llegamos a un mirador con unas vistas de la ciudad y del mar que son increíbles. Todo muy bien, pero, ¿dónde está el oxígeno, por qué no me llega? ¿Y por qué tengo ya la camiseta pegada al cuerpo? Qué calor, madre mía, no me puedo creer que hace unas horas estuviera tapándome con una sábana.

Cuando emprendemos el camino de vuelta ***(igracias, dios!)***, Guille se me acerca.

—Oye, ¿sabes ya cuándo vuelve Fede?

¡Hostia, Fede! Desde el Whatsapp que le he enviado nada más levantarme para darle los buenos días, no he vuelto a decirle nada más, ¡y hoy tenía la reunión esa! Saco el móvil de mi bolsillo y compruebo si ha intentado ponerse en contacto conmigo. No tengo ninguna notificación, así que seguirá en la reunión y estará liado ahora mismo.

—Supongo que luego me dirá algo —le contesto.

—Imagino que tendrás muchas ganas de que vuelva, ¿no?

Freno un poco el paso y me quedo mirándolo con la ceja levantada. Su tono… Hay algo raro en el tono que ha usado para hacer esa pregunta, que ya me lo conozco yo: una insinuación que no me gusta ni un pelo.

Lo cierto es que anoche tampoco le dije nada a Fede antes de dormir, mi último mensaje se lo envié antes de la cena; porque claro, la noche fue un poco… inusual. Tenía pensado escribirle o llamarle antes de acostarme, pero luego surgió lo de la peli, me quedé dormido en el sofá y… en fin, ya sabéis. Recordar eso hace que vuelva la mirada hacia Adrián.

Va caminando con Jaime, ambos riéndose de a saber qué. Me siento confuso, porque lo que pasó anoche… será una tontería, pero fue como muy de pareja, ¿no? Que no me sorprende por parte de Adrián, porque ya sé a qué está jugando, pero, ¿por qué le dejé acomodarse de esa forma conmigo? Podría haber salido del paso soltando alguna broma, recolocándome y fingiendo que me aplastaba y haberle obligado de buen rollo a acomodarse en su lado del sofá. Y, sin embargo, me quedé ahí: cómodo, a gusto ***(¿feliz?)***, hasta el punto de quedarme dormido. ¿Por qué hago esas cosas una y otra vez?

A media tarde surge una conversación que me hace entender al fin el tonito de Guille de antes. Jaime y Adrián cogen el coche y se van a comprar algunas cosas que ya empiezan a escasear (básicamente, cervezas, patatas fritas y guarrerías de todo tipo) y, en cuanto salen por la puerta, empieza una nueva sesión del *Consejo de Sabios de la Montaña*, que se encuentra por fin al completo más la incorporación de Guille y que, por primera vez en su historia (y gracias a lo acertado que estuvo el padre de Jaime al comprar la casa precisamente aquí), se reúne en una montaña de verdad.

Es Sandra quien decide por su cuenta (para variar) que es el momento de tener una conversación. Estamos todos en la piscina, algunos bañándose, otros en las hamacas y otros, como Dani y yo, sentados en el bordillo tomando una cerveza.

—Oye, Sergio, ¿qué tal anoche con Adrián? —suelta de repente. Yo termino el trago que estaba echando, suelto la lata y me preparo para lo peor.

—¿Y esa pregunta a qué viene?

—Nada, como ayer por la noche Guille se levantó a beber agua y os vio acurrucados en el sofá durmiendo…

—¿Perdonaaa? ¿Acurrucados?

—Hombre, antes de apagar la tele os hice una foto y todo —dice Guille haciendo el amago de ir a por su móvil. ***¿Una foto? ¿Pero este de qué coño va?***—. Que no, ¡que es broma! —rectifica viendo mi cara de terror—. Pero estabais súper monos, te lo tengo que decir.

—Mira, ¿yo qué sé? —les respondo intentando zanjar el tema rápido—. Nos quedamos hablando, puso una peli y… en fin, nos quedamos dormidos, ya está.

—Ya, pero hay formas y formas de que dos personas se queden dormidas en un sofá, también te lo digo —añade Raquel, que, detrás de esas gafas de sol tan enormes que parecen dos televisores apagados, hasta ahora parecía que estaba dormida.

—¿Estáis intentando decirme algo?

Sandra levanta la mano pidiendo la palabra como si tuviera seis años y estuviera en el cole.

—Miedo me das. Va, dispara.

—Te lo voy a decir claramente: Adrián te puede. Con él te dejas llevar, pierdes muchíííísimo el control. Que oye, no digo que esté mal si es lo que quieres, pero…

—¿Pero qué? —le pregunto.

—Pues que, si no es lo que quieres —interviene Victoria—, si estás seguro de que lo que realmente quieres es estar con Fede, entonces a lo mejor deberías evitar esas situaciones con Adrián que te hacen perder el control.

—Ya. Pero eso aquí, pasando tantos días juntos en una casa, es un poco difícil, ¿no? —me quejo yo.

—Claro, porque antes de llegar aquí lo tenías todo bajo control ¿verdad?

Le echo una mirada asesina a Guille. ¿Os he dicho ya que es maravilloso tenerlo en mi grupo de amigos? Aunque, si lo piensas, antes tenía que soportar las charlas y las bromitas sobre Adrián por partida doble: las de mi grupo de amigos por un lado y luego, en casa, las de Guille. Ahora todos los tocapelotas están en un mismo grupo, es casi una ventaja.

—Vuelvo a repetir —dice Sandra—: todo eso, en caso de que estés SEGURO de que quieres seguir con Fede.

Todos me observan. Ahora es cuando debería reafirmarme, cuando debería dejarles claro que estoy seguro.

Pero, por primera vez, me quedo callado.

—Tía, córtate un poco, que se nota demasiado que eres *Team Adrián* —le recrimina Dani.

Ella se ríe.

—Ya, claro. Como si fuera la única.

Disimuladamente, algunos callan y otros aprovechan para cambiar de tema.

Serán cabrones…

Tengo tres llamadas perdidas y algún que otro mensaje de Fede. De las dos primeras llamadas no me he enterado, debe de haberlas hecho cuando estábamos hablando en la piscina y tenía el móvil en el salón. La última, la que me ha hecho hace diez minutos, sí la he oído.

No se la he cogido por culpa de estos subnormales, que me han dejado muy rallado con sus tonterías y, la verdad, no quería hablar con él teniendo todo eso en la cabeza. Pero voy a devolverle la llamada antes de que la situación sea más rara.

Me responde contento de que podamos hablar al fin. Me explica que al final la cosa no ha resultado ser tan dramática: efectivamente, van a hacer algunos cambios y a rehacer cosas, pero, a él en concreto, no le va a suponer un aumento muy significativo del trabajo.

—Yo creo que, si encuentro tren, mañana por la tarde puedo estar ahí de nuevo, ¿qué te parece?

Mañana. ¿Tan pronto?

—¿Me oyes, Sergio?

—Sí, sí. Pues… genial, ¿no?

Después de cenar me quedo con Raquel colocando las cosas en el lavavajillas. Los demás están partidos de risa en la terraza, se les

oye perfectamente desde la cocina (y, probablemente, desde Santiago de Compostela). Y, mientras lo hago en silencio, las palabras de Sandra me vienen a la cabeza una y otra vez.

En caso de que estés SEGURO de que quieres seguir con Fede.

Solo me quedan un par de platos y unos pocos cubiertos por colocar, pero alargo el momento para poder hablar con Raquel. Las conversaciones con el grupo están bien, pero hablar con ella a solas siempre me aporta mucha más claridad y un punto de vista más sensato.

—Oye, Raquel, ¿crees que me estoy engañando? —le pregunto antes de soltar el último plato—. Con lo de empeñarme en estar con Fede, ¿crees que me estoy engañando?

Ella se encoge de hombros intentando evadir la respuesta. Pues la lleva clara.

—Tía, mójate, dime lo que piensas —insisto.

—¿Por qué tengo que mojarme?

—Joder, porque eres mi mejor amiga.

—Que no te oiga Sandra —dice orgullosa.

—Sandra no cuenta, que no se hubiera colado en mi familia.

Raquel se ríe con mi comentario, se sienta sobre la mesa de la cocina y me observa valorando durante unos segundos si debe hablar abiertamente o no, que ya me la conozco después de tantos años.

—Mira, Sergio, ¿quieres que te diga lo que pienso de verdad?

Le digo que sí, aunque con la boca pequeña, porque empiezo a imaginar por dónde van a ir los tiros y voy viendo que todas las opiniones apuntan en la misma dirección. Entonces lo suelta.

—Nunca, jamás, he visto a nadie tan enamorado de otra persona como tú de Adrián.

Lo que me temía. Rotunda, clara, segura. Eso me pasa por preguntar.

—¿Como lo estaba yo de Adrián, quieres decir?

Vuelve a reírse, ahora de mi ingenuidad.

—No. No es eso lo que he dicho.

Llevo una hora en la cama dando vueltas. Esta noche hace muchísimo calor, no hay quien duerma ni siquiera aquí, en el campo. A media tarde ha cambiado la dirección del viento y, de repente, parece que alguien ha encendido el horno con ventilador incluido: el aire es tan seco y ardiente que te hace echar de menos la humedad pegajosa de siempre.

No es el único motivo por el que no puedo dormir, claro está. Por si el calor no fuera suficiente, no paro de calentarme la cabeza pensando en Fede, en su vuelta a Málaga. Debería haberme alegrado cuando me ha dicho que volvía mañana, debería estar deseando aprovechar con él los días que nos quedan en la casa, y resulta que, en vez de eso, visualizarlo aquí de nuevo me produce una ansiedad que no puedo seguir ignorando.

Para rematarlo, mi cabeza vuelve cada poco tiempo a ese momento de anoche con Adrián en el sofá, incluso a la conversación que tuvimos en el parque hace semanas, cuando me enteré de que quería quedarse. Ya sé que hace tiempo de eso y que ya dediqué un montón de horas a darle vueltas, pero no puedo evitarlo: sigo repasando mentalmente lo que nos dijimos ese día, cómo reaccionamos los dos a cada contestación, y sigo con aquella última mirada suya, esa con la que declaraba estar dispuesto a conseguir lo que quería, grabada a fuego en mi mente.

Las señales se acumulan de forma cada vez más rotunda: los comentarios de todos mis amigos, esta sensación extraña que me produce la vuelta de Fede, Adrián colándose en mis pensamientos una y otra vez…

Agobiado, me levanto de la cama de un salto. Necesito abrir la puerta, salir de la habitación, beber agua, ¡lo que sea! A veces, cuando hay tanto ruido en mi cabeza que no puedo dormir, la única forma de eliminarlo y resetear es levantarme, estar un rato en cualquier otro sitio y después volver a la cama.

Salgo de la habitación y voy a la cocina. El agua de la nevera está helada, que es lo que apetece. Mi padre me echaría la bronca, me diría que eso es malísimo para la garganta; pero, para él, ver pasar una mosca es malo para la garganta, así que… Me bebo un vaso del tirón y luego medio más, guardo la botella y cierro la

nevera. Voy al salón y me siento un momento en el sofá mientras intento quitarme el agobio de encima. Normalmente aquí se está genial con la corriente, pero, como esta noche el aire es caliente, casi mejor cerrar las ventanas y que no entre.

Me levanto para hacerlo cuando de repente oigo un chapoteo. ¿Quién puede estar en la piscina a estas horas? (cosa que, por otro lado, y tal y como está la noche, no es para nada mala idea). Dejo la ventana a medio cerrar y me asomo por la puerta que da a la terraza. Allí, de espaldas a mí, sumergido hasta la cintura, veo a Adrián. Cómo no.

Me quedo junto al marco de la puerta, embobado, viendo cómo los focos de la piscina y el movimiento del agua proyectan destellos azules que bailan en su piel mojada. En el bordillo, junto a las escaleras, hay un botellín de cerveza recién abierto al que no debe de haberle dado más de un trago, y empiezo a pensar en la posibilidad de volver a la nevera, coger otro y acompañarle un rato. Luego avanza hacia el fondo, se sumerge casi por completo y, cuando empiezo a perderlo de vista, me descubro aupando mi peso y poniéndome ligeramente de puntillas para mantenerlo en mi campo de visión.

¿Pero qué hago?

Mis talones vuelven al suelo, abandono el marco de la puerta y me meto en el salón. De esto era precisamente de lo que hablaba esta tarde con mis amigos: de no dejarme llevar, de evitar este tipo de situaciones que me hacen perder el control; y ya ves, solo unas horas después, ya estoy pensando en meterme de lleno en una. Pero joder, hace muchísimo calor, el agua de la piscina y la cerveza son una tentación difícil de ignorar, y además…

Además, Fede vuelve mañana.

Fede vuelve mañana, sí, y siento… siento que hay algunas cosas que tengo que aclarar con Adrián antes, cosas que, si no hablamos ahora, sé que no me van a dejar tranquilo, que necesito cerrar.

Así pues, dejo de pensar. El ruido de mi cabeza desaparece al fin dejándome una sensación de paz que resulta reparadora. Aunque sé que no va a durar mucho.

Me acerco de nuevo a la nevera.
Cojo una cerveza.
Salgo a la terraza.

28. Exhausto

El césped amortigua mis pasos y no percibe mi presencia hasta que estoy prácticamente junto al borde. Cuando se gira y al fin me ve, se queda serio durante un instante; luego su expresión cambia sutilmente y son sus ojos, más que su boca, los que me sonríen.

—Sergiete, ¿qué haces aquí?

—Shhh, baja la voz —le digo abriendo mi cerveza—. Si no, vas a despertar a todo el mundo.

—¿Tú tampoco podías dormir? Hay que ver el calor que hace esta noche.

Ya, si fuera solo por el calor…

Me siento en el bordillo, junto a su botellín de cerveza, y meto los pies en un agua que, pese a estar algo recalentada por el sol de todo el día, supone un alivio.

—¿Qué te pasa? —me pregunta acercándose poco a poco. Después apoya la espalda en la pared de la piscina y se queda ahí, junto a mis piernas.

Me encojo de hombros porque, la verdad, no sé por dónde empezar ni cómo sacar esos temas que me rondan la cabeza de forma tan insistente. Afortunadamente, él me sigue preguntando y eso da pie a que las cosas vayan saliendo—. Oye, ¿sabes ya cuándo vuelve Fede?

—Cree que, si todo va bien, mañana por la tarde puede estar aquí —le contesto.

—Entiendo. —Se queda un rato en silencio cavilando algo con el agua justo bajo sus labios. Luego me mira y, como si de repente acabara de tomar una decisión, dice algo que me descoloca totalmente—. Entonces creo que mañana debería irme yo.

—¿Cómo? —le pregunto nervioso—. ¿Irte? ¿Y eso por qué?

—Sergio, él y yo aquí… —contesta negando con la cabeza—. Te estábamos dando la semana, es evidente. Yo era consciente de que

eso iba a pasar y, aun así, vine y me empeñé en mantener con él ese pulso tan incómodo, y eso no es justo para ti.

A mí no me engaña: ahora se está haciendo el bueno, el que se preocupa por mí (que no digo que normalmente no se preocupe, pero ya me entendéis), cuando hasta ahora no ha tenido problema en forzar las situaciones una y otra vez para llevarme a su terreno y hasta diría que le resultaba divertido, estimulante.

—Pues mira, te agradezco que al menos lo reconozcas —le digo. Después intento contenerme para no añadir nada más. Sé que quedarme calladito y dejar que se vaya facilitaría mucho las cosas. Sin embargo, no soy capaz—. Pero no quiero que te vayas.

Sonríe de nuevo al oírme.

Idiota, como si no supieras desde el principio que esa iba a ser mi respuesta.

—¿Estás seguro?

—Síií, estoy seguro.

Son palabras que solo van a hacer que mis problemas se prolonguen, pero que a él le causan un alivio evidente, y en ese momento me doy cuenta de lo importante que es para mí hacerle sentir bien.

Luego frunce el ceño y adopta una actitud desafiante.

—Bueno, vale, pues me quedo. O bueno, mejor dicho: me quedo con una condición. —Yo le doy un buen trago a mi cerveza mientras le interrogo con la mirada para que diga de qué se trata—. Si te bañas. Si te metes en el agua.

—¡Sí, hombre! No llevo bañador —le digo señalando el pantalón corto del pijama, la única prenda que llevo (si exceptuamos la ropa interior, claro).

—¡Pero si eso es como un bañador! Venga, ¡métete! —me dice mientras empieza a salpicarme dando manotazos en el agua.

—¿Qué haces, idiota? ¡Que va a entrar agua en las cervezas! Cervezas con cloro, ¡qué asco!

—¡Que te metas!

—Vale, ¡vale!

Suelto corriendo mi botellín y, con un rápido impulso, me dejo caer en la piscina. Total, el asqueroso ya me había dejado el pantalón del pijama empapado.

—¡Ya te vale! —le recrimino.

Está descojonado. ¡Cómo odio que se ría a mi costa!

Bueno, lo odio y… también me gusta.

Le dejo saboreando su victoria y, ya que estoy, me zambullo por completo para quitarme el calor de encima.

—Me lo vas a agradecer —dice cuando salgo de nuevo a la superficie.

Nos quedamos un rato charlando mientras disfrutamos del baño. En el denso silencio de la noche, que solo rompen de vez en cuando las ramas de los árboles al mecerse con las rachas de viento, recordamos momentos vividos, nos contamos algunas cosas que aún teníamos pendientes de estos últimos meses y nos reímos demasiado alto más veces de la cuenta; como también son más veces de la cuenta las que, moviéndonos por la piscina o al gesticular representando una escena, su piel y la mía se rozan, y aunque sea solo un instante, el contraste entre su calidez y el agua fría resulta algo casi irreal, eléctrico, que hace que nuestras miradas se crucen.

—Oye, me gustó lo de anoche —dice tras un breve momento de silencio.

—¿A qué te refieres?

—Lo de la peli. Que vale, en realidad no la vimos, pero ya sabes a qué me refiero.

—Sí, ya. A mí también me gustó.

—Y bueno, gracias por taparme antes de irte —añade sonriendo y vigilando de reojo mi reacción.

—Ah, ¡qué tontería! —le respondo muerto de vergüenza (que es justo lo que él buscaba, claro)—. Es que bueno, cuando me desperté tenía frío y, como la sábana estaba ahí…

—Estuvo bien —dice dando un ligero paso hacia mí—. Aunque habría preferido no despertarme solo, la verdad.

Cuando dice eso, cuando veo que va de nuevo a por todas, de repente me pongo nervioso y no me veo capaz de preguntarle lo que pretendía. Él te lanza las preguntas y las provocaciones así, como si nada, pero a mí me cuesta horrores ponerme en ese plan, entrar en ese juego, así que, cobardemente y de una forma bastante torpe, busco una salida.

—Bueno, el baño ha estado bien, pero creo que me voy a ir ya dentro —le digo intentando que mi voz suene decidida.

—¿Ya? Pero si no te has acabado la cerveza —me contesta claramente decepcionado.

—Ah, ya. Ahora le doy el último trago por el camino.

Empiezo a subir los peldaños y, a medida que voy saliendo de la piscina, caigo en que no tengo toalla con que secarme. Lo hago al notar el viento sobre mi piel; sé que es aire cálido, pero estoy mojado y, como sopla con bastante fuerza, ahora mismo lo siento muy frío. Una vez fuera, algo encogido, no sé muy bien qué hacer ni hacia dónde ir.

—¿No has traído toalla? Qué tonto eres, mira que venir a bañarte y no traértela…

—Te recuerdo que no venía a bañarme, gilipollas.

—Espeeera.

Sale detrás de mí. Si siente frío no deja que se le note, mantiene una pose realmente digna. Al menos al principio. Pero luego, en un gesto cómico que hace que se me escape la risa de nuevo, se encoge y empieza a correr hacia su toalla.

—Joder, ¡es verdad que hace frío al salir!

Se agacha, la coge y, antes de envolverse con ella, se acerca y me la ofrece.

—No, hombre, sécate tú y luego me la das —le digo.

Por un momento parece que va a hacerme caso: se seca rápidamente el pelo y se la echa por encima de los hombros; pero luego se me acerca más, mucho más, me envuelve con los extremos y me obliga a pegarme a él.

—Ven aquí, anda. La toalla es grande, cabemos los dos de sobra —dice divertido mientras se asegura de cubrirme bien.

—Ya te vale.

Nos quedamos así un buen rato. Con los últimos centímetros de toalla se las apaña para secarme un poco el pelo, luego las gotas que resbalan por mi cara. Lo hace con delicadeza, mirándome a los ojos cada poco tiempo y con movimientos deliberadamente lentos.

Sé que podría quedarme así para siempre. Ese es el problema.

Es entonces cuando, sin pensarlo, como si me arrancara del tirón un esparadrapo fuertemente pegado a la piel, le lanzo la pregunta.

—¿Has decidido ya si te vas a quedar en Málaga?

Levanta las cejas. Aprieta los labios. Probablemente está tan sorprendido como yo de mi arranque.

—Pues no, aún no. Dímelo tú.

—¿Que te lo…? —se me escapa la risa—. Imagino que no lo dirás en serio.

De nuevo esa cara, esa mirada de la otra vez.

—Ya sabes de qué depende que me quede o no. De quién depende, mejor dicho.

—No, Adrián, no. No puedes decirme eso.

—Sí puedo. Te lo estoy diciendo.

—Pues no es justo —me quejo—. ¿Yo tengo que decidir en qué ciudad vas a vivir, dónde vas a estudiar y cómo va a ser tu vida a partir de ahora? Es que vamos, es totalmente absurdo.

—A lo mejor es absurdo, pero es así.

¿Y qué le contesto yo a eso? Es que de verdad, ¡me pone de los nervios! Ha venido a jugar en serio, a por todas, y está claro que nada va a hacerle aflojar la presión. Decido entonces, en esa surrealista situación en que nos encontramos los dos pegados bajo la toalla, forzar la situación, intentar ponerle en un aprieto.

—¿Lo decido yo entonces? Pues vale: quiero que te quedes. Pero, ¿lo harás aunque mi relación con Fede siga adelante?

Ahora es él quien deja escapar una risa y desvía la mirada.

—Va, Sergio, no me jodas.

—Entonces lo que me estás pidiendo es que corte con Fede. ¡Dilo claro!

—Corta con Fede —salta de inmediato—. ¿Querías que lo dijera? Pues ya lo he dicho, no tengo ningún problema. Corta con Fede —repite—. Y vuelve conmigo.

Ahora sí va en serio. Se acabaron las insinuaciones, los rodeos, los dobles sentidos. Todo queda reducido a una petición clara y concisa.

No sé cómo consigo aguantarle la mirada, una mirada en la que hay ahora súplica, enfado, seguridad, miedo, promesa… todo junto en un torbellino imposible de descifrar. Y tampoco sé cómo consigo resistirme, porque el impulso de rendirme, de hacer exactamente eso que dice y dejarme llevar es inmenso. Pero sería lo de siempre: seguir la senda que él me marca al ritmo que él me marca.

Y no puede ser todo siempre así.

Así que, después de un silencio eterno, cierro los ojos y me mantengo firme.

—Voy a volver a la cama —le digo. Y, sin embargo, no me muevo.

—Vete. ¿Qué te lo impide?

—¿La toalla con la que me tienes atrapado?

—Es solo una toalla, no creo que sea tanto problema.

Da un pequeño paso atrás al tiempo que separa los extremos de la toalla abriendo el refugio que había creado para los dos.

Está retándome. Retándome a irme, a separarme de él.

Noto cómo el aire que entra por la abertura recorre mi espalda mientras sus ojos siguen clavados en los míos y, por un momento, temo no poder marcharme, temo pedirle que me cubra otra vez y que siga secándome como estaba haciendo mientras yo le abrazo con fuerza.

¡Que reacciones ya, Sergio!

Doy al fin un paso atrás.

Me giro.

Echo a andar.

—Buenas noches, Adrián.

Sin respuesta.

Me meto en la casa sintiendo aún su mirada fija en mí. Joder, tengo que romper esa línea que nos une, salir de su campo de visión YA, porque si no…

Entro rápidamente en la habitación, cierro la puerta y apoyo mi espalda en ella. Me echo las manos a la cara e intento serenarme, que el corazón vuelva a latirme a un ritmo normal mientras, a mis pies, se forma un pequeño charco con el agua que cae del pantalón de mi pijama aún empapado. Permanezco así no sé cuánto tiempo, pero al final vuelvo a un estado de relativa calma.

Retiro poco a poco las manos de mi cara y empiezo a respirar más lentamente.

Lo he conseguido, he conseguido no dejarme llevar por sus…

TOC, TOC, TOC…

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Agotado, me doy la vuelta. Sé que es él y que solo nos separan unos pocos centímetros, casi puedo notar el calor de su cuerpo atravesando la puerta. Sé a lo que viene.

Y sé que, si abro, no podré negárselo más.

Los segundos se alargan, mi corazón vuelve a percutir de forma obstinada y salvaje mientras pienso qué hacer, mientras le doy vueltas a una situación de la que no sé cómo salir, de la que ni siquiera sé si quiero salir. Y luego me asalta un pensamiento que me ahoga, que me corta la respiración: ¿y si, cansado de esperar, se marcha?

Y otro aún peor.

¿Y si es la última vez que llama a mi puerta?

Ese pensamiento me hace reaccionar, me obliga a ceder. Me separo rápidamente y, con temor de no encontrarlo ya al otro lado, agarro la manilla y tiro de ella con fuerza para abrir la puerta.

Sigue ahí.

Respiro de nuevo.

Aún está mojado, como yo. Tiene el pelo pegado a la frente y unos ojos en los que ya no queda ni rastro de su seguridad; esa mirada vulnerable, suplicante, hace que me rinda aún más.

—Déjame pasar la noche contigo.

—Adrián, yo…

—No puedo más, Sergio —me corta—. Estoy agotado, no puedo más con esta situación.

Joder, ¿y cómo crees que estoy yo?
Exhausto, al límite de mis fuerzas.

—Déjame entrar, por favor, y mañana hablamos de Madrid, de nosotros, de Fede, de lo que sea. Pero ahora solo déjame entrar.

Quiero que entre, lo deseo con todas mis fuerzas, y por un instante estoy a punto de ser yo quien lo agarra y lo arrastra dentro de la habitación.

Ese momento de debilidad es todo lo que necesita para lanzarse a mi boca. Y todo lo que necesito yo para permitírselo.

Me rindo al fin y busco el descanso que tanto necesito en sus brazos, en su cuello, en su pelo, en sus labios.

Le dejo entrar.

29. ¿Y luego qué?

Sus labios no se conforman con los míos. Recorren mi cuello, rozan mi oreja haciéndome temblar. Luego bajan hasta mi pecho, donde se recrean sin prisas, y noto que aún quieren seguir bajando más y más. La sola idea me tiene a punto de explotar.

También los míos quieren recorrer esos mismos caminos una y otra vez, visitar todo su cuerpo, emplear la noche entera en redescubrirlo. Sin embargo, pronto noto que hay algo que me frena, algo que me hace ir a remolque. Disfruto de lo que me hace y quiero hacerle lo mismo a él…

No, quiero hacerle mucho más.

…pero veo a dónde nos lleva todo esto y dos ideas cruzan por mi mente obligándome a pisar el freno.

La primera tiene que ver con Fede. No, a estas alturas, después de cruzar esta línea, no me planteo la posibilidad de seguir con él; si hasta hace unas horas el autoengaño todavía se resistía a desaparecer, después de esta noche tengo claro que lo nuestro ya no tiene sentido. Pero eso no quita para que esto, lo que está pasando ahora mismo, esté mal.

La segunda idea que me frena sí implica a Adrián, y tiene que ver con nuestro pasado y con nuestro futuro. Porque todo esto parece conducir a una nueva etapa en nuestra relación (él está totalmente decidido a que así sea), pero yo no puedo evitar pensar que la última vez no salió bien y que, cuando todo se desmoronó, mi vida también lo hizo. Es el recuerdo de ese dolor insoportable lo que me hace dar un paso atrás, lo que no me permite entregarme del todo.

—Para, Adri.

No reacciona, sus labios siguen pegados a mi piel. No parece oírme siquiera.

—¡Adrián, para, por favor!

—¿Qué pasa? —responde al fin—. Joder, Sergio, ¿no quieres esto?

Madre mía, ¡vaya si lo quiero!

—Sí, claro que sí —le digo mientras él sigue besando mi cuello—. Pero esto no está bien, yo todavía… ¡Adrián, por favor!

Consigo al fin que se separe de mí sin ser demasiado brusco. Él no entiende nada, por supuesto, ¿cómo iba a hacerlo?

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —me pregunta alzando ligeramente la voz, y noto que está empezando a pasar del desconcierto al enfado.

—Que esto no está bien, yo todavía estoy con Fede y no quiero hacerle esto.

—Ya has empezado, ¿qué diferencia hay entre lo que ha pasado hasta ahora y lo que podamos hacer?

—Para mí sí la hay, ya la he cagado bastante con él y no quiero seguir sumando cosas. Además, no es solo eso.

—¿Ah, no? —***Vale, ahora sí que está descolocado de verdad***—. ¿Y qué más pasa?

—¿A dónde nos lleva esto, Adrián? —le pregunto.

—No te entiendo. Ya te he dicho que, lo que yo quiero, es que volvamos a estar juntos. ¿Es que tú no quieres o qué?

—No, no se trata de eso, yo claro que… —A ver cómo se lo explico—. Vale, volvemos —le planteo—. ¿Y qué?

Me mira sin comprender por dónde voy.

—¿Cómo que y qué, Sergio? ¿Puedes dejarte de mierdas y explicarte ya de una vez?

—Lo que quiero decir es que ya hemos estado juntos, y…

Se me ahoga la frase, se me apaga la voz.

Puto dolor*, otra vez el mismo puto dolor de cuando lo dejamos. Ahí sigue.*

—… y no funcionó —consigo continuar después de tragar saliva—. No supimos hacer que funcionara.

—Ya, pero yo estaba en Madrid. Ahora voy a volver y no va a haber distancia entre nosotros. Ese era el problema, ¿no?

—Vale, eso ahora —le concedo—. ¿Pero qué pasará si dentro de unos años, al acabar la carrera o lo que sea, tenemos que separarnos otra vez? Yo seguramente querré estudiar algo en otro

sitio, y más adelante es fácil que nos salga a alguno un trabajo fuera de aquí, ¡no sé!

Se toma un momento para respirar. Se sienta en el borde de la cama y noto que intenta calmarse, reconducir la conversación.

—Vale. Vale, entiendo lo que quieres decir, entiendo que tengas ese miedo. Pero no sé, haremos que funcione.

—¿Sí? ¿Por qué, si no lo conseguimos la otra vez?

—Teníamos dieciocho años, Sergio.

—Ya, y ahora tenemos dos más, tampoco hemos podido madurar tanto.

—Joder, ¿por qué lo haces tan difícil? —salta enfadado.

—¿Que yo lo estoy haciendo difícil?

—Sí, siempre haces que las cosas sean muy complicadas. Después de lo de esta noche creí que estaba todo claro. Tú quieres esto, yo quiero esto. ¿Por qué no podemos simplemente hacer lo que los dos estamos deseando?

—Pues porque… —***Pfff, ¡yo lo mato!***—. A ver, ¿tan difícil es de entender? Yo tengo cosas que cerrar antes de plantearme nada, y tampoco sé si quiero… ¡Joder, tengo miedo de que retomemos lo nuestro y vuelva a pasar lo mismo! Lo siento, pero lo pasé muy mal la otra vez.

—Vale, mira, ¿sabes qué? —empieza agitado—. Que tú ganas, mejor lo dejamos aquí.

—Adrián, no es…

—No, ¡ya está! —me corta—. Estoy cansado de esto, estoy cansado de esperar.

No me lo puedo creer…

¿Cansado de esperar? Me entran ganas de decirle que su problema es que no tiene paciencia. Ha vuelto aquí después de un montón de tiempo, se ha encontrado una situación totalmente distinta en la que yo he seguido con mi vida y pretende que todo vuelva a ser como antes en unas pocas semanas, que la persona que ahora está a mi lado desaparezca por arte de magia y que no me acuerde del dolor que sufrí en el pasado por culpa de lo nuestro. Y por mucho que se empeñe, por mucha determinación que él

tenga, las cosas no son así, hay pasos que uno no puede saltarse. ¿Se cree acaso que yo no estoy deseando dejarme llevar y que volvamos a estar juntos? ¡Ojalá fuera tan fácil!

No le digo nada de todo eso, no quiero empeorar la situación aún más. Sin embargo, en el tiempo que necesito para tragarme mis palabras parece calmarse un poco; algo me dice que, en el fondo, es consciente de que está forzando las cosas.

Se levanta de la cama y da unos pasos en dirección a la puerta. Cuando lo hace, yo siento una mezcla imposible de alivio y angustia. Porque sí, necesito espacio para ponerlo todo en su sitio (mi cabeza lo primero), necesito no tenerle cerca para poder pensar y actuar con una pizca de sentido común; pero, al mismo tiempo, la perspectiva de que se aleje de mí… me resulta casi insoportable.

—Mira, lo siento —me dice con otra actitud—. A lo mejor estoy siendo injusto, a lo mejor te estoy presionando demasiado. Yo no tengo ataduras, pero es verdad que tú sí tienes una relación sobre la que tomar decisiones y entiendo que necesites tiempo y espacio para hacerlo.

Intento decirle que sí, que lo necesito muchísimo. Pero no me salen las palabras.

Abre la puerta dispuesto a salir. En un segundo desaparecerá y yo conseguiré ese espacio a costa de sentirme vacío, a costa de apartar de mí mi mayor deseo. Pero luego la cierra de nuevo y, sin girarse siquiera, me dice algo más.

—Que me digas que necesitas tiempo para cerrar lo de Fede, lo entiendo. —Deja pasar unos segundos—. Pero que, después del tiempo que hemos pasado juntos estas semanas, después de lo que hemos sentido los dos ahora mismo, al volver a besarnos, tengas tantas dudas sobre lo nuestro… Joder, eso me mata.

Abre la puerta.

Desaparece.



30. Autoengañarse

Cuando salgo de mi habitación por la mañana, Adrián ya se ha ido de la casa.

Sé que es mejor así, tenerlo cerca mientras me enfrento a lo que me espera hoy sería un desastre. Y, sin embargo, su ausencia me molesta tanto…

Tras poner al día a mis amigos sobre lo de anoche y decirles lo que me dispongo a hacer, me dan unos cuantos consejos que apenas oigo de lo disperso que estoy y vuelvo a la habitación, de donde ya casi no salgo en todo el día.

Una conversación ficticia se desarrolla en mi cabeza una y otra vez. Termina y vuelve a empezar con distintas palabras, distintas respuestas, distintas reacciones. Con distinto final. Busco mil formas de decir lo mismo, aunque pronto comprendo que todos los caminos llevan al mismo desenlace amargo y necesario. Pero ni siquiera me esfuerzo en romper ese bucle infinito. Vuelvo a empezar otra vez. Y otra. Y otra.

Necesito que llegue Fede. Necesito ponerle fin a esto, no soporto la idea de tenerlo engañado ni un solo minuto más; pero tengo que hacerlo en persona, no puede ser de otra forma, y para eso tengo que esperar. De todos modos, sé que ni siquiera así terminará el bucle, solo se transformará en otro distinto: el de imaginar decenas de veces qué otras palabras debería haber elegido.

Llega poco antes de las ocho, cansado después de tantas horas de tren. Entra en la habitación como pidiendo permiso, con una actitud reservada. No me extrañaría que intuyera algo, teniendo en cuenta cómo he pasado de él estos últimos días. Y, si no ha detectado nada hasta ahora, supongo que mi tono serio y mi cara de velatorio le permitirán adivinar que algo malo pasa.

Le pido que se siente, aunque prefiere no hacerlo; con buen criterio se mantiene lejos de mí, de pie junto a la puerta. Luego respiro hondo y me obligo a explicarle lo sucedido estos días, en

especial lo de anoche. Lo hago centrándome en lo básico y ahorrándole detalles que no le aportarían más que dolor; estoy seguro de que, en las próximas horas, en soledad, su imaginación rellenará los huecos con imágenes exageradas y otras no tanto.

Cuesta saber si me está escuchando, porque no reacciona a ninguna de mis frases. Por eso hago una pausa y le doy espacio para expresarse.

—¿Sabes? Alucino mucho con la cantidad de cosas que me has estado ocultando —dice sin dignarse a mirarme siquiera—. No me refiero solo a lo de anoche, sino todo este tiempo. Y yo encima pidiéndote perdón por haber estado tan a la defensiva desde el primer momento, ¡si es que soy gilipollas! Y justo cuando me relajo un poco, justo cuando empiezo a aceptar que él esté presente en las quedadas de tu grupo de amigos, que esté cerca de ti…

—Fede, te prometo que no quería que pasara esto. Yo quería estar contigo y creía…

—¿Querías estar conmigo? —me interrumpe—. ¿En serio? ¿Querías estar conmigo tanto que no has parado de verle en todo el verano?

—¡Es que no he podido controlarlo!

—¿Lo has intentado siquiera?

—Sí, lo he intentado, ¡pero es que no soy capaz! He estado muy confuso, y sé que me he engañado a mí mismo, pero al final la cuestión es que estoy… Que yo sigo…

Ahora sí, se vuelve hacia mí. Su mirada, condenatoria, me aplasta.

—¿Sigues qué, Sergio? Dilo.

Tomo aire y le hago mi última confesión.

—Sigo enamorado de él —reconozco—. Siempre lo he estado.

Esas dos frases, lo noto, le hunden por completo, le desgarran por dentro; no porque le revelen algo nuevo, sino porque confirman el temor que siempre tuvo.

Después de eso le vuelvo a pedir perdón. Decenas de veces. Por todo.

No uso las palabras que tenía pensadas (si es que eso era posible después de todo el día imaginando versiones distintas de la

conversación), sino una mezcla de frases preparadas y otras nuevas que me salen de forma atropellada y totalmente desorganizada; las lágrimas y las pausas para no ahogarme tampoco es que ayuden. Él, sin embargo, mantiene una actitud bastante serena. Se pone, imagino, una máscara para disimular todo lo posible el dolor y opta por mostrarse más indignado que enfadado.

—¿Sabes qué es lo peor de todo, Sergio? —me dice casi al final, poco antes de agacharse para coger de nuevo su bolsa—. Que, en el fondo, yo esto ya lo sabía: sabía que solo estabas conmigo porque no podías estar con él.

—Eso no es así, Fede, yo…

—Por supuesto que es así. Y supongo que es bastante patético por mi parte porque, aun sabiéndolo, lo acepté, tenía tantas ganas de estar contigo que lo acepté. Después, cuando volvió, supe desde el primer momento que empezaba la cuenta atrás para lo nuestro, que era cuestión de tiempo que te fueras otra vez detrás de él. Solo que luego me aseguraste tantas veces que no, que al final me lo creí. Joder, mira que soy imbécil, porque se nota a la legua que no tienes ojos para nadie más que para Adrián. Supongo que al final yo también me autoengañé.

—Lo siento —le repito—. De verdad que lo siento.

—Déjalo, ¿vale? Déjalo ya de una vez.

Abre la puerta. Coge su bolsa. Ya no vuelve a mirarme, no volverá a hacerlo nunca más.

Sale de la habitación.

Un buen rato después, entran Raquel y Sandra. Me dan un súper abrazo mientras me seco las lágrimas y, tras unas cuantas frases con las que intentan animarme, me obligan a salir y a unirme de nuevo al grupo.

—Me siento un poco culpable por todo —dice Jaime ofreciéndome una cerveza que rechazo al instante—. No tendría que haber invitado a Adrián estos días.

—Bueno, esto se iba a caer por su propio peso antes o después —le dice Raquel.

—Todos los sabíais, ¿no? —les pregunto—. Que Fede y yo al final no…

—Yo lo sabía —contesta rápidamente Guille, y todos los demás enseguida se le unen.

—Es que somos muy listos, *cuñao* —suelta Sandra intentando hacerme reaccionar con la palabrita—. Y sí, te veíamos bien con él, pero no sé, te faltaba algo.

—Me siento como una mierda —les confieso—. Joder, qué mal lo he hecho con él.

—A ver, Sergio —me dice Raquel posando una mano reconfortante sobre mi pierna—, no lo has hecho bien, eso está claro. Pero no te castigues más de la cuenta. En estas cosas todos nos equivocamos y actuamos de forma egoísta, a veces por pura ceguera, y es verdad que eso acaba haciendo daño a la otra persona, pero…

Levanta los hombros dejando la frase inconclusa. Entiendo lo que quiere decir, aunque no hace que me sienta mejor.

Después de un rato más de charla, tomo una decisión.

—Guille, ¿te importaría llevarme a casa mañana? —Todos se quejan. Intentan que me quede en la casa animándome y coaccionándome de mil formas—. De verdad, os lo agradezco, pero es que me apetece estar solo y que vosotros disfrutéis los dos días que os quedan aquí sin tener a un fantasma dando vueltas por la casa. Si me quedo, voy a estar todo el rato obligándome a estar animado y no me apetece.

Son cabezones, me cuesta bastante convencerlos.

Pero al final lo entienden.

Por la mañana Guille me lleva de vuelta a casa en el coche de Jaime. Ha sido otra noche sin apenas dormir pensando cómo estará Fede y castigándome por lo sucedido. En Adrián intento no pensar demasiado; esa última frase que pronunció decepcionado antes de irse de mi habitación resuena cada poco tiempo en mi cabeza, pero ahora mismo estoy demasiado cansado para plantearme qué implica y si hay alguna manera de ignorar ese miedo atroz que tengo a acercarme de nuevo a él.

Guille respeta mi silencio, cosa que le agradezco, y hasta llego a cerrar los ojos un rato de puro agotamiento durante el corto trayecto.

—Bueno, disfrutad del tiempo que os queda en la casa —le digo cuando llegamos, antes de bajarme del coche.

—¿Vas a contarle a mamá…?

—Qué remedio.

—Ya, claro, va a saber que algo ha pasado. Mira, Sergio, no le des tantas vueltas a las cosas —me dice al final—. Es tu vida y tienes que hacer lo que te apetece, lo que te haga feliz. A mí me pasó con Olga cuando Sandra y yo… en fin, ya sabes lo que quiero decir. También me sentí mal por ella, pero, ¿qué le iba a hacer?

Sí, supongo que Guille pasó por una situación parecida a esta hace unos meses, y ahora se le ve la hostia de feliz. Lo que pasa es que (dejando a un lado lo aburrida que era Olga) él no tenía una historia previa con Sandra como la mía con Adrián, una historia que fracasó y me dejó roto por el camino. Es una diferencia importante.

Abro la puerta del coche, le miro y, agradecido por haberme traído y por intentar animarme, le digo algo que me prometí que no le diría nunca.

—Hacéis muy buena pareja —reconozco con la boca pequeña.

—¿Cómo dices? —me pregunta sorprendido.

—Nada, nada.

—¡No, ¿qué es lo que has dicho?!

—Que tienes una buena colleja.

—No, no has dicho eso, ¡lo he oído!

—¿Entonces para qué preguntas, capullo?

31. Inacción VS Familia

Mi madre no dice mucho cuando le cuento por encima lo ocurrido. Salvo un par de frases que parecen sacadas de un manual para madres que no entienden muy bien qué les pasa a sus hijos (para empezar, seamos justos, porque sus hijos no les cuentan ni la mitad de lo que les pasa, y así es difícil), hace como Guille y me deja mi espacio, al menos un par de días.

Yo dedico esos dos días a resistir el impulso de salir corriendo a buscar a Adrián. Es lo que estoy deseando (a estas alturas, mejor dejamos ya de engañarnos), pero luego pienso en esos días, en octubre de hace dos años, cuando estaba encerrado en esta habitación queriendo morirme porque lo nuestro había terminado, y…

¡Uf!, ese dolor vuelve de una forma muy viva, muy real.

Y da puto miedo.

—Te dejo la ropa aquí.

—¿Cómo? —Me quito los auriculares y me giro. Mi madre está dejando un montón de ropa limpia sobre la esquina de mi cama. Aunque estoy lejos, el olor a lavanda me envuelve enseguida, llega hasta el último rincón de la habitación.

—Llevas dos días con eso en los oídos, te vas a quedar sordo perdido.

—Que no está tan alto, mamá. —***(Sí lo está)***.

Se sienta junto al montón de ropa limpia. ¿Qué le pasa ahora? Tiene pinta de querer hablar, y no sé yo si me apetec… Con el ceño fruncido, le echa una mirada a mi cama, que está sin hacer. Afortunadamente, zanja eso con un suspiro de desaprobación, yo le pongo mis ojitos de *ahoralahaaago* y empieza a hablar de otra cosa.

—¿Qué te pasa, Sergio?

—Si ya lo sabes, mamá.

—Ya, pero no me gusta verte así. ¿Es por Fede o por Adrián?

—Es… son las dos cosas —le respondo—. Es por cómo ha salido todo, supongo.

Me observa durante un rato, y su cara no me gusta nada de nada.

—Yo creo que es más por Adrián —dice poniendo su cara de listilla.

—Dime la verdad, mamá, a ti Fede nunca te gustó demasiado, ¿no?

Aprieta los labios y desvía la mirada. ***¡Te pillé!*** Luego da unas palmaditas en la cama invitándome a levantarme de la silla y a sentarme junto a ella. Me cuesta un poco, remoloneo, pero al final lo hago y, para mi sorpresa, esa cercanía sienta increíble, me reconforta.

—No es eso, Sergio, a mí no me pasaba nada con él. Es muy buen chico y sé que te ha tratado muy bien.

—Peeero…

—Pero, estando con él, no eras del todo tú —me dice al final con una sonrisa muy tierna que no le veía desde… a saber cuántos años—. Se te notaba, cariño.

—Ya, sé lo que quieres decir. Lo que pasa es que ser yo a veces es agotador, y él me ayudaba a bajar el nivel de intensidad.

—Lo sé. Sé que estabas con él precisamente porque te daba estabilidad, porque teníais algo tranquilo y sin sobresaltos. Pero Sergio, que tienes veinte años, ya tendrás tiempo de relaciones tranquilas, ¿no?

Ahora soy yo quien se ríe un poco. Me resulta chocante que sea mi madre quien me anime a tener una vida sentimental más agitada, ¿no es un poco el mundo al revés?

—¿Has vuelto a hablar con Adrián? —me pregunta volviendo a la carga. Hoy parece que se ha propuesto sacarme de este estado de inacción por la vía que sea.

—No, qué va.

—A mí me parece muy bonito que esté dispuesto a volver a Málaga para estar contigo.

—Ah, ¿que tú también eres *Team Adrián*? —le pregunto—. Yo no sé qué os da a todos que os tiene tan embobados.

O bueno, sí lo sé.

—No sé qué es eso del *Tim Adrián*, hijo, pero a lo mejor deberíais hablar las cosas.

Me dejo caer sobre la cama y agarro la almohada para estrujarla.

—Mamá, es que Adrián… ¡Uf! ¿Cómo te lo explico? Con él siento mucho descontrol. Me hace pasarlo mal, estar todo el día preocupado por algo.

—Ya, cariño, es que eso es exactamente lo que pasa con la gente que te importa, con la gente a la que quieres —me contesta como regañándome por tener que decir algo tan obvio—. Y tampoco creo que sea así, ¡estás siendo muy dramático! Lo pasaste mal cuando hubo problemas, pero, ¿y todos los momentos buenos que tuvisteis? Nunca te he visto tan contento como en esa época.

En eso tiene razón. Claro que hubo momentos de preocupación, de agobio, de inseguridades (sobre todo, por mi parte), pero esa felicidad plena que en general tenía, no la he vuelto a experimentar. Y, aun así, me siento bloqueado.

—No sé, ahora mismo me pesa mucho lo mal que lo pasé cuando lo dejamos. La idea de volver a pasar por eso…

Los dos nos quedamos un momento en silencio, aunque yo percibo que ella está buscando las palabras, buscando la forma de romper mis argumentos y acabar con ese miedo que me tiene paralizado.

—Mira, Sergio, yo sé que Adrián a veces te hace sufrir. —Acaricia mi mejilla con delicadeza—. Pero también es, de lejos, la persona que más te hace brillar.

Ante eso, me quedo sin palabras. La calidez de sus manos y de su voz me deja en un estado de paz mental como no he sentido desde hace mucho. Joder, ¿por qué no hablo más con ella? Luego se levanta dispuesta a salir de la habitación, pero no la dejo irse así como así, me empeño en estropear el momento.

—Vaya frasecita, ¿no, mamá? *Es la persona que más te hace brillar.* ¿De dónde la has sacado, de alguna serie de Netflix?

—Mira que eres tonto. ¡Haz la cama!

No pasa ni una hora desde la conversación con mi madre cuando llegan Guille y Sandra. Volvieron ayer de casa de Jaime, aunque a mi hermano prácticamente ni lo vi. Y, sin preguntar, cogen y se meten los dos en mi habitación.

—Oye, ¿no has hablado aún con Adrián? —me pregunta Sandra nada más llegar. Y viene bastante acelerada.

—No, no he hablado con él —le contesto con fastidio—. Me parece que voy a ponérmelo en mi estado del Whatsapp, porque me lo estáis preguntando todos: *no, no he hablado con Adrián desde lo…*

—Vale, vale, déjate de chorradas —me interrumpe alterada—. Por lo que veo, sigues aquí en plan dramas. Pues ponte las pilas, porque se va a Madrid.

¿Cómooo?

No… ¡no puede ser verdad!

Me quedo mirando a Guille y asiente muy serio.

—Hemos ido a casa de Jaime a llevarle una cosa que nos prestó en la casa y nos lo ha dicho —me confirma él.

Me levanto de la silla, me quito los auriculares y los lanzo sobre la cama con tanta fuerza que pegan contra la pared. A saber si no me los acabo de cargar, ¡y me costaron una pasta! Pero no me la puede sudar más, porque de repente se me ha puesto el corazón a mil por hora y me falta el puto aire.

—¿Pero así, sin más? —les pregunto—. ¿Por qué?

—¿Qué quieres que te diga? —contesta Sandra—. Pues a lo mejor se ha cansado de esperar a que te revuelques en la mierda y, viendo que no tienes intención de hacer nada, ha decidido volverse y seguir con su vida, ¿yo qué sé?

—Tía, no te pases —le dice Guille—. Pero sí, seguramente sea eso.

—Y, y… ¿sabéis cuándo se va?

Los dos se miran y tuercen el gesto. ***¿En serio?***

—Eso no nos lo ha dicho, la verdad —dice Guille—. Creo que él tampoco lo sabía exactamente, pero parece que es inminente.

—Si es que no se ha ido ya —añade Sandra.

No... No, no, ¡no me jodas!

No pierdo el tiempo en decirles nada más ni en hacerles más preguntas. Empiezo a ponerme las zapatillas a toda velocidad. Bueno, me pongo una, ¿dónde coño está la otr..? Ah, vale, detrás de la puerta.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Guille al verme con el turbo puesto.

—¿Tú qué crees? ¡Me voy corriendo! —le contesto a punto de salir ya de la habitación.

—Eeeem… ¿con esa camiseta tan fea y manchada?

Me miro un segundo en el espejo.

Ay, mierda, no… ¡Qué horror!

Abro el armario y empiezo a buscar en el cajón de las camisetas bonitas.

—¡Ese es mi Sergio!

Por lo visto, este es el verano de ir corriendo de un lado a otro por culpa de Adrián.

¿Pero por qué ha decidido irse? ¿Y por qué coño no me ha dicho nada?

Entiendo que la situación le desespere, que se sienta frustrado, pero, ¿en serio no es capaz de darme unos pocos días para poner mi cabeza en orden?

Ese es el problema con él, ese es SIEMPRE el problema con él: que quiere las cosas YA.

Mientras corro hacia su casa, le escribo un Whatsapp.

✔✔ en gris.

Que se pongan azules.

¡Que se pongan azules!

Pero siguen grises.

Le escribo un segundo mensaje. Un tercero. Siempre en gris.

Acelero aterrado. La posibilidad de que ya se haya ido, de que no vea mis mensajes porque va en el coche por la carretera, es cada vez más real; y, si ha tomado esa decisión, es sin duda porque se ha dado cuenta de que todo esto ha sido un error y de que es mejor cerrar esa puerta y seguir con su vida.

Decido llamarle. Tras cinco o seis tonos, me queda claro que no va a cogerlo, y las razones me atormentan. Porque, si ya está de camino, mal, pero…

¿Y si es que, simplemente, ya no quiere cogerlo?

Llego a su portal y me dejo el dedo en el portero automático. Me desespero más y más a cada segundo que pasa sin que ocurra nada; oír su voz ahora mismo, por muy distorsionada que suene a través de ese altavoz, me daría la vida. Pero el portero automático solo me escupe silencio.

Una vecina se acerca a la puerta arrastrando un carro de la compra. En cuanto sale, sujeto la puerta y me cuelo en el portal sin pensarlo.

Subo los cuatro pisos a pie, como siempre que vengo a su casa alterado (que, al final, por unas cosas o por otras, es casi siempre). Es bastante tonto, soy consciente, porque si no me ha contestado ya será porque no está, pero… ¡yo qué sé! Por alguna razón siento que, cada piso que subo, cada escalón, me acerca más y más a él.

En cuanto llego al cuarto piso me lanzo hacia la puerta y, de nuevo, pulso varias veces el botón del timbre.

Nada… Joder, ¿qué esperaba?

Un momento, ¿y si está en el parque?

Supongamos que aún no se ha ido a Madrid: si está de bajón y está a punto de hacerlo, no sería tan raro que antes se hubiese pasado un rato por allí, porque ya sabemos que ese sitio es especial para él. No lo creo probable, pero tampoco sería imposible.

Mira, para salir de dudas lo mejor es que me vaya corriendo para allá, porque aquí no estoy haciendo más que perder el tiem…

—¿Sergio?

La puerta acaba de abrirse. Ya estaba empezando a bajar las escaleras, pero mis pies se detienen.

Mi corazón también.

32. La maleta

El pelo húmedo y la toalla sobre su hombro me lo dicen todo: por eso no contestaba a los mensajes ni al timbre.

—Sergio, ¿qué haces aquí?

Me quedo observando las gotas que aún resbalan por su nariz, cómo la camiseta blanca se le pega a la piel, sus pies descalzos. No ha tenido tiempo ni de secarse en condiciones.

—¿Es verdad que te vas a Madrid? —le pregunto desde las escaleras. Él coge la toalla y se la pasa por el flequillo y por la cara antes de contestar.

—Sí, me voy. De hecho, acabo de terminar de hacer la male…

—¡No te vayas! —le grito—. Por favor. No puedes irte otra vez.

Está a punto de decirme algo, pero parece pensárselo mejor. Luego retrocede un paso y, lentamente, abre más la puerta.

—¿Quieres pasar? No me parece el sitio para hablar de esto, la verdad.

Asiento mientras subo los dos peldaños que había bajado y entro rápidamente en su casa, como si en cualquier momento pudiera arrepentirse y cerrarme la puerta para siempre. Dios, ¡qué alivio haber llegado a tiempo! Pero que ya tenga la decisión tomada, que ya tenga la maleta hecha…

Sin decirme nada más avanza por el pasillo en dirección a su habitación, y yo le sigo preguntándome si, una vez nos digamos lo que tenemos que decirnos, volveré a recorrer este pasillo alguna vez en este sentido.

Entramos y se sienta en la cama evitando mirarme. Como es normal, no parece dispuesto a llevar la iniciativa en la conversación, así que lo hago yo, no queda otra.

—Adrián, por favor, no te vayas a Madrid de nuevo.

Me quedo durante un buen rato esperando alguna reacción por su parte. Si me ha oído, desde luego no lo parece.

—¿Y por qué no debería irme? —dice al fin.

—Ya no estoy con Fede —le respondo—. Supongo que ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé. Me lo dijo Jaime —me aclara serio. Después me mira al fin, aunque la tristeza que veo en sus ojos me parte el corazón, casi tanto como su siguiente frase—. Pero tampoco parece que quieras estar conmigo.

—Joder, ¡claro que quiero! —le contesto muy agobiado de que piense eso—. Desde que te conocí no he querido otra cosa en todo momento, lo sabes perfectamente. Y en parte creo que esa es la razón por la que no funcionó lo nuestro cuando te fuiste: porque no soportaba tenerte lejos, no era capaz de aceptarlo. Y por eso me da tanto miedo que lo intentemos de nuevo, Adrián, porque si volviera a pasar algo así, yo…

No sé cómo acabar la frase, no sé cómo explicarle que no sería capaz de soportarlo. Vaya mierda, he venido completamente dispuesto a convencerle de que no se vaya y, sin embargo, me doy cuenta de que las dudas no han desaparecido del todo. Afortunadamente, no me deja cargar con toda la culpa de lo que pasó.

—No fue solo cosa tuya, no quiero que pienses eso —me dice—. A mí me pasó lo mismo: no sabía estar lejos de ti. Estaba frustrado, siempre enfadado, y acepté que lo dejáramos porque fui un idiota.

—Los dos lo fuimos.

Después de un silencio en el que nos miramos con miedo, en el que intento averiguar qué decirle para impedir que se vaya, es él quien se adelanta.

—¿A qué has venido entonces, a que te convenza de que ahora va a salir bien?

Estoy a punto de decirle que sí, que he venido exactamente a eso: a que me dé seguridad, a que me tranquilice, a arrancarle un compromiso de que no va a volver a dejarme solo nunca más. Pero de pronto…

De pronto comprendo que no es eso lo que necesito.

Comprendo que es el momento de avanzar, de romper este bloqueo que está a punto de hacerme perderlo todo, de dar antes que de pedir. Es el momento de aceptar el miedo. De lanzarme.

—No, Adrián, he venido a pedirte que te quedes en Málaga, que te quedes conmigo. A decirte que lo tengo claro: quiero que estemos juntos.

Él se pone en pie. Hay sorpresa en su mirada, aparece una chispa en sus ojos que me hace tener esperanza. Sin duda no esperaba esa determinación por mi parte; ¿cómo iba a hacerlo, si ni yo mismo sabía que la tenía hasta hace unos segundos?

—¿Estás seguro, Sergio? La última vez que hablamos no parecías confiar nada en lo nuestro.

—No es eso, es que… tenía miedo de volver a pasarlo mal. Aún lo tengo en realidad, ¡me da puto terror! ¿Pero sabes qué? —Me encojo de hombros—. Que no me importa. No voy a dejar que eso me paralice más.

De repente se me echa encima y me abraza. Uno de sus abrazos, ya sabéis: todo lo que necesito para obtener sin palabras, solo con la firmeza y la ternura de sus brazos, esa seguridad y ese compromiso que no le he pedido antes. Por eso me agarro con fuerza a él y me aseguro de que el momento dure mucho, muchísimo.

—Va a salir bien, Sergio —me dice sin aflojar ni un ápice la fuerza con que me abraza—. No te lo puedo asegurar al cien por cien, eso es imposible, pero sé que va a ser así. ¿Sabes por qué? —Ahora sí, se separa un poco, me agarra de los hombros y me mira. Hay una ilusión contagiosa en sus ojos, y su sonrisa es lo más bonito que he visto en mi vida—. Porque ahora ya sé lo que es estar sin ti. Y es una mierda, no quiero volver a estar así nunca más.

Es todo lo que necesito oír, es todo lo que necesito para adelantar mis labios y unirlos por fin a los suyos. Y, cuando nos besamos, no desaparece el miedo, ni las dudas, no desaparece el dolor del pasado ni la incertidumbre por el futuro; con ese beso que se prolonga durante minutos, abrazamos todas esas cosas que no van a desaparecer fácilmente y las empezamos a convertir en emoción, en ilusión, en confianza.

En futuro.

—Te quiero, Adrián —le digo mucho después, cuando nuestros labios se separan.

—Y yo a ti, Sergiete.

—Entonces… te quedas, ¿no? —le pregunto. Él frunce el ceño.

—En realidad, no. Me voy mañana, como tenía planeado —me suelta. Y, viendo la cara de tonto que se me queda, enseguida se explica entre risas—. Pero oye, ¡que va a ser solo un día! Pasado mañana me vuelvo.

—Pero, pero… ¿TE IBAS SOLO UN DÍA?

—Sí. Es que es el cumpleaños de mi padre, ¿te acuerdas? Y, como cumple cincuenta, mi madre ha montado una fiesta y se ha empeñado en que…

Voy a matar a Sandra.

Y a Guille, a los dos. Porque estos lo sabían fijo.

—¡¿Y por qué me has dejado ponerme dramático rogándote que no te vayas?!

—Pues porque ha sido lo más romántico que has hecho en tu vida, Sergiete. Y muy divertido, todo hay que decirlo.

Agarro su camiseta con una mano y meto la otra por debajo. Noto cómo se estremece cuando mis dedos acarician su piel.

—¿Quieres ver qué más cosas divertidas sé hacer?

Se muerde el labio inferior.

—Dime que vas a pasar aquí la noche. Dime que vas a dormir aquí conmigo.

—No, ¿qué dices? —Le quito al fin la camiseta, por poco no se la arranco—. No pienso dormir. Y tú tampoco.

Me quita la mía.

En unos segundos, todo lo demás está en el suelo.

33. Comparaciones

Podría compararlo con la primera vez que lo hicimos. Con aquella primera vez a la que tanto nos costó llegar, aquella que tanto se hizo de rogar hasta que encontramos el momento, la intimidad. Esa en la que, nerviosos, nos descubrimos el uno al otro, nos exploramos y compartimos al fin sin barreras nuestros cuerpos y nuestros deseos. Podría compararlo con esa vez, solo que ahora sus labios saben dónde posarse, mis manos conocen los caminos de su cuerpo, nuestras lenguas bailan una danza que ya conocen a la perfección, que recuerdan sin apenas esfuerzo.

Podría compararlo con cualquiera de las muchísimas veces que lo hicimos durante el tiempo que estuvimos juntos. En su casa, en la mía, en sitios prohibidos donde no deberíamos habernos arriesgado, aumentando en cada ocasión nuestra compenetración, descubriendo límites y placeres nuevos y uniéndonos más y más. Podría compararlo con esas veces, solo que ahora está la emoción del reencuentro, la tensión acumulada de todo el verano, la ilusión por lo que empieza.

Podría compararlo con la última vez que estuvimos juntos así. Con esa última vez en Madrid, en su casa, en la que los dos empezábamos a comprender que ese capítulo de nuestra relación estaba terminando y que, quizá, no volveríamos a estar así nunca más, en la que detrás de cada beso y de cada gemido había miedo, impotencia, tristeza. Solo que ahora sus labios se aferran a los míos con la intención de no soltarlos nunca más, ahora entra dentro de mí con más fuerza que nunca, con el deseo de compensarme por todo, y yo dentro de él deseando que seamos uno solo, para siempre. Y, aunque también hay miedo, ya no es el miedo a la derrota, si no a cómo afrontaremos lo que venga.

Podría compararlo con muchas otras veces. Lo que pasa entre nosotros esta noche tiene cosas de todas ellas y también cosas de ninguna.

Es algo al mismo tiempo viejo y nuevo, buscado y temido, tierno y desgarrador.

Es final. Es principio.

Es único.



Epílogo (dos semanas después)

—Sergio. ¡Eh! ¡Sergio!

—¿Qué pasa?

—Deberíamos levantarnos, estos no tardarán mucho en llegar.

—Uf… Quédate un rato más, anda.

—¿Quieres que lleguen y nos pillen en pelotas o qué? Venga, arriba.

—Te odio mucho.

—Por cierto, ¿sabes qué le dice un pollito a su peor enemigo?

—¿Después del sexo también, Adrián?

—No, perdona, llevas durmiendo casi una hora. Del polvo ya ni me acuerdo.

—Sí te acuerdas, porque ha sido la hostia.

—Vaaale, sí me acuerdo. ¿Pero sabes qué le dice un pollito a su peor enemigo?

—No, ¿qué?

—¡CALDITO SEAS!

—Dios… Es horrible.

—Ya, esa es la gracia.

Han pasado dos semanas desde que Adrián decidió definitivamente quedarse en Málaga, desde que él y yo decidimos volver a estar juntos. Dos semanas que no me las creo, en todos los sentidos. Las más felices que recuerdo, las más apasionadas, sin duda. No nos hemos despegado prácticamente ni un momento, y hemos pasado muuucho más tiempo sin ropa que con ella.

¿Qué?

Había que recuperar el tiempo, ¿no?

Nos vestimos y estiramos un poco las sábanas; tampoco hace falta que nos esforcemos mucho, porque pienso pasar aquí la noche y me da que las vamos a sudar otra vez. Después vamos al salón y

nos ponemos una serie mientras esperamos que estos lleguen; un anime, hemos recuperado la costumbre, ¡y me encanta!

Me acurruco con él en el sofá mientras vemos el capítulo. Hace bastante calor, pero nos da igual, no hay quien nos despegue. A ratos dejo de leer los subtítulos y me quedo mirándole embobado. Cuando se da cuenta, él se ríe *(¿Así cómo vas a enterarte de lo que pasa? ¡Con razón luego vas perdido!)*. Hace retroceder la reproducción unos segundos, pero al poco me vuelve a pasar lo mismo. Y es que aún me cuesta creer lo que está pasando, que esté de nuevo aquí, a mi lado, que seamos pareja otra vez. Necesito asegurarme, así que me paso horas mirándole. Y no soy el único, que también le he pillado a él más de una vez mirándome así.

A mitad de capítulo suena el timbre y llegan nuestros amigos cargados con un montón de bolsas de bebidas y picoteo.

—¡Pasad, pasad! —les dice Adrián, y de repente la casa se convierte en un concierto de risas y discusiones. ¡Y cómo me gusta!

—¡Cuánto tiempo sin venir aquí! —dice Victoria—. ¡Qué recuerdos!

De su mano, sin soltarla nunca, viene Dani. La pareja que forman, además de ser la más duradera del grupo, es de una solidez increíble. ¿Quién lo iba a decir, con lo que Dani la mareó aquel principio de curso en Primero de Bachillerato? Ahora soy incapaz de imaginarlos por separado. Y es que, por encima de todo, son los mejores amigos posibles el uno para el otro. Según ellos (y yo estoy bastante de acuerdo), esa es la clave.

—¿No hemos venido demasiado pronto? —nos pregunta Dani—. ¿Vosotros ya habéis hecho… bueno, lo que teníais que hacer?

—Por eso no te preocupes, que llevamos unas semanas que no paramos —le contesta Adrián, lo que hace que se gane un codazo mío.

—¡Dejad paso, que vamos cargados! —dice Raquel, que lleva dos pizzas en las manos y parece muy agobiada—. Va a ser poca cena, nene, ¡te lo he dicho!

—Que nooo, ya verás que no. ¿Puedes relajarte, por favor? —le contesta Jaime, que va detrás de ella y carga con cinco cajas.

—Bueno, vale. ¡Pero sigo diciendo que es poco!

Raquel y Jaime. Súper distintos en todo y, sin embargo, con una química arrolladora. A veces tienen que hacer grandes esfuerzos para que las cosas encajen entre ellos, pero al final lo suyo funciona por una sencilla razón: se complementan el uno al otro de una forma muy necesaria.

—Tía, ¿pero te crees que todos comemos como tu novio? Que, por cierto, no sé dónde lo mete —dice Sandra nada más entrar en el piso—. Ay, ¡es verdad que hacía mucho que no veníamos a esta casa!

Guille va a su lado. A estas alturas está súper integrado en el grupo y, por lo que me cuenta, también Sandra les ha caído muy bien a todos sus amigos. Su relación tiene poco o nada que ver con la que tenía con Olga; hacen muchísimos planes, se pasan el día juntos y, lo más importante de todo: se miran sin parar, y al hacerlo no pueden dejar de sonreír. Me ha costado un poco aceptarlo, acostumbrarme a que mi hermano y mi amiga sean pareja, pero ahora… Va, lo reconozco, ¡hasta me gusta!

—Pues yo es la primera vez que vengo —dice él—. Aunque Sergio me ha hablado taaantas veces de esta casa que es como si me hubiera criado en ella.

—Anda que no exageras —le recrimino yo.

¡Ya me estoy arrepintiendo otra vez de aceptar su relación!

Pasamos una noche increíble. Os diría que es como las de hace años, cuando Dani empezó con Victoria y al poco yo con Adrián, pero ahora somos más y, con los años (y pese a que ya no pasamos tanto tiempo juntos como cuando íbamos al instituto), estamos aún más unidos.

Para mí lo mejor de todo, ya lo habréis adivinado, es tener sentado a mi lado en la mesa a Adrián. Que me eche un brazo por encima del hombro mientras Dani nos cuenta una anécdota, poner mi mano sobre su pierna al reírnos de los comentarios que le hace Sandra, que él ponga la suya sobre la mía y me dé un ligero apretón sonriéndome con complicidad, transmitiéndome lo feliz que está, como yo, de volver a disfrutar de todo esto.

Joder, ¡es que es todo perfecto!

El miedo que tenía se ha ido disipando a lo largo de estas semanas. Las horas y horas que hemos pasado hablando (muchas de ellas desnudos en la cama después de disfrutar juntos y antes de volver a hacerlo una vez más) me han hecho ir ganando cada vez más confianza en que esto va a funcionar, en que hemos aprendido lo suficiente para hacer que sea así. Nos necesitamos demasiado el uno al otro como para volver a estropearlo.

—Oye, Adri —pregunta de repente Dani—, ¿por qué estamos haciendo una fiesta de inauguración de tu casa, si esta ya era tu casa antes y hemos estado aquí montooones de veces?

—Bueno, pero es que ahora va a ser mi piso de verdad. O sea, sigue siendo el piso de mis padres, claro, pero en la práctica…

—Ya, pero en realidad llevas todo el verano viviendo aquí tú solo, así que tampoco es que sea una novedad —apunta Jaime.

—Sí, vale, pero lo he redecorado, lo he puesto a mi gusto. ¿No se nota o qué?

—Bueno, redecorar… —intervengo yo—. Has comprado una lámpara para sustituir la que se llevaron tus padres y has repartido los Funko que tenías en tu habitación por todo el salón. Tampoco es que te hayas matado.

—Bueno, ¿podéis dejar de poner pegas? —dice Sandra—. ¿Es que necesitáis la excusa del siglo para que nos juntemos una noche y nos pongamos hasta el culo de comer y beber o qué?

—Eso digo yo. Además, en nada empieza el curso. Tenemos que apurar lo poco que queda de vacaciones para hacer estas cosas, que luego a mí no me veis el pelo en meses —añade Raquel, que siempre tiene un ojo puesto en las responsabilidades que están por venir.

—Ya te vale, tío —dice Dani paseando la mirada por todo el salón con una cara de envidia que no puede con ella—. Un piso para ti solo, ¡qué suerte! ¿Y tus padres te van a pagar los gastos?

—Bueno, yo voy a intentar buscarme algún trabajo que pueda compaginar con la Universidad —le contesta Adrián—. Algo que no

me quite demasiadas horas, para sacarme lo que pueda y que a mis padres no les suponga mucho gasto que yo esté aquí.

—Ya, pero solo con no tener que pagar alquiler… —dice Sandra—. Y encima podéis tener sexo cuando queráis sin preocuparos del sitio. ¡No veas el guarrete de Sergio si le va a sacar partido a eso!

—Ya se lo estoy sacando, lista.

La conversación sigue y yo noto que Adrián lleva un rato mirándome con una sonrisa en la cara ***(con una preciosa, pero vamos, como todas las suyas)***, aunque un poco ensimismado.

—¿Qué te pasa? —le pregunto acercándome aún más a él y dándole un golpecito con el codo.

Sacude un poco la cabeza y su conciencia parece volver de repente al salón.

—¿Eh? Nada. Es que estaba pensando una cosa.

Intento que me cuente el qué, pero enseguida cambia de tema y luego las tonterías del grupo hacen que lo olvidemos por un rato. Él, sin embargo, ya no vuelve a estar tan hablador como antes.

¿Por qué ese cambio de actitud?

Cuando acabamos con las pizzas ***(sí, Raquel, unidas al picoteo, eran más que suficientes, ¡escucha más a Jaime!)*** apenas recogemos, pero sí llevamos las cajas a la cocina para despejar un poco la mesa del salón y que después no nos molesten. Lo hacemos entre todos, pero Adrián y yo nos quedamos los últimos en la cocina y es ahí donde lo asalto y le vuelvo a preguntar qué le pasa, porque empieza a ser demasiado evidente que su cabeza está en otro sitio, que ha pasado de estar disfrutando de la reunión como el que más a apenas intervenir en la conversación.

—Es que, ¿sabes? Me ha dado por pensar una cosa.

—A ver, ¿el qué?

Me agarra de la cintura y me atrae con fuerza apretándome contra la suya. Uf, ¡me encanta cuando hace eso! Y encima esta noche no sé qué narices ha hecho que está para comérselo enterito, como la primera vez que lo vi, como la primera vez que quedamos a solas, como el primer día que me besó, como aquel día de Nochevieja en el que empezamos a salir, como…

¡En fin, como siempre!

—Es sobre lo de vivir aquí.

—No me irás a decir que te estás arrepintiendo, ¿no? —le pregunto un poco mosca, aunque algo en su actitud me dice que los tiros no van por ahí.

—No, ¡para nada! Me voy a quedar en Málaga, eso está claro. Pero… ¿no te parece que este piso es demasiado grande? Para mí solo, quiero decir.

Me giro hacia el pasillo y pienso en ello dos segundos.

—Ya, quizás sí. ¿Estás pensando en alquilar alguna habitación o algo? Porque eso en parte estaría bien, así tendrías compañía y sería una ayuda económica. Pero claro, a ver a quién metes, porque como no aciertes y luego te lleves mal con tu…

—No, no estaba pesando en eso —me corta enseguida. Para cortarme del todo, me besa, y que me hagan callar así… pues oye, ni tan mal.

—¿No? Bueno, yo también voy a pasar bastante tiempo aquí contigo, así que no creo que te vayas a sentir muy solo.

—Ya. Bastante… ¿cuánto?

No sé qué responderle a eso. ¿Es que quiere que calcule cuánto tiempo voy a pasar en su casa?, ¿o que me comprometa a pasar aquí un mínimo de tiempo a la semana o algo as…?

Joder, espera.

¿Me está insinuando acaso…?

—¡Sergio! —me grita riéndose de mí—. ¿En serio no sabes lo que estoy intentando decirte?

Es que…

No, no puede ser.

Él asiente.

Sonríe.

Y me abraza aún más fuerte.

¡No puede ser!

—¿Quieres venirte a vivir conmigo?

FIN

Málaga, a 13 de febrero de 2025.



Agradecimientos

Llegamos al final del viaje. No tengo palabras para describir lo mucho que he disfrutado creando esta historia, lo intensamente que la he vivido. Incluso en esos momentos en que la escritura no fluía tan bien y me sentía un poco bloqueado, sentarme a teclear estos tres libros, a pasar un rato con estos personajes, ha sido siempre un momento mágico.

Quiero darles las gracias, una vez más y de forma muy especial, a Carlos, mi marido, y a Carmen, mi buena amiga. Me habéis apoyado desde el principio y en todo momento, habéis aportado un montón de ideas y, en definitiva, habéis sido fundamentales para que estos tres libros existan y sean como son. Esas noches comentando los capítulos entre risas, chuches y alguna que otra copa, ocupan ya un lugar destacado entre mis recuerdos más bonitos.

Quiero darles las gracias también a todas las personas, tanto de mi entorno como de las redes sociales, que me animan día a día a avanzar, que siempre me están preguntando por el progreso y que me transmiten constantemente su cariño y su entusiasmo por la historia (y que no dudan en gastarse el dinero cada vez que escribo algo, todo hay que decirlo). Muy especialmente a Raquel, Javi y Cecilia, que son mucho más que compañeros de trabajo. También a Idoia por el chiste de la página 131 (¡lo prometido es deuda!) y, en resumen, a todos los que me habéis apoyado a través de las redes sociales; aunque no os conozca en persona, el cariño que nos habéis dado a mí y a mis personajes han sido de lo mejor que me ha regalado esta experiencia.

Mi último agradecimiento es para dos personas muy especiales: para Sergio y Adrián, que me han permitido vivir, como ya os conté al final del primer libro, la historia que me habría encantado vivir en mi adolescencia. Pero, sobre todo, para Sergio, que ha sido mi voz durante mucho tiempo y que se queda ya para siempre en mi

corazón. Porque a través de él he expresado muchas cosas mías (buenas y malas) y porque con él me he divertido, he sufrido, me he emocionado, he amado…

Por todo eso y por mucho más, gracias, Sergio.

Infinitas gracias.

Y hasta siempre.